OSCAR Y AMANDA,

OSCAR Y AMANDA,

Ó LOS

DESCENDIENTES DE LA ABADIA.

OBRA ESCRITA EN INGLES

POR

MISS REGINA-MARIA ROCHE.

PUESTA EN CASTELLANO

POR

D. CARLOS JOSE MELCIOR.

TOMO VI.

Barcelona, POR JUAN DORCA,
AÑO 1820.

OSCAR Y AMANDA,

Ó LOS

DESCENDIENTES DE LA ABADIA

CAPITULO PRIMERO.

Apenas Amanda estaba en la tienda que se abrió la puerta de la sala y se le presentó delante Mistriss Connel. Oh! oh Mis, la dijo esta, ya estais de vuelta; ya principiaba á creer que nos habias dejado para siempre. Dijo estas palabras con un tono tan brutal y grosero que confundió Amanda, y diola que pensar que su huespeda no estaba toda en si. Entrad Miss, entrad; continuó Mistriss Connel, yo estaba en la mayor impaciencia por veros volver. Los temores de Amanda se aumentaron; siguió en silencio á Mistriss Connel, y encontró en la sala una muger de alguna edad de bastante buen parecer que parecia muy agitada. No conjeturaba ella que tubiese que tener di-

ferencias con esta muger y sin embargo la temia: sentóse temblando toda ella, y esperando con impaciencia una esplicacion.

Despues de un silencio general de pocos minutos, mirando la estrangera á Amanda, le dijo: hija mia, esta Señora me ha informado de todo cuanto habeis hecho por nosotros, yo me encuentro por felicidad en estado de poder pagar mi deuda. Por estas palabras conoció Amanda á Mistriss Rusbrook; pero le sorprendió mucho su tono y sus maneras, cuya frialdad y política afectada espresaban mas bien el descontento y la aversion que la gratitud y el reconocimiento. Mistriss Rusbrook se levantó al mismo tiempo y presentó á Amanda un billete de banco. La admiracion la quitó la palabra y no la dejó la fuerza de rehusar ni aceptar el billete y este quedó sobre la mesa.

Permitidme, dijo entonces Mistriss Rusbrook que se habia vuelto á sentar, que os pregunte si vuestro verdadero nombre es Donald? El presentimiento de Amanda de que se levantaba alguna tempestad sobre su cabeza se verificó desde entonces. Era claro que esto era obra de Belgrave quien demasiado bien habia salido con sus proyectos.

Amanda pareció estar entonces en la crísís de su destino. En los diferentes sufrimientos que hasta entonces habia esperimentado, siempre le habia quedado alguna esperanza, algun apoyo en su debilidad; algun lenitivo en sus dolores. Cuando habia sucumbido al execrable complot de Belgrave que habia denigrado su honor en la opinion de las personas cuya estimacion apreciaba infinito, habia podido sacar algun consuelo pensando que tendria un asilo y un refugio en los brazos de un Padre que la adoraba. Cuando se vió privada de su Padre habia encontrado amigos tiernos que habian mezclado sus lagrimas con las suyas, y habian derramado sobre su corazon herido el balsamo de la compasion. Cuando arrancada del objeto de su mas tierna pasion la existencia le habia llegado á ser pesada, la voz de la amistad habia penetrado aun en su retiro y en su alma; y sin poder curar sus males los habia á lo menos aliviado. En el dia sola, abandonada, sin socorro de ningun ser viviente, veia una tempestad espantosa dispuesta á descargar sobre su cabeza sin abrigo alguno que pudiese defenderla de ella sin esperanza alguna á que poderse agarrar. Cercada de estrangeros prevenidos

contra ella, no podia esperar que la esposicion sencilla que les haria de su conducta encontrase credito con ellos, y pudiese empeñarles á protegerla contra el miserable cuyas maquinaciones le habian perdido en su estimacion. El horror de su situacion presentandose á ella le turbó de tal modo el espiritu que cayó en una especie de estupidez; apoyó con las manos su cabeza, y salió de su agonizante corazon un profundo gemido.

Veis dijo Mistriss Connel, despues de un largo silencio, que ella nada tiene que responder. A estas palabras Amanda levantó la cabeza y recobró algun tanto sus sentidos. El ser todo poderoso y todo bondad en quien tengo confianze, y á quien jamas he ofendido voluntariamente vendrá sin duda á mi socorro como lo ha hecho ya. Esto se decia asi misma por no tener fuerza para hablar pero la pregunta de Mistriss Rusbrook resonaba todavia en sus oidos. Permitidme Señora, que os pregunte, le dijo al fin que razon teneis para querer saber si mi verdadero nombre es Donald?

Valgame Dios, querida, dijo Mistriss Rusbrook no es necesario atormentaros mas á hacerle preguntas, pues la que ella os hace es respuesta suficiente á la vues-

tra. Soy de vuestro parecer, dijo Mistriss Rusbrook toda averiguacion seria por demas.

Convengo, dijo Amanda, con voz asegurada por el testimonio de su conciencia que mi nombre no es Donald. Debo tambien hacerme la justicia de declarar, á peligro de no ser creida que no he ocultado mi verdadero nombre por ningun motivo de que tenga que avergonzarme ni pueda merecer vituperio. Mi situacion es muy angustiada, y mi solo consuelo es poderme decir á mi misma que no me la he atraido por imprudencia alguna.

No tengo necesidad Señora, dijo Mistriss Rusbrook, de saber vuestra situacion. Habeis sido franca en una cosa y espero que lo sereis igualmente en otra pregunta. Esta carta, le dijo ella, presentandole la escrita á Rusbrook es de vuestra mano? Si señora, respondió Amanda, cuyo orgullo esforzaba para rechazar el desprecio que le mostraban, es de mi mano. Os suplico me digais, continuó Mistriss Rusbrook mirandola y tomando un tono mas severo, que motivo habeis tenido para escribir una carta semejante? Creo Señora respondió Amanda, que el motivo está bastante claramente esplicado en la carta misma.

Bonita esplicacion, esclamó Mistriss Connel, y es de este modo que creeis poder disfamar el caracter de un hombre de bien; pero Miss nosotros hemos recibido tambien otra esplicacion diferente de la vuestra, y que vos no habeis previsto que nos dirian. Os hemos descubierto no obstante vuestra destreza en hacer cartas anonimas como se hallan en las novelas. Mr. Sipthorpe ha conocido al momento vuestra letra. ¡Pobre Caballero! Dice que no os falta talento, pero teneis muy malas intenciones, y es lastima: el os conoce muy bien á costa suya.

Si dijo Amanda, sabe que soy una criatura cuya felicidad ha destruido, pero sin haber triunfado de mi inocencia. Sabe que semejante á un mal genio, ha acumulado sobre mi cabeza desgracias sobre desgracias, y sobre mi corazon dolores sobre dolores; pero sabe tambien que no he sucumbido á sus infames complots, y que de mi solo ha conseguido el desprecio y el horror que merece y que han sido mi sola respuesta á sus ofrecimientos.

Ah Señora! esclamó Mistriss Connel mirando á Mistriss Rusbrook; no lo dudeis ella ha representado en algun teatro. Si Señora, contestó Amanda, cuya voz apa-

gada manifestaba la agonia de su corazon, y en escenas bien tristes y crueles. Vamos, vamos, esclamó Mistriss Connel confesad todo lo que habido entre vos y Mr. Sipthorpe y todo se olvidará.

En efecto, dijo Amanda, debo esplicarme enteramente; mi honor lo exige, é igualmente el deseo que tengo de salvar á vuestra hija y á vos de la desgracia que os amenaza. Entonces las contó todo cuanto sabia de Belgrave, pero tuvo la mortificacion de ver que su narracion tan sencilla como era, se recibia con todas las señales de la mas entera incredulidad. Desconfiad Señora dijo á Mistriss Rusbrook de tan ciega prevencion; temed sus consecuencias os suplico no obligueis á vuestra inocente hija á dar un paso, al que ella se resiste, y que la conduciria á su perdicion; no os prepareis los terribles remordimientos que serán la consecuencia si la obligais á un tal sacrificio. Por que no se presenta vuestro Mr. Sipthorpe á sostener sus alegatos en mi presencia?

Yo le he suplicado que asístiese á vuestra esplicacion, dijo Mistriss Rusbrook; pero es sensible, y no ha querido ser testigo de vuestra confusion, y apuro, por mas que lo merezcais.

No Señora, dijo Amanda; se ha dene-

gado á hallarse presente, porque sabia bien que no podria sostener la vista de la inocencia que ha ultrajado, porque sabe que su cara y compostura harian traicion á su alma culpable. Os lo repito no es quien os ha dicho que era. En testimonio de la verdad he invocado el de Sir Carlos Bingley. Tengo un tierno interes en vos, aunque vos no le téngais por mi. Se que creyendo á la calumnia, me mirareis como una pobre criatura estraviada en los caminos del vicio; pero aun cuando fuese culpable, el estado angustiado en que me veis deberia escitar vuestra compasion. Perdonad, Señora si os digo, que vuestra conducta conmigo ha sido cruel. Las virtudes dulces son seguramente las que sienten mejor en el corazon de una muger. La que muestra alguna indulgencia por su semejante abatida, cumple con el precepto divino. Las lagrimas que derrama sobre las faltas de los otros son preciosas á los ojos de Dios, y su compasion atrae sus bendiciones sobre ella misma. Oh! Señora, en algun tiempo esperaba una acojida bien diferente de la que me habeis hecho. Me habia lisonjeado de hallar algun apoyo y consuelo en la amistad de Mr. y Mistriss Rusbrook; pero esta esperanza como otras

muchas se ha desvanecido para mi. A estas ultimas palabras la voz faltó á Amanda y sus lagrimas inundaron de nuevo sus mejillas. Mistriss Rusbrook se puso colorada cuando Amanda la reconvino de su crueldad; bajó los ojos, sintiendo en su interior que lo habia merecido, y permaneció mucho tiempo sin poder ponerlos sobre la pobre criatura que acababa de maltratar. Al fin dijo: puede que haya manifestado demasiada dureza, pero es menester convenir que he sido provocada. La amistad y el reconocimiento que debo á Mr. Sipthorpe me han hecho resentir vivamente las imputaciones de que le habeis cargado.

Admirome mucho, gritó Mistriss Connel, de la dulzura con que le hablais. En lo sucesivo me tendré mas cuenta en la gente que recibiré en mi casa. Confieso que me ha parecido estar tan alarmada con la idea de ir á hospedarse entre personas que no conocia que para contentarla le habria ofrecido mí cama, si Emilia no me hubiese prevenido; pero veo que el temor que tenia no era sino un pretexto para introducirse en la casa donde se hospedaba Mr. Sipthorpe, y atraerle de nuevo á si. No, he determinado que no pase otra noche en casa. Si Miss, po-

deis buscar una posada donde gusteis, pero principiad por salir de aqui al momento. No sois tan estraña en Londres como pretendeis ser.

Acabando de decir estas palabras se levantó Mistriss Connel y se acercó á Amanda con animo al parecer de realizar la ejecucion de su amenaza; Amanda ya tenia intencion de dejar la casa al dia siguiente por la mañana, pero ponerle á la calle á semejante hora y tener que ir errante por las calles, era idea que la llenaba de terror. Levantose pues, y retirandose algunos pasos atras miró á Mistriss Connel con ojos despavoridos y tristes. Repito que salgais al momento de mi casa, volvió á decir esta muger. La desgraciada Amanda sintió que su cabeza se debilitaba, que sus ojos se obscurecian, y que sus piernas le faltaban, y habria caido si Mistriss Rusbrook que conoció su situacion no la hubiese sostenido á tiempo. Hizola sentar y la tiró agua á la cara. Reponeos, la dijo Mistriss Rusbrook con una voz mas dulce que anunciaba la vuelta de la compasion; no se os obligará á dejar la casa por esta noche; os lo prometo en nombre de Mistriss Connel que es buena y que no querrá acrecentar vuestras angustias.

Ah! dijo Mistriss Connel, sabe Dios que la bondad es mi flaco, asi Miss, podeis pasar aqui la noche como os lo ha dicho Mistriss Rusbrook. Amanda abrió sus ojos languidos, y levantando la cabeza que tenia apoyada sobre Mistriss Rusbrook dijo con baja y tremula voz: Señora, mañana saldré de vuestra casa. Oh! ojala añadió anegada en lagrimas que me hallase en estado de salir antes.

Vamos, dijo Mistriss Connel basta de lloros podeis Miss tomar una luz de la mesa y retiraros á vuestro cuarto.

Amanda no se lo hizo repetir, y subio á su cuarto medio arrastrandose. En el no encontró fuego que pudiese reaminarla ni á Emilia cuya sencilla benevolencia le habria tributado consuelos cuidadosos. Debil abandonada, hija verdadera de la miseria sentose al pie de la cama, y se entregó toda á su dolor.

Si, se deeia ella, es verdad que tuve amigos que me amaban como á si mismos y á quienes mi existencia y felicidad eran necesarias. En el estado de abandono en que me hallo esta memoria de lo pasádo no hace mas que agravar mi miseria, y tal vez es un bien para mi ignorar el por venir que me espera: Oh! Padre mio, si hubieseis podido leer en

el libro de los destinos, las tristes paginas en que se hallaba escrito el de vuestra Amanda, habria hecho vuestra existencia miserable, y habria acelerado el termino de vuestro dias.

Oh! Oscar, de otra mano y no de la mia recibireis el acto que debe volveros la independencia. Mis infortunios me llevan al sepulcro, en el cual hubiera deseado bajar mucho tiempo ha, á no tener la esperanza de volveros á ver.

Mientras estaba sumergida en estas reflexiones tristes abrieron la puerta del cuarto, y en lugar de Emilia que esperaba volver á ver, vió entrar la criada de Mistriss Connel. Oh mi querida Señora!, la dijo esta muchacha, cuanto me aflige vuestra situacion; la de la pobre Emilia no es mejor; pero tarde ó temprano seran castigados estas dos viejas que os han tratado con tanta crueldad. Madama Rusbrook lo pagará caro, cuando despues de haber dado su hija á Mr. Sipthorpe conocerá que hombre es. Amanda se estremeció al pensar en la suerte que amenazaba á Emilia. Os decia, pues continuó la criada, que la pobre Miss es bien desgraciada. Ellas la han encerrado en el cuarto de mi ama, del cual no se atreve á salir; pero ha hallado medio de verme y entregarme este billete.

Espero que mi querida Miss Donald »no dudara de mi sincerdad cuando le dí»ga que todas mis penas se han agrava»do al saber que las suyas son efecto »del interes que se ha dignado mostrar»me. He sabido el indigno tratamiento »que ha sufrido en la casa y su inten»cion de salir de ella mañana por la ma»ñana. Como conozco su aversion en ir »á hospedarse en casa de gentes desco»nocidas, he hablado á la criada sobre »este asunto, y tengo el gusto de saber »que por su medio podrá encontrar mi »querida Miss Donald una casa segura »en donde será dueña de permancer al»gunos días ó los que bastan hasta es»perar para buscar una casa que le »convenga. La muchacha que le entre»gará este billete, y sobre cuya fidelidad »puede contar, le dirá lo demas. Siento »en este momento el placer que soy ca»paz de sentir, de poder ser de alguna »utilidad á mi querida Miss Donald. Es»pero que me mirará siempre como una »afecta y sincera amiga.

E. R.

Y donde esta ese parage donde puedo ir á hospedarme? preguntó vivamen-

te Amanda. Señora, la dijo la criada, tengo una hermana que es conserge de una casa grande sobre al camino de Richemont; toda la familia ha ido á Brighton y mi hermana ha quedado sola. Ella os recibirá con mucho gusto, y podreis estar alli hasta encontrar una casa que os guste. Mi hermana es prudente y díscreta, y hará cuanto esté de su parte para obligaros, estareis allá tan tranquila y segura como podreis estarlo en vuestra propia casa. La pobre Miss Emilia no estará tranquila hasta que sepa que estais en casa de mi hermana, y podais encontrar una casa de gentes conocidas, y estareis verdaderamente muy bien. Si tomais este partido, os acompañaré yo misma mañana por la mañana, y me tendré por muy felíz de haberos podido servir de este modo.

Amanda sentia mucha repugnancia á hospedarse en una casa sin saberlo sus dueños; pero la necesidad triunfó de sus escrupulos, y preguntó á la criada la hora en que iria à buscarla. Señora, vendre luego que podemos esperar encontrar carruage, é iremos á buscarlo juntas. Pero haceis muy mal semblante permitidme que os ayude á desnudaros, necesitais bastante el descanso; y diga lo que quira

mi alma, os traerá un poco de vino. Amanda no quiso tomar nada, pero aceptó la ayúda de la criada para meterla en cama fatigada de todo el dia como estaba.

Amanda le encargó que fuese exacta y al mismo tiempo que manifestase todo su reconocimiento á Miss Rusbrook por la compasion que le habia manifestado. Su dormir igual al de la noche precedente, fue inturrumpido y agitado con sueños siniestros.

Levantose palida y temblando sin haber recibido de la noche alivio alguno. La criada vino luego. Amanda descendio temblando temiendo no se le presentase Bélgrave antes que hubiese dejado la casa, y no la siguíese al lugar de su nueva residencia. No habiendo encontrado á nadie, y hallado prontamente un carruage montó, y partió.

Durante él camino Amanda suplicó á la criada que le parecia conocer muy bien á Belgrave, que dijese á Miss Rusbrook que no dudase de las intenciones criminales de Belgrave si queria salvarse de la perdida segura. La muchacha la aseguró que no dejaria de hacerlo, y añadió que habia sospechado siempre que este Mr. Sipthorpe no era lo que

queria parecer. Amanda llegó pronto al fin de su víage. La casa era grande y hermosa, llegabase á ella por una corta calle de castaños. La hermana de la criada era una muger de alguna edad teniendo al parecer las maneras sencillas. Recibió á Amanda con muchos señales de respeto, y la condujo á una hermosa sala donde encontró un desayuno servido con mucha propiedad. He tenido cuydado, dijo la criada de prevenir desde ayer á mi hermana, del honor que tendria de recibiros esta mañana, que estoy segura que hará cuanto pueda para obligaros.

Os doy las gracias á las dos dijo Amanda con su gracía y dulzura acostumbrada; pero hablandoles corrian lagrimas sobre sus mejillas, pensando en la situacion en que se encontraba, abandonada á la humanidad de personas estrañas, y que estaban en la dependencia que trae consigo la pobreza. Yo espero, continuó no seros molesta por mucho tiempo: teniendo intencion de tomar un pequeño alojamiento en alguna casa de paisanos de la vecindad, hasta que pueda terminar algunos negocios y volverme á mi casa, pero quiero reconocer vuestros cuidados, y pagar el gasto que haga. Al

mismo tiempo obligó á estas dos mugeres a recibir una gratificacion que reusaron mucho tiempo. Mistriss Deborah la dijo tambien que era inutil que dejase la casa tan prontamente pues que sus amos no debian volver hasta pasados seis semanas : pero Amanda no vacíló en su resolucion, pues no podia vencer la repugnancia que le causaba habitar una casa sin saberlo sus dueños. La criada partió y del desayuno dispuesto Amanda solo tomó un poco de té. Tenia un violento dolor de cabeza, y toda su maquina estaba vacilante y desordenada. Mistriss Deborah para divertirla le propuso enseñarle la casa y el jardin que eran muy agradables; peró Amanda se escusó diciendo que el descanso le haria mas bien.

Mistriss Deborah la acompañó á un hermoso aposento, donde la dejó, diciendola que iba á ocuparse en hacerle preparar alguna cosa buena que pudiese tentarla á comer.

Luego que Amanda se quedó sola se esforzó á calmar sus inquietudes, y su agitacion pensando que se hallaba en un lugar seguro y al abrigo de las inquietudes de Belgrave, y sin embargo el sueño que concilió rendida de fatiga no la tranquilizó. El menor ruido la sobresaltaba y la

causaba terrores inesplicables. Mistriss Deborah subió dos ó tres veces para saber como se hallaba y al fin la trajo la comida. Pusole una mesita al lado de la cama y la instó á comer. Habia en su modo un aire de cordialidad y de amistad que la recordaba á los buenos Edwins; y suspiraba pensando que este asilo que le habria sido tan dulce le seria en adelante cerrado por razon de la vecíndad de Tudor-Hall de donde la desterraban la decencia y su ternura. Estas memorias la afectaron de tal modo que no pudo comer, dió gracias á Mistriss Deborah por sus atenciones y la suplicó que la dejase sola, pero la soledad le fué pronto insoportable y su inquietud tan grande que imaginó que un paseo por el jardin podria calmarla. Asi como bajaba la escalera oyó en la sala de abajo, cuya puerta estaba cerrada, una voz de hombre; bajó ligeramente, y acercandose mas conoció la voz de un criado de Belgrave á quien habia visto en Demonshire: escuchó pues con aquella especie de horror que penetra á un criminal que espera la sentencia de un juez que vá á condenarle.

Si, os lo aseguro, decia el hombre, hemos sido despedidos de la casa de Mistriss Connel; pero la caza que buscamos vale

mucho mas que la que hemos perdido, de modo que esta noche podeis contar que el Coronel estará aquí con un coche tirado por cuatro caballos para llevarnos á vuestra hermosa prisionera.

Me alegro mucho, dijo Mistriss Deborah, pues creo que ella no vivirá mucho tiempo. Bueno! dijo el, de que quereis muera, á menos que..... Aqui habló bajo, y lo que dijo provocó grandes carcajadas. Amanda les oyó disponerse para salir de la sala, y volvió á subir apresuradamente la escalera, y se paró á la puerta de su aposento hasta que oyó despedir al hombre. Amanda volvió á entrar en su aposento, cerró la puerta, y sabiendo que una conciencia culpable es desconfiada y se alarma facilmente, se arrojó sobre la cama, por temor de que Mistriss Deborah la encontrase levantada y concibiese sospechas mas facilmente. Su situacion desesperada le dió entonces alguna fuerza y valor, y esperó poder salir del peligro con alguna presencia de espíritu, y resolvió si podia salir de la casa de irse derecho á Londres. Aunque la idea de volver alli sin saber donde ir atemorizaba su imaginacion, sin embargo creia encontrar un asilo mas seguro que en el pueblo en que estaba, en el cual podian

descubrirla más facilmente. Mistriss Deborah vino en efecto como Amanda esperaba. Al verla se estremeció, pero pensando que su seguridad dependia absolutamente de ocultar sus temores se determinó á entrar en conversacion con la pérfida criatura. Al fin se levantó diciendo que bastante peresosa habia estado, y despues de haber paseado un poco por el aposento pusose á la ventana y alabó la belleza del jardin. Hay mucha fruta, no es asi? dijo á Mistriss Deborah. Sinó temiese abusar de vuestra complacencia os pediria dos ó tres alberchigos. Mui bien Señora, la dijo Mistriss Deborah ya os habria ofrecido si no hubiese creído que prefeririais dar una vuelta por el jardin y cogerlos vos misma.

En este momento no tengo ganas dijo Amanda. Mistriss Deborah salió, y Amanda se mantuvo á la ventana hasta que la vió al estremo del jardin. Entonces tomó su gorro se lo ató á la cabeza con un pañuelo para ocultarse mejor, bajó la escalera precipitadamente y cerró la puerta del jardin de la parte de la casa, á fin de que Mistriss Deborah no la persiguiese demasiado prontamente. Corrió tada la avenida y no tomó el paso ordinario sino cuando estubo á la carretera real, tanto por no ser mirada como por que su de-

bilidad no le permitia ir mas àprisa: al ruido de cada carruage se estremecia, y volvia la cara para no ser vista de los que iban dentro. En fin llegó á Londres sin encuentro alguno. Haciase tarde, y conocia la necesidad de proporcionarse en seguida un alojamiento. Al ver algunas pobres mugeres que se retiraban á su casa con el resto de los frutos no vendidos, derramó lagrimas. Algun tiempo ha, decia ella, estas mugeres eran el objeto de mi compasion, y en el dia soy mas de compadecer que no ellas, veia que á la hora que era no podia hacerse recibir sino en alguna miserable y pobre casa, y buscaba una donde presentarse. Al fin vió una tienda donde se vendia manteca y queso, donde una muger anciana sentada sobre el tablero hacia calceta. Amanda se presentó; la muger se levantó con semblante sorpreso y respetuoso. Apoyada Amanda en la puerta estubo un momento incapaz de esplicarse. Al fin con una voz interrumpida y el color del embarazo saliendole en sus mejillas la palidez, la dijo: Señora teneis algun cuarto para alquilar. A esta pregunta la vieja volvió á sentarse y mirando á Amanda la dijo: pocas personas de bien se ven reducidas á buscar casa á estas horas.

Teneis razon, señora, respondió Amanda, pero cicunstancias particulares me han puesto en esta necesidad, y si podeis recibirme, puedo aseguraros que no tendreis motivo de arrepentiros. Oh! dijo la muger, no se que ventaja puedo sacár de ello. Es natural que cada uno hable por si. Sin embargo, si os doy un cuarto que es el unico que tengo, quiero que se me pague anticipado. Se os pagará, dijo Amanda.

Pues bien, respondió la muger, voy á enseñaros el cuarto. Llamó entonces una muchachilla para tener cuenta de la tienda y tomando una luz condujo a Amanda por una escalera estrecha á un cuarto cuya suciedad y miseria la hizo horror. Sin embargo se esforzó á superar á la repugnancia que tenia, considerando la necesidad que tenia de un asilo para escapar del peligro que la amenazaba aun, pensando ademas que podria dejarle al dia siguiente.

Bien Señora, dijo la muger, el precio de este cuarto es una guinea cada semana ni mas ni menos, si no os acomoda, iros. No disputaré por el precio, dijo Amanda. Supongo que en vuestra casa solo hay gente de bien. Me alabo de ello, respondió la muger, no hay en toda la par-

roquiá casa alguna que tenga mejor fama. Me alegro, dijo Amanda y creo que no os habrá ofendido mi pregunta. Entonces se puso la mano en la faltriquera para pagar, pero no encontró el bolsillo; pasó á la otra y las vació todas sin mejor exito. Oh! ahora, esclamó juntando las manos y apoderada de un indecible dolor, ahora soy perdida. He perdido mi bolsillo y no puedo pagaros la guinea que me pedis..

Ah! ah! dijo la muger, ya me lo creia yo; mis sospechas no me han engañado vaya qne la Señora se alegraba que mi casa tubiese buena reputacion. Ya, ya! yo me guardare de hacerla perder admitiendo en ella una ramera de portal como vos.

Os suplico encarecidamente, dijola Amanda tomandola la mano que me dejeis pasar aqui la noche, nada perdereis en ello; tengo cosas de algun precio y una maleta que he dejado en la ciudad en un parage del que voy á daros las señas y podreis enviar por ella. Asi teneis maleta, como bolsillo, respondió la muger en tono burlesco. Bonita historia me contais! pero yo se hija mia demasiado para dejarme engañar asi. Salid al momento de mi casa.

Amanda renovó sus instancias; pero la muger la inturrumpió declarandola que sinó salia al instante se arrepentiria. Amanda calló y bajó la escalera. Su devilidad la hizo detener un momento en la tienda á pesar suyo, pero viendolo la muger la tomo bruscamente por el brazo y empujandola con violencia, cerró la puerta tras ella. Amanda se halló entonces incapaz de considerar lo que debia hacer, y de toda reflexion. Todas las facultades de su espiritu estaban oprimidas por las agonias de su alma. Caminó algun tiempo á lo largo de las casas, sin saber lo que hacia ni á donde iba, hasta que la debilidad la hizo caer contra una puerta sobre el poyo de la cual apoyó sobre su cabeza. Una especie de letargo se habia apoderado de ella, y habria permanecido algun tiempo en este estado, sino la hubiesen sacado de el dos hombres parados delante de ella. El temor de ser alcanzada por Belgrave llenaba su alma toda entera, ella no dudó que fuese el mismo y su criado: con esto se levautó, arrojó un grito llamando al Cielo á su socorro y procuraba escaparse. Gran Dios! dijo el que la detenia, esta voz me es conocida!

Sir Carlos Bingley, esclamó Amanda, y la sorpresa, la alegria y la confusion

de el estado en que se encontraba la asaltaron á la vez. Era demasiado para su decaida maquina; y dejó caer la cabeza sobre el seno de Sir Carlos. El sentimiento de alegria que esperimentaba de una proteccion tan inesperada, era combatido por la verguenza de haber sido encontrada en una situacion que debia dar ideas muy pocos favorables, que no podria disipar; tan fuertes eran contra ella las apariencias.

Que! esclamó Sir Carlos con el tono de la admiracion y del abatimiento *¿es esta Miss Fitzalan?* ¡O espectaculo horrible! un profundo y convulsivo gemido fué la sola respuesta de Amanda, y quedó sin sentido en los brazos de Bingley que la estrechaba contra su corazon palpitante, sufriendo el mismo un intenso dolor á vista del estado de Amanda.

Su amigo permaneció algun tiempo espectador mudo de esta escena. Al principio quiso chancearse, viendo á una hermosa muchacha arrojarse á los brazos de Bingley, al parecer voluntariamente, pero la exclamacion dolorosa de su compañero le detubo. Al mismo tiempo distinguió á la luz del farol que habia en la puerta los rasgos de la hermosa cara de Amanda y sobre la de Sir Carlos la espresion del dolor y del espanto.

Miss Fitzalan, dijo Sir Carlos, parece que os hallais mala permitidme que os acompañe á vuestra casa. A mi casa! repitió Amanda con un acento ahogado de desesperacion, y levantando sus ojos languidos: ha! no tengo casa.

Desde entonces se le confirmaron todas las conjeturas que se le habian presentado á su imaginacion á vista de la situacion de Amanda. Gimió, se estremeció y apenas en estado de sostenerse á si mismo, al mismo tiempo que la preciosa carga que tenia en sus brazos, se vió obligado á apoyarse contra la pared: suplicó á su amigo fuese á buscar un coche para llevar á Amanda en alguna casa que pudiesen recibirla. Conmovido su amigo del estado en que la veia se apresuró á darle gusto.

El silencio de Amanda parecia á Sir Carlos que era efecto de la debilidad del cuerpo, y al mismo tiempo, de su confusion y verguenza: Su amigo volvió pronto con un coche, y Sir Carlos conoció entonces que se habia engañado en esta esplicacion, pues Amanda estaba del todo desmayada, llevaronla al coche y sostubola de nuevo en sus brazos. Detenido el coche la entregó á los cuidados de su amigo, y entró en la casa en la

que habia querido llevarla. Llegó con la criada que le ayudó á subirla á la abitacion. Su admiracion fue estrema cuando al entrar en el cuarto oyó una voz esclamando: Oh Dios! *es Miss Donald* Mistris Rusbrook era la que se esclamaba asi y era en la misma casa de Mistrss Connel y para confiarla á los cuidados de Rusbrook que Bingley acababa de hacer salir de la carcel, habia llevado alli á Amanda. Bingley habia dicho solamente que acababa de encontrar una joven en una triste situacion y que la encomendaba á su cuidado, no sospechando de ningun modo que fuese la persona llamada Miss Donnald á quien Rusbrook habia contado que debia tan grandes obligaciones.

Yo sóy, esclamaba Mistriss Rusbrook hechando sobre amanda una mirada de arrepentimiento y de dolor, yo soy quien la ha reducido à este estado, y jamas me lo perdonaré. Oh! amiga mia! mi benefactora mi libertadora! decia Emilia derramando un torrente de lagrimas, asi os encuentra nuestra Emilia.

Habian tendído á Amanda sobre un canape; veíase en su cara la palidez de la muerte, y en sus facciones alteradas las señales de la desesperacion; alteracion, que manifestaba mejor que ningun lenguage los

sufrimientos de su alma. Algunos suspiros indicaron que volosa en si, pero sus ojos permanecieron cerrados, y no podia aun sostener su cabeza: Mistriss Rusbrook y su hija estaban penetradas de un indecible dolor. El de Carlos Bíngley, que la amaba con tanta ternura, era aun mas vivo si es posible: mientras inclinado sobre ella y que sus lagrimas caian sobre la cara palida que la contemplaba, esta, se preguntaba, es esta Amanda? Es esta muger, cuyos movimientos tenian tanta gracia que no tenia igual en belleza, que mi corazon adoraba como la mas perfecta de las mugeres, y con quien deseaba unir mi destino seguro de encontrar en esta union la suprema felicidad? O que mudanza! Oh! Amanda; si el miserable que os ha corrompido os viese en este estado, el horror de si mismo y los remordimientos se apoderarian de el á vista de las consecuencias de su atentado.

Y que no tiene, pregunto Rusbrook que se habia acercado, arrojaba sobre Amanda una mirada de compasion, esta joven y desgraciada criatura, padres ni amigos que pudiesen salvarla. No, respondio Sir Carlos ha perdido padre y madre.

Felices los padres, dijo Rusbrook, sepultados en la noche del sepulcro para no

ser testigos de los infortunios de sus hijos y sobre todo de las faltas de una hija como esta.

Os suplico, señor, me digais, preguntó Mistriss Connel á Sir Carlos mientras aquella frotaba las sienes de Amanda con aguardiente, cuándo volverá en si, que haremos? Es asunto mio, dijo Sir Carlos, procuraré un asilo, si Amanda, continuó el, arrojando sobre ella una mirada triste y tierna á la vez, el que no cesará de llorar sobre tu destino, hará cuanto podrá para endulzarlo. Pero no será menester llamar un medico?

No lo creo, dijo Mistris Connel, pues la falta de alimento y de dormir la ha puesto en el estado en que está. Falta de alimento y de dormir, repitió Sir Carlos, aumentandosele el dolor. Es posible que Amanda se vea reducida á errar por las calles sin pan y sin saber donde acostarse. Oh cosa horrible! Amigos mios, dijo mirando en derrador con ojos de tierna compasion sed buenos, cuidad á esta pobre criatura! Pero no tengo necesidad de suplicaroslo si, se que encontrareis gusto à curar las llagas de un corazon despedazado y á sacar las lagrimas del desgraciado. Ha! poco tiempo ha parecia reunir todo cuanto el corazon de un hombre podia desear

y todo cuanto una muger podia ambicionar ser. Ahora ha caido, y con su caida se ha perdido asi mísma y por el mundo todo.

No dijo Emilia, con una generosidad animosa y levantandose del lado del canape donde estaba de rodillas, estoy segura que Miss Fitzalan jamas ha sido culpable. E yo, dijo Mistris Rusbrook, estoy muy dispuesta á ser del parecer de Emilia; creo que el malvado que habia tendido los lazos á mi hija, ha calumniado tambien à Miss Donald, para hacerle perder la proteccion de los que podian trastornar sus infames proyectos

Pluguiese al cielo, esclamo Sir Carlos, que vuestra conjetura se vea algun dia verificada! Acercose despues á Amanda que permanecia en la misma actitud; tenia los ojos abiertos, tomó su elada mano y con voz dulce la dijo: sosegaos, nada teneis que temer: pero ella parecia no oir nada y tener solo un soplo de vida. Ella se muere, esclamó Sir Carlos, ella se muere. O amable Amanda los lazos que tienen tu alma afligída en cuerpo mortal van á romperse prontamente.

Yo espero todavia, dijo el capitan Rusbrook, creo que estaria mejor en la cama. Su muger é hija incapaces de proferir

una palabra, se emplearon en acostarla. Llevandola en el cuarto inmediato. Sir Carlos esperó en la sala hasta la vuelta de Mistriss Rusbrook, la cual le dijo que Miss Donald permanecia en el mismo estado. Pidió qu fues en á buscar un Medico, y partió coe un entremo abatimiento.

CAPITULO II.

Ahora debemos dar á conocer á nuestros lectores los sucesos anteriores á los contados en el capitulo precedente. La carta de Amanda á los Rusbrooks les habia llenado de sorpresa y de consternacion. Mistriss Rusbrook corrió á casa Mistriss Connel la cual no titubeó un momento en decir que era una estratagema inventada por la malevolencia para arruinar á Sipthorpe en su concepto, ó por la envidia, para hacer perder á su hija el establecimiento ventajoso que se le presentaba. Mistriss Rusbrook se hallaba dispuesta á adoptar la misma opinion, pues los socorros que habia dado ya á su familia la habian conmovido y cedíendo al reconocimiento, se dejó guiar por Mistriss Connel, quien la aconsejó que

comunicase la carta á M. Sipthorpe, pues era la mejor medida que podian tomar. Si era inocente, la confianza que le habrian mostrado le conmoveria, y si era culpado su confusion le venderia. Pero Belgrave estaba bien sobre si. Su criado habia visto á Amanda cuando habia desmontado à su llegada en casa Mistriss Connel. Habia sabido por la criada que venia á alojarse en á la casa, y estaba con el nombre de Miss Donnal. Contó todas estas circunstancias á su amo, el cual se alegró infinito sabiendo que tomaba un nombre supuesto; de donde dedujo, no solo que se hallaba en una situacion infeliz, sinó que estaba lejos de sus protectores y amigos; y con esto resolvió no perder esta ocasion tan favorable de tenerla en su poder. Al momento se determinó á abandonar sus miras sobre Emilia, cuya amable sencillez y pobreza le habian persuadido que conseguiria facilmente hacerla presa suya, y resolvió volver todos sus pensamientos sobre Amanda, que habia sido siempre el objeto mas seductor de su corazon. Su orgullo tanto como su pasion se hallaba en hacerla caer en sus lazos, pues le habia mortificado mucho el resultado de sus primeros artificios. No sabia como habia escapado de su casa. Enrabiado por su fuga, la habia persiguido hasta Irlanda, y

habia estado oculto en las cercanias de Sta. Catalina, hasta que la aparicion de Lord Mortimer le persuadió que su perseguimiento seria en adelante inutil. Mientras estaba ocupado en formar su plan fué llamado de parte de Mistriss Connel, y se le dió á leer la carta. Pronto conoció su autor. Armado de todo el descaro del vicio, dijo á estas mugeres, que la pretendida Míss Donald era una de sus amigas que habia abandonado, y que por zelos queria impedir su union con su querida Emilia. Los hizo saber que su nombre era supuesto, y las aconsejó que primero la hechasen en cara esta falcedad, y juzgar por su confusion si era culpable; y por este engaño sacar la consecuencia del que habia empleado contra él. El tono asegurado persuadió á sus credulas oyentes, prevenidas ya en su favor y salió de esta conferencia perfectamente jusficado.

No le inquietaba mucho que Amanda le hubiese visto ó no, bien convencido de que cuanto diria, no seria creida. Al acercarse la noche del dia anterior, no viendo que Amanda volvia temió haber perdido otra vez sus tramas. Su vuelta le tranquilizó. La conversacíon de las dos mugeres con Amanda la supo por su criado. El proyecto de dejar la casa, que Amanda manifestó, le

hizo imaginar el plan, cuya ejecucion hemos dicho ya, el cual fué ayudado por la pretendida carta de Emilia forjada por Belgrave. Es imposible pintar la rabia que tubo cuando yendo por Amanda con un coche con cuatro caballos, no la encontró. Furioso, blasfemando y dando de patadas en el suelo acusó á Mistriss Deborah y á su criado de haber favorecido la evasion de Amanda. En vano le esplicó Mistriss Deborah el artificio con el que habia sido engañada, y como se nabia visto obligada á subir por la ventana para entrar en casa, el insistió en sus renconvenciones las cuales irritaron al fin á su criado (que no las merecia) de tal manera, que respondió á su amo con insolencia. Belgrave, ya fuera de si, se dejó llevar de tal modo de su colera que le pegó en la cabeza con tal violencia que del golpe cayó. Apenas habia cedido á su ira, que se arrepentió viendo que la cosa podia traer consigo funestas consecuencias, pues el criado no daba señales de vida; el interés de su seguridad fué mas poderoso que los sentimientos de humanidad, y asi se alargó de la casa antes que Mistriss Deborah tuviese tiempo de llamar á los demas criados de la casa, y hacerle arrestar. Corrió acia Londres y se fué á desmontar en una posada de Pall-Mall

determinado á marchar al momento á Douvres y pasar al continente. Asi como subia la escalera encontró á uno de los bombres que en un momento tal temia mas encontrar, Carlos Bingley. Aquel quiso evitarle, pero no tuvo tiempo. Esperaba que Sir Calos no habria sabido todavia sus ultimas infamias, pero se desengañó pronto, oyendo que Sir Carlos le decia con frialdad y desprecio, que tenia que hablarle. Pero antes de dar cuenta de su conversacion, es necesario hacer saber lo que habia pasado en casa de los Rusbrook.

El capitan Rusbrook, teniendo mas conocimiento de los hombres que su muger era menos crédulo. La carta anonima le dió algunas sospechas de Sipthorpe, y resolvió romper toda comunicacion entre su hija y el, hasta haber aclarado sus dudas. Envió pues á su hijo á casa del procurador de Sir Carlos, y supo que estaba en la Ciudad y alojado en una posada à Pall-Mall. Al momento le escribió suplicandole fuese á verle, persuadido, le dijo, que su humanidad perdonaria la libertad que se tomaba, cuando sabria el motivo que se la hacia llamar. Por fortuna Sir Carlos se hallaba en casa, y fuese á la carcel acompañado del joven Rusbrook. La carta le habia sorprendido, pero la sorpresa dió

lugar á otros sentimientos en el momento que entró en el miserable aposento que ocupaba Rusbrook. La lastima se apoderó de él. Jamas habia visto un espectaculo que le conmoviese mas, ni podia hacerse idea de él. Vió á un militar, pues su vestido le daba á conocer por tal, sentado delante de un fuego casi apagado, cercado de hijos, cuyo aspecto triste anunciaba la miseria, y la compañera de sus desgracias arrojando á sus hijos miradas de ternura y de dolor.

Rusbrook estuvo algunas momentos sin poder hablar; en fin dió gracias á su benefactor por su complacencia en venir á visitarle; le informó en pocas palabras del motivo por el cual habia deseado verle, y acabó por entregarle la carta de Amanda.

Sir Carlos la leyó con admiracion y horror. Gran Dios! esclamó, que monstruo es este hombre! No conozco la persona que os ha dirigido á mi, pero puedo certificar de la verdad de cuanto dice de Belgrave.

A esta declaracion, viniendo á Mistriss Rusbrook la idea á la imaginacion con toda su fuerza, que habia estado à punto de perder à su hija, dandola à Belgrave, desesperando ya de poder sacar á su marido de la carcel, y despedazada de los

remordimientos, por el modo con que habia tratado á la persona que le habia dado un aviso tan saludable, cayó en el suelo, no pudiendo resistir tantas emociones. Sir Carlos la levantó, pues la tremula mano de Rusbrook se reusaba á este oficio. Desgraciada muger! esclamaba Rusbrook el trastorno de todas sus esperanzas es un golpe demasiado acerbo para ella. Tiraronle agua en la cara unico socorro que pudo encontrarse en el aposento. Al recobrar su conocimiento el primer objeto que se presentó á sus ojos fué Emilia pálida y desecha en lagrimas, á la cual su Padre habia mandado llamar. O hija mia! esclamaba ella, estrechandola contra su seno, perdonarás à tu madre, que ha estado tan cerca de sacrificarte á una perdida cierta? O hijos mios! decia á los otros, por amor vuestro iba à sacrificar á mi querida y amable hija! Me averguenzo, me estremezco cuando pienso en la conducta que he tenido con aquella desgraciada joven, que como un angel tutelar, ha sálvado á mi Emilia del abismo, al que estaba projima á caer. Pero estás tristes paredes, continuó ella anegada en lagrimas, de donde mi marido no tiene esperanza de salir ocultarán en adelante mi verguenza y mi dolor.

No os abandoneis á la desesperacion mi

querida Señora la dijo Sir Carlos con el acento de la bondad; y vos, continuó, dirigiendose á Mr. Rusbrook, perdonád si os pregunto algunos detalles sobre vuestra desgraciada situacion y los sucesos que os han reducido à ella. Tenian tanta dulzura y afabilidad su tono y sus modales, que Rusbrook, á quien la voz de la benevolencia le era desconocida desde mucho tiempo, le hizo en pocas palabras la relacion historica de sus desgracias. Bingley le escuchó con profunda atencion, y al separarse de el le tomó la mano y le saludó con una sonrisa semejante á la que se puede suponer sobre la cara del angel consolador enviado del Cielo para derramar el balsamo de la compasion sobre las llagas de un corazon despedazado.

Al dia siguiente volvió. Su cara estaba animada, y su fisonomia espresaba el sentimiento de la felicidad. O vosotros todos, hijos de la locura, del lujo y de la disipacion, jamas esperimentareis un placer comparable al que sintió Sir Carlos entrando en el aposento de Rusbrook para noticiarle que ya estaba libre; cuando con una voz alterada por la sensivilidad trájo esta feliz noticia, y oyó à los pequeños hijos repetir estas palabras con asombro, y vió al Padre y á la madre mirarse uno à o-

tro mudos de sorpresa y de contento.

Al fin Rusbrook quiso manifestar su reconocimiento. Sir Carlos le detuvo. Tengo dijo, bienes considerables que me llegan mas allà de mis necesidades. En que uso puedo emplear mejor mi superfluo, que en dar la libertad a un hombre que ha servido utilmente á su pais, que tiene familia, á la cual puede enseñar á imitarle? Ojala que la libertad que recobrais pueda llevar consigo alguna felicidad para vos, sois libre, y espero que nuestra amistad, que ha principiado en esta triste mansion, durara tanto como nosotros.

Toda la familia fué llevada à case Mistriss Connel, donde Sir Carlos habia ido la noche antes para partícipar su libertad y hacer los preparativos necesarios para acogerla. Entonces se informó de Sipthorpe, ó mas bien de Belgrave, à quien se proponia hechar en cara sus infames proyectos contra Miss Rusbrook; pero Belgrave habia dejado la casa, luego que hubo formado su plan contra Amanda. La alegria de los Rusbrook se turbó mucho, cuando supieron que Amanda no estaba en casa Mistriss Connel. De todo cuanto Belgrave habia dicho contra ella, en nada habia sido creido sino en la apariencia de misterio de que ella se encubria. El importante servicio que les habia

hecho merecia todo su reconocimiento, y querian manifestarselo aunque las apariencias estubiesen contra Amanda, en el momento que Mistriss Rusbrook hubo declarado que creia que Belgrave habia calumniado á Amanda para ejecutar contra ella sus horrorosos designios. Sir Carlos, que esta idea le habia hecho sensasion, resolvió buscar á Belgrave y saber de el, si habia alguna verdad en cuanto habia dicho de Amanda. Una feliz casualidad le habia hecho encontrar en la posada donde vivian uno y otro. El no pudo disimular ni aun por un momento el desprecio que habia concebido por Belgrave, y apenas llegó en la sala le echó en cara sus indignos proyectos sobre Miss Rusbrook; proyectos los mas infames, pues que sabia bien que llevaba al corazon de un padre un golpe, del cual no podia defenderse ni vengarse á causa de su desgraciada situacion. No solamente sois el preseguidor, le dijo Sir Carlos, sino el disfamador de una inocente y virtuosa muchacha, y estoy bien convencido, segun lo que se ha pasado y lo que acabo de ver, que vuestras imputaciones contra Miss Fitzalan son otras tantas infames calumnias.

Ah! vos podeis dudarlo, respondió Belgrave, si asi lo quereis, pero os aconsejo

no hagais saber á todo viviente que sois su campeon. O Belgrave, esclamó Sir Carlos, podeis pensar sin remordimiento que habeis arrancado no solamente al honor, sino ahora mismo la vida á esta amable criatura? La vida? repitió Belgrave horrorizado, que quereis decir? Quiero decir que Amanda Fitzalan, á quien habeis precipitado en un abismo de desgracias, y no pudiendo suportarlas está ahora sobre la cama moribunda. Belgrave mudó de color, se quedó temblando y suplicó á Sir Carlos que se esplicase mas claro.

Sir Carlos observó que estaba fuertemente conmovido, y esperando que esta conmocion podria conducirle á hacer alguna confesion, le dió todos los detalles que Belgrave le pedia, y le pintó la situacion de Amanda del modo mas patetico. Amanda era la sola muger que habia llegado al corazon de Belgrave. Apoderada su alma de un sentimiento de horror, y debilitada por el temor perseguido del crimen de la muerte que acababa de cometer no pudo resistir al aumento de dolor que le causó el cuadro del estado de Amanda del que se conocia el autor. Ella se muere, decis? Repetia Amanda Fitzalan se muere! Dichosa! ella va á ser feliz. La dicha le espera en el cielo; los angeles no son mas pu-

ros que ella. Luego vos sois un mostruo execrable, gritó Sir Carlos poniendo al mismo tiempo la mano en la guarnicion de la espada.

Tirad, dijo Belgrave con semblante despavorido, la muerte me librará del horror que me tengo á mi mismo; la muerte de vuestra mano es preferible al fin ignominoso que se me espera; pues habeis de saber que ayer noche hize una muerte.

Sir Carlos le miró asombrado. Si, dijo el; soy reo de una muerte. Pasadme; no levantaré la mano contra vos. Miraria como una impiedad atentar á una vida como la vuestra, consagrada toda entera á la practica de acciones virtuosas, y de privar á los infelices del apoyo que hallan en vos.

Estremecido Sir Carlos á este estraño discurso, y conmovido al mismo tiempo pidió la esplicacion de todo; y puesto Belgrave por decirlo asi, á la cuestion por su propia conciencia, sintiendo algun alivio en descansarla, confiandose á un hombre tal, le contó sus artificios y complots contra Emilia, y contra Amanda, y le descubrió un tejido de horrores. No dijo Sir Carlos, despues de haberle escuchado, seria una crueldad y una cobardia tirar á aquel sobre quien el brazo de la justicia se halla levantado. Ojala que el arrepentimiento aparte de vos el castigo:

La alegria de Sir Carlos, al ver á Amanda justificada no puede describirse. Un padre tierno que ha hallado un hijo querido que creia perdido, no puede sentir un placer mas esquisito. Al dia siguiente por la mañana, luego que fué posible entrar en casa Mistriss Connel se fué allá, y tubo la satisfaccion de saber, que Amanda dormia aun con un sueño muy tranquilo, del cual se esperaba los mejores efectos. Contó á Rusbrook y à las mugeres todo cuanto habia pasado la noche anterior entre el y Belgrave, y les comunicó su alegria, de la cual participaron, y de lo que estubieran contentisimos no tanto por él como por Amanda. Mistriss Rusbrook y Emilia habian pasado al lado de su cama toda la noche anterior que habia sido muy mala; pero ácia la mañana Amanda habia cogido un sueño profundo. Era mas de medio dia cuando dispertó; al principio solo sintió una languidez agradable, sin tener aun idea distinta de su situacion. Poco à poco le vino la memoria, y la inquietud de saber donde estaba. Solo se acordaba del momento en que habia encontrado á Sir Carlos, y nada mas. Abrió poco á poco la cortina, y con un indecible placer vió à Emilia sentada a los pies de la cama, la cual se levantó al instante y besandola con transporte le preguntó co-

mo se hallaba. O que dulce y deliciosa fué esta voz para Amanda; la musica mas agradable no le habria dado tanto gusto. Su corazon estaba lleno y sus ojos se saciaban de la benevolencia que difundian las atenciones de Emilia. Al fin, con una voz todavia devil, dijo. No puedo dudar que estoy á salvo pues que Emilia está con migo.

Mistriss Rusbrook que habia ido con su marido entró al mismo tiempo. Su satisfaccion al ver restablecida Amanda era tan grande como la de su hija; pero la memoria de su conducta pasada la hacia estar un poco apartada. Al fin acercandose la dijo: Me averguenzo y sentiré toda mi vida haber podido dudar de vos; pero el haberse reconocido vuestra inocencia, á nadie puede dar tanto gusto como á mi.

Mi inocencia conocida! dijo Amanda levantando la cabeza. O justos cielos! y como? por que medios? decidmelo os suplico. Mistriss Rusbrook se apresuró á complacerla, y le contó todo lo que habia oido decir à Sir Carlos. Esta relacion reanimó del todo à Amanda; pero sus lagrimas al escucharla corrian, y esperimentaba una grande emocion. Mistriss Rusbrook se alarmó, y la exortó á que se calmase.

No os den pena estas lagrimas, dijola Amanda, no me hacen mal alguno. Hace

mucho tiempo, muchisimo, que no he llorado de alegria, y levantando los ojos al cielo pidió a Dios las mas selectas bendiciones y la mas cumplida recompensa, por la generosidad de Sir Carlos, y su beneficencia por los Rusbrooks. Tranquila sobre su propia suerte volvióse á ocupar con mas inquietud sobre la de Oscar, y no obstante las representaciones de Mistriss Rusbrook que tenia no hiciera mas de lo que sus propias fuerzas le permitian, se levantó despues de comer, para ír á la sala, determinada á hacer saber á Rusbrook y á Sír Carlos, cuya conducta generosa con ella merecia toda su confianza los verdaderos motivos de su viage á Londres, igualmente que todos los hechos que era necesario supiesen, y suplicarles hiciesen todas las pesquisas posibles para averiguar el paradero de su hermano.

Emilia la ayudó á vestir y le dió el brazo para ir á la sala. Sir Carlos habia permanecido en la casa todo el dia, y cuando ella entró, salió á recibirla y recogió una mirada tierna y compasiva. Su debilidad y su palidez daban testimonio de los estragos que en ella hicieron los dolores del alma y la enfermedad. Las miradas de Sir Carlos espresaban sus sentimientos mas que sus discursos, aunque

se esprimiese con el acento de la ternura, y que su mano temblase al estrechar contra su pecho la de Amanda.

Sir Carlos, le dijo ella, mi reconocimiento á vos es sobre toda espresion, y solo cesará con mi vida. Sir Carlos la suplicó que no hablase de reconocimiento. He trabajado para mi mismo, decia, en todo cuanto he hecho por vos; pues yo no puedo ser feliz no siendolo vos.

Rusbrook se acercó á darle gracias; pero desvió, lo mismo que Sir Carlos el asunto de la conversacion. La idea que en lo sucesivo estaria en seguridad, y las atenciones de que era el objeto, le daban una tranquilidad, de la que no habia gustado desde mucho tiempo. Gozaba mejor de su seguridad presente al acordarse de los pasados peligros: viendo la felicidad de Rusbrook le costaba mucha dificultad en detenerse á dar los justos elogios á aquel que era el autor de ella; pero juzgaba del corazon de Sir Carlos por el suyo, y se privaba de alabarle persuadido que preferiria la silenciosa estimacion del corazon á todos los aplausos que los oidos pudiesen oir.

Despues del té, habiendose quedado solos en la sala Sir Carlos M. y Madama Rusbrook y Emilia, Amanda les hizo la con-

fidencia que habia resuelto. Todos la oyeron con grande atencion y mucha admiracion y compasion; cuando hubo acabado Sir Carlos y Rusbrook le declararon la resolucion que tenian de servirla. El ultimo que habia manifestado una grande emocion durante su narracíon aseguró qne no tardaria dar bien pronto noticias de su hermano.

Oh Cielos! esclamó Amanda, habeis sabido en efecto alguna cosa de él? Calmaos, mi querida Señora, le dijo el tomandola las manos con aire el mas obsequioso y afectuoso. Si, he sabido alguna cosa, pero..... Pero que! dijo Amanda aumentandole su conmocion. Ha! la dijo el, tambien ha tenido sus penas en la carrera de la vida, pero pensad que estas penas han pasado, y el contarlas no os cause nuevos sufrimientos. O! decidme, os lo ruego, replicó Amanda, donde está? le veré? Si, contestó Rusbrook, le veréis, y para no teneros por mas tiempo suspensa, esta de algunos meses á esta parte en estaba en una horrible prision de la que acaba de sacarme la generosidad de Sir Carlos.

O hermano mio! dijo llorando. Solo ayer por la noche supe que era vuestro hermano, porque ignoraba vuestro verdadero nom-

bre. Se lo he dicho á Sir Carlos, el cual ha ido esta mañana á verle, y creo que os lo traerà aqui; pero os debeis esperar encontrarlo mui mudado. Con su libertad y su fortuna recobrará prontamente su salud. Escuchemos. Oigo alguno en la escalera.

Amanda probó de levantarse y volvió á caer en la silla. Abrese la puerta y entra Sir Carlos seguido de Oscar. Aunque preparada á verle mudado, la hizo sensacion la alteracion que vió en él. Pálido, flaco, sus hermosos cabellos en desorden, venia embuelto mas bien que vestido con un capote viejo de soldado. Al acercarse Amanda se levantó.

Amanda mi querida hermana! esclamó. Esta se adelantó acia él con paso seguro, y dejandose caer en sus brazos dió libre curso á las lagrimas de alegria. Oscar la estrechaba contra su corazon; la miraba estatico; pero su alegria se disminuyó cuando observaba la alteracion de su cara tan sensible en él, por ella; como á ella por él: pues las facciones de Amanda pálida y abatida por las desgracias, sus vestidos de luto anunciaban sus sufrimientos y la irreparable perdida que ambos habian tenido desde su ultima entrevista.

O Padre mio! decia Oscar gimiendo, la ultima vez que ví á mi hermana estabais con

nosotros: diciendo estas palabras estrechaba a Amanda mas fuertemente contra su corazon, como que le era mas querida por la perdida de cuya memoria recordaba.

—No podemos menos de llorarle, dijo Amanda. Sin embargo si hubiese vivido, que tormentos no hubiera sufrido, testigo de las desgracias de sus hijos sin poderlas aliviar.

Vamos, dijo el capitan Rusbrook, cuyos ojos humedos como los de todos los presentes, manifestaban cuanto les afectaba esta escena, no empozoñemos nuestra dicha actual con memorias doloresas de las desgracias pasadas.

Luego que Oscar y Amanda comenzaron á estar mas calmados, los dejaron solos, y Oscar satisfizo los vivos deseos de su hermana, contandole cuanto le habia sucedido despues que se hubieron separado á Dublin. Principió por la aficion que tomó á Adela, y los acaecimientos que se la hicieron perder; pero nuestros lectores sabiendo ya esta parte de su historia, solo pondremos aqui su querella con Belgrave del modo que la contó á su hermana.

CAPÍTULO. III.

Partí de Enniskilling, dijo Oscar, con el mayor desconsuelo, porque me iba con la

idea que no volveria á ver mas á Adela. Sin embargo, con este sentimiento, me alegré que ella no siguiese á su marido, pues habria sido aun mas horrible para mi verla como muger de Belgrave. Si el desastre sucedido á mi amor hubiese sido efecto de su indiferencia, mi orgullo me habria ayudado á sostener este golpe; pero saber que Adela habia tenido por mi los sentimientos que yo tenía por ella, esta idea alimentaba y agravaba mi dolor. El pensamiento de la felicidad que hubiera podido alcanzar, me hacia insensible á toda la que podia todavia encontrar. Llenaba los deberes de mi obligacon maquinalmente y sin gusto: evitaba la sociedad tanto como podia, por hallarme incapaz de sostener las chanzas de mis camaradas sobre mi melancolia.

En el verano eu que venisteis á Irlanda embiaron á mi Regimiento á Bray una situacion pintoresca me proporcionaba muchos paseos agradables y solitarios: teniamos allí un recluta cuyos modales y caracter eran para nosotros un objeto de admiracion y de conversacion. Parecia ser de una esfera superior á la comun: jamas he visto mas bella figura. Los oficiales hicieron inutiles esfuerzos para saber quien era ó lo que habia sido. Lo que le hacia aun mas interesante era una joven y hermosa muger que,

como él, parecia ser de un estado superior; pero que, lo mismo que su marido se acomodaba á su situacion, sino con alegria, á lo menos con resignacion.

María trabajaba para casi todos los oficiales: Henrique era exacto en sus deberes, y ambos amados y aun respetados. En mis paseos solitarios sorprendia muchas veces á esta desgraciada pareja, que como ya buscaba la soledad, para abandonarse á su dolor y llorar juntos, á lo que parecia, la memoria de un tiempo mas feliz. Muchas veces los veia, fijos los ojos con ternura mezclada de dolor sobre el niño que María criaba, como afligiendose del destino que la esperaba.

Era María demasiado hermosa para no atraerse las miradas de Belgrave. Segun la situacion en que aquella la hallaba, creia este que seria una conquista facil; pero se engañó, pues desechó sus proposiciones con indignacion y aun con horror. Queria ella que su marido no lo supiese pero bien pronto se lo dijeron sus compañeros y camaradas que habian visto muchas veces que el coronel perseguia á María. Entonces fué cuando sintió amargamente lo desgraciado de su situacion. Estaba bien seguro de su muger, habiale dado pruebas nada equívocas de su tierna aficion pero temia los insultos

del coronel; mas la vigilancia de uno y otro la puso á cubierto. Irritado de ver frustrados sus proyectos, consertó al fin uno de los planes mas abominables que la depravacion del corazon humano pudiese inventar.

Habian mandado un destacamento de soldados que debian pasar á la costa para impedir el contrabando: Henrique fué nombrado para este destacamento; pero cuando fué preciso marchar Henrique no se halló, El criado de Belgrave agente vil de su amo, y digno de el habia prevenido á Hanrique que Belgrave contaba aprovecharse de su ausencia para ir á visitar á María. El marido temblando por su muger resolvió esponerse á todo antes que abandonarla á semejante peligro. Ocultose pues hasta que el destacamento hubo partido. Las consecuencias de esta contravencion á la disciplina militar fué su arresto, y una sentencia que le condenaba á sufrir baquetas dos dias despues. Los oficiales que le sentenciaron estaban ellos mismos con el mayor desconsuelo, pero la severidad de la disciplina no les permitia sentenciar de otro modo.

No intentare describiros la situacion de estos jovenes y desgraciados esposos; cada uno sufria mas por el otro que por si mismo pero la fiereza de Henrique aumentaba aun mas sus agonías.

Al entrar en mi casa María, pálida, innndada de lagrimas, y el aire despavorido. Arrojose á mis pies, y levantando las manos acia á mi, conjuróme que intercediese por su marido. Yo levanté á esta pobre criatura y la aseguré que iba á hacer cuanto fuese de mi parte para salvarle, aunque tubiese poca esperanza en el exitó. Me apresuré pues á ir á casa del coronel, para pedirle una gracia, que habria desdeñado solicitar para mi mismo, pero para servir á estos desgraciados esposos me habria postrado á sus pies.

» El coronel estaba en la parada, y como si hubiese penetrado mi intencion procuraba evitarme. No me desalenté, y le segui con obstinacion pidiendole una audiencia de algunos minutos, decid vuestro asunto en dos palabras, me dijo con mas altaneria de lo que acostumbraba. Lo haré, le dije, conteniendo con dificultad mi indignacion, y espero que será con exito. De que se trata; me preguntó. Vengo á implorar vuestra humanidad y no para mi. Entonces le hablé en favor del soldado y de María; la rabia y la malicia se presentaron á su cara satisfecha.

Jamas, me dijo, jamas haré gracia à ese bribon, y me admiro que os atrevais á pedirmela. Vuestra admiracion, le contesté,

no puede ser tan grande como la que me dá vuestra barbaria, aunque segun lo que se de vos, no debia admirarme de nada. Su rabia llegó á su colmo. Preguntome si sabia con quien hablaba. Demasíado lo sé, le dije, que hablo à uno de los mas viles y detestables hombres del mundo.

A esas palabras me levantó el baston que llevaba en la mano. Yo no fuí dueño de mi mismo; arrojome à él, agarrele su baston, se lo rompí y le tiré los trozos à la cabeza.

Ahora, le dije, estoy pronto à daros satisfaccion de cuanto os he dicho, y cuya verdad estoy dispuesto à sostener con peligro de mi vida. No, dijo él, con una fria y reflexiva ruindad, la satisfaccion que necesito es de otra naturaleza. Algunos oficiales, que se habian acercado à nosotros quisieron intervenir, pero les impuso silencio con altaneria, y me hizo arrestar al momento.

Desde entonces ví mi suerte dicidida, y me determiné à sufrirla con valor, y à no dar à Belgrave ventaja algnna sobre mi caracter, quedé pues arrestado en mi casa, y Henrique sufrió al dia siguiente el castigo militar à que habia sido condenado. No despedazaré, mi querida hermana, vuestra alma sensible describiendoos, segun me lo contó uno de mis camaradas, la separacion

de marido y muger, la desesperacion de la madre los gritos del hijo. El orgullo, la indignacion, la ternura, la lastima asaltaron à la vez el alma de Henrique, y se manifestaron sobre toda su persona. Esforzose superarse à si mismo, pero llegado al lugar del suplicio no pudo dominar sus sentimientos. Su noble corazon no pudo sostener la idea del borron de su deshonor. Una palidez mortal se apoderó de él, cayó en los brazos de un soldado y espiró con el nombre de María en sus labios.

Al cuarto dia despues de este triste suceso, fué juzgado, como me lo esperaba, en consejo de guerra y destituido á la cabeza del regimiento por desprecio á un oficial superior. Retireme en una posada, pobre y solitario en las inmediaciones de Bray, con el alma en una situacion que no puede describiros, sin fortuna y sin amigos. Me miré desde entonces como un hombre que nada tenia que hacer en este mundo.

Un teniente joven con quien habia tenido una intima amistad vino à verme en mi retiro. El dolor que me manifestó del estado en que me veia me sacó del desaliento de que me habia dejado llevar. La voz de la amistad penetró hasta mi corazon y alivió provisionalmente mis disgustos. Preguntome si habria hecho algun plan relativo à mí; díjele

que no, por que no habia ninguno que hacer, cuando no se tenian amigos ni socorros para ponerlo en ejecucion. Tomome por la mano, y me dijo que tendria uuo y otro, iba à escribir à Londres à un amigo suyo, que tenia grandes posesiones en América, y que me enviaria allà, si este partido me convenia. Dijele, que era precisamente lo que yo pedia, y le manifesté mi reconocimiento.

El mismo dia á la tarde recibí un mensage de parte de la desgraciada Maria: esta me rogaba fuese à verla, y el soldado que vino de su parte me dijo, que estaba moribunda en cama y que la cuidaba la muger de un soldado. El sol al ponerse daba en su aposento y sobre su cama, y la cercaba como una especie de aureola. La enfermedad habia marchitado su belleza causa de sus desgracias, pero con todo era aun muy interesante. Sus sollozos y sus lagrimas le impidieron por mucho tiempo articular palabra alguna; al fin con una voz debil me dijo: Os he embiado á buscar, Señor, porque conozco vuestra humanidad, las que me escusarán con vos y sé que no me reusareis una buena accion que me dará algun consuelo en estos mis ultimos momentos.

Entonces me dijo el motivo que tenia para embiarme á buscar. Suplicóme que

entregase á su padre, hombre muy rico que vivia en Dublin, el hijo que habia tenido del desgraciado Henrique, y que la hiciese enterrar al lado de su marido. Henrique era hijo de un rico comerciante: su familia y la de Maria estaban muy unidas y su mutua aficion habia principiado desde la infancia. El padre de Henrique habia esperimentado un revés de fortuna. Los padres de Maria le habian declarado que no debía ya pensar en unirse con su joven amigo. Sin embargo casaronse secretamente y ambos se desgraciaron con sus respectivos padres. Los de Henrique echandole en cara de haber cometido la vileza de entrar en una familia que les desdeñaba y los da María acusandola de haber despreciado la autoridad paternal. Por esta razon se habian visto obligados por la necesidad á un genero de vida para el cual no habian nacido. Pero me lisongeo, añadió, que el resentimiento de mi padre no me seguirà hasta el sepulcro, y que protegerá à este huerfanito.

Prometile ejecutar religiosamente cuanto me pedia, y espiró algunas horas despues que me despedí de ella. Asistí á su entierre y llevé el niño á Dubline. Sorprendido el padre y desconsolado, sintiendo demasiado tarde haber mostrado tanto rigor,

recibió al niño en sus brazos, y derramó sobre el lagrimas de arrepentimiento.

Me proveé de cartas de recomendacion, y partí para Inglaterra, despues de haber escrito un despido á mí padre, y otro á Mistriss Marlowe en la cual les decia que iba á dejar el Reino.

Luego me hube procurado un pequeño cuarto en la ciudad fuí á casa del hombre á quien iba recomendado, pero juzgado cual seria mi consternacion cuando supe que habia salido ya para las indias occidentales. Entré en un café con designio de hacer saber á mi amigo el joven oficial este incidente. Mientras esperaba papel y tintero tomé un diario que me puse à leer, pero oh! mi querida Amanda! que rayo cayó sobre mi al leer en él la muerte de mi Padre! Mi sentimiento por él, y mis inquietudes por vos, asaltaron á un mismo tiempo mi corazon y mi cabeza, no pude sostener este choque, y caí sin conocimiento. Me llevaron á mi casa pusieronme en la cáma, en la cual me tubo quince dias la calentura. Durante mi enfermedad me ví obligado á gastar el poco dinero que me quedaba, y me hallé alcanzado de deudas con la gente de la casa. Cuando me hallé un poco restablecido, y que me hubieron presentado

sus cuentas les declaré francamente que me hallaba imposibilitado de pagarlas. En consecuencia fuí arrestado, no dejandome llevar de cuanto tenia mas que un vestido y dos camisas. Imaginad mi desesperacion cuando me ví amenazado de un eterno cautiverio, y reflexioné sobre vuestra situacion. Mil veces he estado á punto de escribiros, pero me he detenido por temor de aumentar vuestras penas, haciendoos saber las mias, y de seros una carga en lugar de llevaros socorros. La compañia del capitan Rusbrook avia mitigado mí cautiverio. Veia que tenia con él una perdida irreparable, pero con todo no me alegré menos de verle recobrar la libertad. Yo me figuro que la suya ha contribuido á la mia. Esta mañana ha venido acompañado de Sir Carlos, y ambos me han preparado poco á poco para darme las buenas noticias que me train. Puedo decir con toda verdad que el anuncio que me han hecho de una grande fortuna no me ha dado tanto gusto como la seguridad de que iba á volveros á ver: Y mi padre Adela! nada he sabido de el desde que fué preso me estremezco al pensar lo que habrá sufrido en poder de Belgrave, pues el bueno del viejo general murió poco despues de mi salida de de Enniskilling. Tengo motivos para juzgarlo

asi, segun lo que me ha escrito Mistriss Marlowe Mi querido Oscar, me dice; no tengais demasiado sentimiento por vuestro buen amigo el viejo general, mas bien alegraos de saber, que ha muerto antes que sus ultimos dias fuesen atormentados con el espectaculo de desgracias de su querida hija.

O mi querido hermano! continuó Oscar arrojando un profundo suspíro, mientras que sus lágrimas se mezclaban con las de Amanda; es preciso pues que en este mundo jamas tengamos un gozo entero y una dicha perfecta y que siempre tengamos alguna cosa que desear ó sentir!

Al acabar Oscar su narraccion, dejó ver á Amanda en todo su semblante la espresion de una melancolia tan profunda, que se persuadió ella que su pasion por Adela era incurable; y que ni la ausencia ni el tiempo no habian llevado minoracion alguna, y que la libertad y la fortuna que acababa de recobrar no podian tener para con el la mitad de su precio mientras permanecia en su corazon el sentimiento de la perdida de Adela.

Cuando volvieron á entrar sus amigos en la sala y le felicitaron de nuevo sobre el cambio feliz de su situacion, su abatimiento á penas le dejó responder. Cuando M. y

Madama Rusbrook le hablaron de la felicidad de que iba á gozar, les escuchó con pena, disminuiendo su corazon lo que le decian. Sin embargo sus ideas religiosas le llevaron á sentimientos mas razonables de reconocimiento acia la providencia que derramaba sobre él, tan inesperados. Parecióle que sus murmuraciones y sus quejas, despues de tan feliz cambio de situacion, serian una ingratitud. La esperiencia debia haberle enseñado que no hay dicha perfecta en este mundo, y seria una estraña presuncion quererse libertar de la suerte comun de la humanidad. Adquirir de repente la independencia que dá la fortuna; tener medios de reconocer lo que debia á Sir Carlos; hallarse en estado de dar consuelo y comodidades à una hermana adorada que habia sufrido tanto; en fin socorrer y aliviar á los desgraciados, eran los goces que se le esperaban en lo sucesivo; y estos nuevos bienes no exigian que de su parte tributase un vivo reconocimiento acia aquel que les dispensa. Estas consideraciones le conmovieron y calmaron su alma, y asi á una dulce y tierna melancolia sucedió una profunda tristeza. Pensaba siempre en Adela, pero no con las agonias que por tanto tiempo habia sufrido: era una especie de sentimiento tier-

ao de una alma sensible despues de la muerte de un amigo, y para el, Adela era perdída como si hubiese descendido al sepulcro. Si mi querida amiga, le decia como si habitase ya en las mansiones celestes, nos reuniremos en esa habitacion de felicidad que solo puede daros la recompensa de vuestra bondad, é indemnizaros de todo cuanto habeis sufrido.

Entonces se halló en estado de entretenerse con sus amigos sobre las medidas que habia que tomar para hacer valer sus derechos. La opinion del Capitan Rusbrook y de Sir Carlos fué, que bastaba dar conocimiento del testamento al Marques de Rosline por que la validacion de esta escritura no podria disputarla, apoyada como se hallaba por el testimonio de Lady Dunreath que vivia aun; que si se disputaba, estaria siempre á tiempo para recurrir por vias juridicas.

Sir Carlos conocia personalmente al Marques; tenia igualmente muchos amigos y conocidos en las inmediaciones de Rosline. Ofreció á Oscar hallarse en Escocia al mismo tiempo que él. Oscar le dió infinitas gracias por ello, persuadido que él apoyo de un hombre tan conocido, y tan generalmente estimado le seria de mucha utilidad en sus asuntos.

Sir Carlos le dijo que tenia que hacer en su Regimiento que se hallaba en Irlanda, pero que no estaria alli sino pocos dias, y que como se hallaba de guarnicion á Donaghdee solo tendria un corto trecho que hacer de alli á Port-Patrick desde donde en pocas horas pasaria á Rosline-Castle.

Despues de haber señalado el dia de su partida para Irlanda, propuso á Oscar de venir con él, y este lo aceptó gustoso.

El corazon de Amanda palpitó de alegria á la idea de hácer un viage á Irlanda. Era problable que pasarian por el pais de Gales, y deseaba ardientemente acompañar á su hermano hasta allá, à fin de que la dejasen en casa de su nodriza Edwin, desde donde podria aun ir á ver Tudor-Hall y visitar los sitios que habia recorrido con Mortimer, darles el ultimo à Dios, resuelta como se hallaba á alejarse de él para siempre, luego que hubiese sabido la vuelta de Mortimer á Inglaterra. En este despido creia encontrar algun consuelo. Hallaba por inutil acompañar á su hermano á Escocia, y estaba resuelta á evitar este viage, à menos que le dijesen que era absolutamente necesario. Era demasiada prueba para ella encontrarse en un lugar donde tendria casi á los ojos las fiestas del casamiento de Lord Mortimer, ó estaria es-

puesta á oir todos sus detalles. Sobre todo no quiso dejar penetrar à su hermano el secreto de su amor persuadida que seria muy desgraciado verla entregada á los sufrimientos que lleva con sigo un amor sin esperanza, y puede ser sin poderse prestar á todos los proyectos que hacia por la felicidad de su hermana.

En fin á estos motivos se juntaban la repugnancia que tenia en acercarse á un lugar en que podria ser testigo de la pena que Lord Mortimer sentiria al ver á la familia con quien iba á unirse amenazada de un golpe cruel. Se estremecia su corazon pensando que antes que Oscar llegase á Escocia el interes del Marques de Rosline y el de Lord Mortimer estarian unidos, y los pasos de Osear se dirigirian igualmente contra uno y otro. Oscar no contrarió la repugnancia que tenia su hermana de hacer el viage de Escocia, y convinieron dispensarla de él supuesto que su presencia era inutil.

Sir Carlos Bingley fué del mismo parecer, aunque fuese, la dijo á voz baja contra sus propios intereses.

Desde entonces habria dado á conocer sus deseos de ir al pais de Gales, sino hubiese temido dejar penetrar su verdadero motivo. Mientras balanzeaba sobre este proyecto, Sir

Carlos dijo al Capitan Rusbrook que habia obtenido de un amigo suyo que tenia un empleo, otro para él con un sueldo regular; que era preciso que fuese cuanto antes á su destino que estaba á treinta millas de Londres. Manifestó su deseo de que él y Madama Rusbrook hiciesen sus preparativos para partir al dia siguiente.

Su alegria y reconocimiento á este razgo de bondad de Sir Carlos, era superior á toda espresion, pues les ponia en adelante en estado de existir por si mismos, y el pan de la independencia aun ganado con dificultad, en cuyo caso no se hallaban, es siempre mas sabroso.

Al oir que los Rusbrooks iban á dejar á Londres, Oscar miró à su hermana con inquietud, y su mirada parecia decir á los cuidados de quien la dejaré? alejandome yo tambien de ella? Mistris Rusbrook entendió esta mirada, y suplicó á Miss Fitzalan que viniese con ella á su nuevo establecimiento, para que nada faltase á su dicha. Era este el momento de esplicarse Amanda: tomó animo y declaró el deseo que tenia de visitar á su fiel nodriza, y que no queria perder la ocasion favorable que se le presentaba de hacer este viage, acompañando á su hermano hasta allá. Emilia habló en favor del plan de su madre; pe-

ro Amanda manifestando toda su ternura y reconocimiento para endulzar la denegacion, permaneció en su idea. Oscar estubo muy contento de la resolucion de su hermana sobre todo con la esperanza que el aire nativo y los cuidados de su nodriza acabarian de restablecer su salud. Sir Carlos se alegró infinito de poder gozar de la sociedad de Amanda durante una tan grande parte de su viage.

Arreglado todo de este modo, pusieronse á la mesa, en la cual Sir Carlos por la dulzura de sus modales, y la vivacidad de su talento divirtió á todos. Retiróse temprano: Al dia siguiente habiendo bajado Amanda para el desayuno halló ya á su hermano, al Capitan Rusbrook y á Sir Carlos Bingley. Despues del desayuno, Bingley llamó á Oscar á parte, y en los terminos de la mayor delicadeza le ofreció ser su banquero. Oscar lo aceptó con el mayor reconocimiento, y despues de haber tomado la suma necesaria, entregó á su hermana algunos billetes de banco para comprar alguna cosa antes de partir, y para esto salió con la Madre é hija Rusbrook, que se ocuparon tambien de los preparativos de su viage. A la vuelta habiendo Sir Carlos encontrado á Amanda, tomó esta ocasion de volverla á ofrecer su mano.

La cincera amistad que le tenia, la determinó á hablarle en estos terminos. Si yo aceptaba, Sir Carlos, vuestros generosos ofrecimientos, cesaria de merecer vuestra estimacion, de la que hago alarde, y perderia el derecho y el gusto de reconocerla, por que con mi estimacion no podria entregarme á vos. Debo á vuestra amistad, añadió con un modesto agrado, declararos que antes de conoceros, mi corazon estaba ya dado.

Sir Carlos se puso pálido, tomó la mano de Amanda, y estrechandola en silencio contra su pecho, esclamó! Mis Fitzalan despues de haberme dado estas señales de vuestra generosa confianza, ya no sufrireis ninguna importunidad mia.

CAPITULO IV.

Al dia siguiente Oscar, Amanda y Sir Carlos se pusieron en marcha. Los Rusbrooks que miraban á Amanda como el origen de su actual felicidad, se despidieron tierna y afectuosamente de ella, lo que les afectó profundamente. Su viage al pais de Gales fué agradable y pronto, pues el tiempo fué muy bueno. En la tarde del tercer dia al ponerse el sol llegaron al pueblo de los Edwin. Des-

pues de haber tomado algun refresco, Amanda salió de allí acompañada de su hermano y no quiso que le siguiese su equipage hásta mas tarde. No quiso que Sir Carlos la acompañase, y asi se habia arrepentido de haber viajado con él, pues la pasion de Bingley parecia haberse aumentado. ¡Que caro pagaré la dijo él dandola la mano en la escalera las cortas horas de gusto que he pasado y gustado á vuestro lado, con la memoria y los disgustos que me dejaran!

Amanda se despedió de él y se alejó. Oscar no pasó de la entrada de la avenida que conducia á la casa. No hubiera tenido tiempo de responder á las preguntas que los Edwin hubieran creido poderles hacer, y no querio que su nueva situacion fuese sabida de nadie sinó de aquellos que estaban ya instruidos de ella. Amanda se proponia decir á sus huespedes al llegar, que se habia aprovechado de la compañia de dos amigos que iban á Irlanda para venirles á ver y pasar algun tiempo con ellos. Oscar la prometió escribir desde Irlanda, y despues desde Escocia, luego que habria visto al Marques. La exortó á que cuidase de su salud, y se despedió de ella tiernamente. Al ver su abatimiento se alegró Amanda de no haberle dado á conocer sus propios disgustos. Lisongeose de endulzar los de se her-

mano con sus atenciones delicadas, pues juzgando del corazon de Oscar por él suyo, no creia poder arrancar de el la herida profunda que tenia, pero esperaba hacerla menos sensible.

Despues de separada de su hermano, Amanda retardó su marcha, pues se hallaba en una tierra que le recordaba mil tiernas memorias. Desde allí habia echado por la ultima vez sus miradas á Tudor-Hall; allá habia su padre fijado los ojos sobre el campanario de la Iglesia cuya inmediacion se hallaba enterrada su tierna esposa; acullá tenia costumbre Lord Mortimer de venir á su encuentro. A tan tristes memarias su corazon sucumbia, y sus suspiros salian multiplicados de su oprimido pecho. Apenas podia detener sus lagrimas. A su alrededor todo era agradable y sereno, pero ella de nada disfrutaba. El balido de los ganados errantes sobre las vecinas costas no hacia sinó aumentar su melancolía, y el aspecto que el otoño ya adelantado daba á la campiña le recordaba los felices tiempos en que la habia visto con toda su belleza. El sol projimo á su ocaso alumbraba todavia las ventanas de Tudor-Hall. Detuvose involuntariamente á contemplar este objeto, y habria permanecido por largo tiempo en esta situacion, sinó hubiese temido ser ob-

servada, y con este temor apresuró su paso ácia la casa.

La puerta estaba abierta. Entró y halló á su Nodriza sola y ocupada en hacer calceta. Su admiracion fué estrema cuando Amanda se le presentó; estremecióse, levantóse, gritó y la miró un momento con el aíre de no creer á sus propios ojos. En fin corriendo ácia ella la estrechó entre sus brazos y la apretó contra su pecho. Buen Dios! dijo ella, quien podia esperar una cosa tal! Que seais bien venida como las flores de mayo. Hemos estado con mucho cuidado de vos, y cien veces me ha dicho mi marido, que si supiese donde estabais, habria ido á veros. Amanda volvió á su nodriza todas sus caricias y se sentaron.

Temo mucho, la dijo la nodriza mirandola tiernameute, que hayais sufrido estremadamente desde que no os he visto. El pobre Capitan! cuando se despidió de nosotros no creí que lo viese por la ultima vez. Amanda no pudo detener sus lagrimas y sus profundos suspiros manifestaron bastante la amargura de sus sentimientos.

Ha! dijo la nodriza enjugandose sus ojos con el estremo del delantal, grandes y pequeños, tarde ó temprano debemos todos pasar por ello; y asi mi querida hija no os dejeis abatir demasiado. Yo habia oido

decir antes de este suceso que ibais á casaros ricamente; pero es demasiada verdad que los hombres como las veletas mudan segun el viento. Sin embargo al ver á Mortimer despues de vuestra partida nadie habria podido creer que, jamas hubiese podido cesar de amaros, pues tenia tal dolor que nos causaba lastima. Ciertamente que si hubiese sabido donde estabais se lo habria dicho. Esperaba con todo que os descubriria, cuando supe que en lugar de buscaros iba á casarse con una gran señora que tinene un nombre muy largo y muy dificil de pronunciar, una rica heredera Escocesa: pero en el dia el dinero lo hace todo. Todo el mal que le deseo es que le haga enrabiar toda su vida. Esta conversacion era demasiado penosa para Amanda y por consiguiente trató de desviarla preguntando noticias de la familia. La buena muger contestó en dos palabras que todos estaban buenos, y continuó diciendo: tenemos aqui al Ministro Howell, á quien todo el mundo hubiera creido tan firme como las peñas de Penmeenmown; pero nada de eso: ha mudado tambien, pues no viene ni de la mitad tan á menudo como venia á saber noticias vuestras.

Amanda no pudo menos de sonreirse de la colera de la buena muger contra el mi-

nistro, y la preguntó de nuevo noticias de su familia. La nodriza dijo que todos estaban buenos, que habian ido á un pequeño bayle al molino del Valle; que Helena se habia casado con su fiel Chip, que tenia buena casa y una niña á la cual criaba su madre; que hubiera querido por amor de su Señorita ponerle el nombre de Amanda, pero que ella habia temido pasar por una impertinente dando á su hija tan hermoso nombre; que sentia siempre no hallarse ya con su buena Señorita de lo cual no podia consolarle el mismo Chip. Amanda tributó algunas lagrimas á la tierna aficion que la pobre Elena la conservaba y felicitó á su nodriza de la felicidad que gozaba. La nodriza á su vez consiguió que Amanda la diese algunos detalles de cuanto le habia sucedido desde sn separacion y lloró por los disgustos de su querida hija. Preguntó por Oscar, y Amanda se contentó con decirla que estaba bueno. Los hijos volvieron temprano del bayle, y su sorpresa fué igual á su alegria á la vista de Amanda. Uno de los muchachos fué á buscar á Elena, el cual volvió pocos minutos despues con ella, su marido y su pequeño hijo. Elena estaba colmada de alegria, estrechaba en sus brazos á Amanda como si no hubiese querido separarse de ella

y lloraba á moco tendido. Ahora, esclamaba ella, ahora es cuando soy feliz; pero por que, mi amada señorita no os habeis venido á vivir con nosotros? Sabeis que habriamos hecho cuanto hubieramos podido para divertiros. Temiendo despues Elena haberse tomado damasiada libertad, se retiró modestamente á alguna distancia, tomó á su hijo y lo presentó á Amanda, que le acarició, y habló á Chip con una bondad de la que Elena estubo infinitamente satisfecha.

Si los disgustos de Amanda hubiesen sido menos dolorosos las atenciones de estas buenas gentes los habrian disminuido, pero en este momento nada podia levantarla de su abatimiento. Su equípage llegó. En el habia traido algunos pequeños regalos para toda la familia y los distribuyó. Quiso entretenerse con ellos sobre sus asuntos, pero no se halló en estado de sostener este esfuerzo, y pidió irse á su cuarto. La nodriza no quiso dejarla ir sin haber probado su queso reciente y su cerveza.

Cuando estubo cerrada y sola halló en su cuarto objetos que le recordaron Lord Mortimer y aumentaron su tristeza. Tenia á la vista la cajita de libros que le habia enviado abriórla, y en el primer tomo que le vino á la mano observó pasages escogidos rayados por de-

bajo por mano de Mortimer, como espresando mas particularmente sus disposiciones y sentimientos. Como le recordaron estos libros los felices momentos que habia pasado en este sitio! La noche se avanzaba, y aun no podia resolverse á cerrar la cajita; y cuando se hubo acostado, su sueño fué corto y agitado. Al dia siguiente, mientras se desayunaba rodeada de la nodriza y de sus dos hijas (pues Elena habia venido temprano á saber de ella) entró Howell. Lo que la Nadriza la habia dicho de la mudanza sucedida en los sentimientos del ministro hacia su visita mas agradable à Amanda. El placer de Howell al volverla á ver fué grande, pero en lugar de los transportes de un enamorado, era la alegria dulce de un amigo. Despues que se hubo despedido, Amanda acompañó á Elena á su casa, y se alegró mucho de la limpieza y situacion de ella! Estaba en medio de un pendiente desde donde tenia muy buena vista àcia Tudor-Hall. Todo recordaba á Amanda á Lord Mortimer, hasta el aire que respiraba, y que tantas veces habia llevado á sus oidos los dulces acentos de una voz que le llegaba siempre hasta el corazon.

Desde el segundo dia de su llegada no pudo menos de permitirse el triste placer de seguir el parque y los solitarios paseos

de Tudor-Hall: allí pues dirigió sus pasos. Los sitios mas espesos y mas sombrios, su soledad y su silencio convenian mejor á sus sentimientos y á sus tristes pensamientos. Allí sin distraccion y sin testigos podia abandonarse á su melencolía que se aumentaba con la memoria de las dulces horas que habia pasado bajo estas mismas sombras. Arrojaba en derredor de sí languidas miradas, redoblandosele su dolor al especto de los objetos y lugares que le traian á la memoria su felicidad pasada. Articulaba con voz tremula el nombre de Mortimer, pero se avergonzaba al mismo tiempo, pensando que nombraba al Esposo de Lady Eufrasia. Levantabase y suspiraba profundamente diciendose á sí misma: me esforzaré á ser razonable; procuraré no alimentar memorias que la decencia no me permite conservar: con todo se detenia aun en el bosque, en el cual la oscuridad que se aumentaba parecia añadir mas atractivos, mientras el viento producia un susurro sordo y triste en las cimas de los árboles y llevaba á sus oidos la musica grosera de una harpa del pueblo, que se hallaba en una casita inmediata.

Acercose á él Amanda. Pensaba en la inquietud que su ausencia podia dar á los Edwins, y marchó de prisa... En la avenida encontró á Edwin á quien habia me-

biado su muger en busca suya. La buena muger le manifestó sus temores de que no dañasen á su salud sus largos paseos estando la noche adelantada, y sentia infinito de ver á una joven abandonarse de este modo á tan tristes fantasias.

No solo no limitó Amanda sus pasos á Tudor-Hall, sino que recorrió todos los sitios en que habia ido con Mortimer. Pasó igualmente á ver el sepulcro de su Madre, en cuya vista se le aumentó su dolor mucho mas que la primera vez que lo habia visto. Acordose de todas las desgracias que habia sufrido desde aquella epoca, los disgustos de su padre y su triste fin. Privada en adelante, se decia, de los objetos que podian darme apego á la vida, engañada en todas mis esperanzas ¡cuan feliz habria sido si la misma tierra hubiese recibido en su seno á la madre y á la hija! Sin embargo ó mi Dios! añadió despues de algunas reflexiones ¿Quien soy yo para atreverme á murmurar y levantarme contra vuestros decretos? Perdonad este movimiento involuntario de un corazon despedazado por tantos dolores pero penetrado del mas vivo reconocimiento por vuestra proteccion que me ha sacado de tantos peligros. Debo resignarme, si es menester, á la suerte de la humanidad, á la de aquella que des-

cansa aquí, que en la flor de la juventud y de la belleza ha caido victima de sus disgustos bajo la guadaña de la muerte. Cuan desgraciados han sido vuestros destinos amados autores de mis dias! Ni aun han permitido que vuestras cenizas se uniesen; pero sin duda se hallaran reunidas vuestras almas en un mundo mas feliz. Vuestra hija hará todos sus esfuerzos para imitar vuestro ejemplo. Resignada como vosotros á las voluntades del Cielo, suportará la vida no con la esperanza de ser feliz, sino con la humilde confianza que podrá esparcir á su alrededor alguna felicidad.

Tales eran los sentimientos que espresó Amanda sobre la tumba de su madre, de donde volvió pálida y abatída, semejante á una flor de lís á quien una lluvia abundante ha hecho encorbar.

Al fin de la semana recibió carta de Oscar en la cual la decia que dentro de pocos dias pasaria á Escocia. Habíase llevado con ella todo lo necesario para dibujar, pues deseaba apasionadamente pintar diferentes vistas de Tudor-Hall, que tendria mucho gusto en conservar cuando se hallaria para siempre separada de este sitio tan grato á su memoria.

No podia satisfacer sus deseos sin el auxilio de su nodriza, pues queria tomar es-

tas vistas desde el salon de musica, lo que no podia ejecutar sín el permiso de Mistriss Abergwilly.

Comunicó pues su designio à la nodriza, la cual sacudió la cabeza sospechando que Amanda tenia otro motivo para hacer esta demanda que el que le insinuaba, pero como era tan diligente en dar gusto á su hija, no podia reusarle nada. Al momento fué á verse con Mistriss Abergwilly para pedirle el permiso que Amanda deseaba, la cual contestó que Miss Fitzalan podia venir á Tudor-Hall tanto como quisiere sin miedo de ser incomodada.

Amanda no difirió usar del permiso, pero despues de haber entrado le fué preciso mucho tiempo antes de poderse ocupar del dibujo. En vano desplegaba la naturaleza todas sus bellezas; al pensar que aquel que se las había hecho observar, y en cuya compañia las disfrutaba era perdido para siempre para ella, sus ojos se llenaban de lagrimas y no veia cosa alguna. Poco á poco se calmaron estos sentimientos, é iba asiduamente todas las mañanas al salon para dibujar, cuya ocupacion le aliviaba sus disgustos.

Tres semanas se pasaron asi al fin de las cuales recibió una carta de Oscar rota

a nema, y viendo que la carta venia de Escosia se halló en una grande agitacion, á la cual sucedió la mas viva alegria y sorpresa. En ella le decia Oscar que sus asuntos estaban terminados, sin haberse presentado dificultad alguna que la validacion del testamento habia sido reconocida, y que podia mirarse como posesor de los bienes dejados á Malvina por su abuelo el conde Dunreath, y que toda la vecindad le habia ya cumplimentado por ello. Deciala, que no tenia tiempo de detallarla las circunstancias que habian facilitado el suceso, y se lisongeaba que las felices noticias que le comunicaba en su carta, le harian perdonar su laconismo. Añadia que se preparaba á partir para Londres con carlos Bingley que le habia dado pruebas de la mas tierna amistad: que iba á tomar algunas medidas relativas á sus nuevas posesiones y particularmente para hacer revivir en él, el titulo de conde de Dunreath, no para satisfacer un vano orgullo, sino por respeto y reconocimiento á su abuelo que habia espresado en su testamento el deseo de ver sostener el titulo por su heredero: que cuando habria terminado todos sus negocios, volaría á su lado, para encontrar en su sociedad algun alivio à las penas de su corazon, penas que todos los favores de la

fortuna no le podian mitigar. Deciale tambien, que esperaba encontrarla alegre como la primavera, y dispuesta á acompañarle para establecerse en la casa respetable de sus antepasados.

Aunque alegre por estas agradables noticias que recibia, Amanda no tenia valor aun de comunicarlas à la familia Edwin. El placer que sentia era turbado por la idea de lo que Lord Mortimer pensaria sabiendo un acaecimiento que naturalmente debia deshonrar á la familia con la cual iba á unirse. Apresurabase á acabar sus paisages preveyendo que le quedaba poco tiempo que permanecer en el pais de Gales. A cada visita que hacia à Tudor-Hall pensaba tristemente que seria la ultima.

Una mañana despues del desayuno, mientras se preparaba ir á la biblioteca, la nodriza que habia salido antes de haberse levantado Amanda de la cama, entró con aire apresurado que mostraba que tenia alguna cosa de importante y extraordinaria que anunciarle, y respirando apenas: Dios nos ayude, dijo luego que pudo recobrar la palabra; suceden cosas tan estrañas en el mundo! La vieja Abergwilly me ha embiado á buscar esta mañana. Me he admirado mucho, pero que es esta admiracion en comparacion de la que he tenido al saber

el motivo porque me habia embiado á buscar? La curiosidad y la impaciencia atormentaron entonces à Amanda y bien! que os ha dicho? la preguntó.

Ah! bien sabia yo, díjo la nodriza, la turbacion que os causarian semejantes noticias; pero por mas que pensaseis de aqui à mañana no adivinariais lo que es. No, no, dijo Amanda, no lo adivinaria; decidme prontamente en dos palabras lo que es. Sabreis pues, contestó la Edwin, pero mi querida hija temo que no hayais desayunado muy bien, estais palida, y yo tambien me he desayunado muy mal, pues las noticias de Mistriss Abergwilly me han trastornado de tal modo, que, aunque me ha dado un buen té verde, y una ecelente torta, casi no he probado nada. En fin ¿que os ha dicho? dijo Amanda cuya impaciencia iba en aumento.

Bien, mi querida hija, me ha dicho que ayer por la noche habia llegado un espreso de Londres que le habia traido la noticia de la muerte de Lord Cherbury, y que Lord Mortimer habia venido á Tudor-Hall; que el procurador tenia órden de pagar y despedir á todos los criados, y hacer preparar la casa para recivir al nuevo propietario. Ay buen Dios! he visto llorar á estas gentes, pobres criaturas, que han enveje-

cido en la casa y contaban acabar en ella sus dias. No es por que teman que les falte cosa alguna, pues el joven Lord ha tenido cuidado de asegurarles con que vivir, pero estan desconsolados por tener que dejar á tan buen amo. La pobre Mistriss Aberwilly no se consolará jamas, no tiene hijo ni hija pero me ha dicho que amaba hasta las sillas y mesas de la casa que ha fregado tanto tiempo por su mano. Ella hubiera venido á hospedarse á mi casa si pudiera darle un aposento desde el cual no pudiese verse Tudor-Hall, por que no podria suportar la vista de la casa cuando tendria nuevo dueño. He aquí, mi querida hija, en suma todo lo que sé.

Admirada estubo Amanda é igualmente afectada de lo que acaba de oir. Deseaba saber si la nodriza habia sabido alguna cosa del proximo casamiento de Lord Mortimer: pero no pudo resolverse á hacer esta pregunta; á mas de que pensó que si la cosa hubiese sido hecha, habria llegado la noticia al mismo tiempo que la de la muerte de Lord Cherbury. Ella perdia toda la esperanza de justificarse con su hijo. Pero porque lo he de desear, añadió, si nos hallamos separados para siempre! Tal vez es mejor que haya cesado de estimarme, pues sus sentimientos serán menores. No

comprendria ella, por que Lord Mortimer vendrà á Tudor-Hall; à menos que fuese para ceder à los deseos de Eufrasia que no ignoraba que alli habia principiado la aficion de Lord Mortimer por su rival. Ah! decia ella, Eufrasia hubiera conocido sus bellezas, y en cuanto à Lord Mortimer, Tudor-Hall no habria hecho mas que alimentar unos disgustos que su nueva situacion no le permitia entretener. Apresurose à ir á Tudor-Hall donde estubo mucho tiempo antes de poder tomar el lapiz, tan agitada se hallaba.

El paisage que acababa presentaba el pequeño valle que se veia desde las ventanas del salon de musica, y en la estremidad de la colina las romanescas ruinas de un antiguo castillo. El dibujo estaba perfectamente hecho, y solo faltaba la figura de Lord Mortimer con el cual habia recorrido muchas veces estos agradables sitios. Su corazon guiaba su mano, y por consiguiente habria trazado prontamente las facciones y personal de Mortimer, el hombre que amaba. Miraba su obra con un tierno interes y grande placer, cuando viniendola al pensamiento que Lord Mortimer ya era de otra muger, se hechó en cara como un crimen lo que acababa de hacer: apresurose pues con mano tremula la figura que

acababa de trazar, y la ardiente lágrima que dejó caer sobre el dibujo la ayudó á la ejecucion de esta triste resolucion. Despues de haberse hecho este sacrificio á su delicadeza, que inutil es, decia, conservar sobre el papel rasgos que estan profundamente gravados en mi corazon. Mientras acababa de hablar oyó un largo y profundo suspiro. Alarmada de la idea de haber sido oida, y haber dado á conocer los sentimientos de su corazon, se levantó con precipitacion de su asiento y llevó en derredor sus ojos con inquietad, pero como describir las emociones de su alma cuando se le presentó á su vista el original de esta figura que habia trazado la ternura, y la decencia habia borrado! Atonita, incapaz de hablar y de moverse, y casi sin poder respirar, permaneció inmovil, como no dando crédito á lo que veia. En efecto podia bien dudar si era Lord Mortimer el que tenia delante de sí, pues que su semblante estaba tan alterado que á penas conservaba cosa alguna que indicase fuese el mismo, acepto el aire de bondad que se mostraba aun por todos sus rasgos como caracter dominante de su fisonomia. Su color marchito, el desorden de sus cabellos, sus vestidos lúgubres todo contribuia á espresar la tristeza, todo parecia decir que estaba para siempre separado de

la dicha. Los violentos sentimientos de Amanda la habian abatido al principio pero habiendo recobrado sus facultades, tomó apresurada el dibujo, y con paso mal asegurado se dirigia á la puerta. Ya estaba cerca de ella, cuando Mortimer detubo su marcha diciendola con voz dulce y timida: os vais Miss Fitzalan, sin despediros! os vais para no volverme á ver. El acento penetrante y patetico con el que pronunció estas palabras conmovió el corazon de Amanda: detúvose pues, y se volvió involuntariamente, como para recibir y dar este triste á Dios que le echaban en cara que evitaba. Lord Mortimer se acercó, quiso hablarla, pero sus palabras espiraron en sus labios. Lagrimas amargas brotaron de sus ojos; cubrióse la cara con un pañuelo, y se fué á la ventana.

Afectada Amanda mas allà de toda espresion, y no pudiendose sostener se dejó caer sobre una silla. Participando su corazon de las conmociones de Mortimer, solo con un grande esfuerzo pudo en este momento crítico, observar las leyes de una fria y rígida decencia, solo conteniendose dificilmente pudo no volar á los brazos de Mortimer, mezclar sus lagrimas con su amigo, y no quejarse del cruel destino que les habia separado para siempre. Despues de

algunos minutos calmado un poco Mortimer se la acercó. He deseado mucho tiempo ha, la dijo, tener la ocasion de volveros à ver, pero no he tenido valor para pediros una audiencia. Al venir aqui esta mañana para dar el ultimo triste á Dios à esta habitacion que tantos encantos tenia para mi, estaba muy lejos de imaginar que os encontraria en ella. Doy gracias al destino que en esta ocasion se me ha mostrado favorable. Espresaros mi dolor, mis remordimientos, solo por el error en que me ha hecho caer una convinacion de sucesos que han podido engañarme, sino tambien por la conducta que este error me ha hecho adoptar y seguir; seria aliviar un poco mi corazon; recibir de vos el perdon, seria un triste pero dulce consuelo. Con todo, continuó despues de un momento de silencio, como podria ser un consuelo? Ha! la dulzura que me manifestariais no haria mas que aumentar mi desgracia, con la idea de nuestra eterna separacion. Amanda nada contestaba: las palabras de Mortimer parecian darle à entender que sabia la desgracia en que la habia precipitado Lord Cherbury y esperaba con inquietud una esplicacion. La pureza y nobleza de vuestro carácter me han sido al fin conocidas perfectamente. Gran Dios! en que circunstan-

cias y por que vias? Por la confesion de un padre à quien habeis hecho tan generosamente el sacrificio de que podria entonces mirar como vuestra felicidad. Que! dijo Amanda con una viveza que no pudo contener, Lord Cherbury me ha justificado?

Si, dijo Lord Mortimer, el nos ha convencido que sois la mas escelente de las mugeres, y al mismo tiempo la mas cruel, é injustamente tratada; vos sois todo cuanto mi tierno corazon ha creido que erais. Pero que desesperacion para mi corazon que esta confesion haya venido demasiado tarde para mi dicha! Tiempo hubo en que, despues de haber desterrado de mi imagínacion un error semejante, habia esperado que, consagrandoos mi vida entera, repararia una injusticia involuntaria, pero ha! en el dia nada puedo reparar, nada esperar.

Amanda lloraba, levantaba los ojos al cielo y los volvia à fijar en tierra. Llorais, esclamó Mortimer sorprendido, apoderandose de su mano, que miraba estatico, y con ojos en que brillaba un fuego estraordinario, llorais mi querida Amanda? que significan estas lagrimas? que no habeis mudado con respeto à mi?

Amanda temió que su enternecimiento no hubiese convencido à Mortimer de que le

amaba todavia. Reprobose su imprudencia que era la sola que podia haber impelido à Lord Mortimer á hablarse como acababa de hacer. Milord, le dijo ella, no entiendo el sentido de vuestra pregunta pero debo deciros que en efecto habria mudado mucho, si podia permanecer un momento mas con una persona que parece olvidar à la vez su situacion y la mia.

Ah! Señora, esclamó Mortimer con el acento del descontento, perdonad si os he detenido, si he turbado vuestra soledad y si os he importunado con mis dolores Amanda estaba entonces cerca de la puerta: sufria, por la idea de separarse de este modo de Lord Mortimer, pero la prudencia la hacia sentir la necesidad de alejarse: caminaba no obstante lentamente ácia la puerta, y Lord Mortimer en quien la ternura era superior à su arrogancia, y que estaba desesperado por verla partir descontenta de él, la alcanzó prontamente y tomandola la mano la dijo: O mi querida Amanda no añadais á la tristeza de estos crueles momentos, vuestra colera contra mí; y puesto que nos debemos separar sea como unos amigos que se conservan la benevolencia uno por otro. Aun no me habeis concedido el perdon (si es posible obtenerlo) de las persecuciones que os he

atraido; aun no me habeis perdonado la dureza, la crueldad con las que un error fatal me ha conducido.

Oh milord! respondió Amanda, cediendo de nuevo á la bondad de su alma, y dejando escapar algunas lagrímas, porque me hablais de este modo? Que perdon os he de conceder, cuando no me habeis ofendido? Cuando he estado abandonada y sin apoyo, no ha venido á mi socorro vuestra amistad, no habeis derramado el balsamo del consuelo en las llagas de mi corazon? Cuando he perdido vuestra estimacion por el artificio de mis perseguidores, no me ha seguido en mis correrias vuestra atencion, y vuestros cuidados, no os habeis esforzado á allanarme el camino de la vida? Beneficios son estos que no pueden olvidarse; y que exigen de mi el tributo de un tierno reconocimiento, que no he cesado jamas de pagaros y que.... presentosele á los labios la espresion de un sentimiento muy vivo, pero detuvose y suspiró, despues de un momento de silencio prosiguió. Sí Milord, todos mis votos los mas ardientes, los de todos los dias que dirigiré al Cielo serán por vuestra felicidad, y ojalá sea esta igual á vuestras virtudes; es la mayor dicha que puedo desearos.

Lord Mortimer arrojó un gemido que daba indicios de los tormentos de su alma. O Amanda! esclamó, ó mi mas querida Amanda, como podré gustar felicidad alguna despues de haberos perdido? No, jamas. Ha! vos haceis votos y suplicas por mi, pero estos votos y suplicas son inutiles. Estos sitios, continuó no os recuerdan tiempos mas felices! Oh! que horas dulces hemos pasado bajo estas sombras que no volveré á ver nacer en la primavera!

Estas ultimas palabras haciendo referencia á la perdida que hacia Lord Mortimer de esta habitacion, á la cual estaba aficionado afectaron tan dolorosamente á Amanda que no podia ya sostenerse é iba á sentarse ya sobre el cesped, cuando Mortimer la recibió en sus brazos. Ella no tubo fuerza para desasirse de ellos; pero quien puede pintar la impresion que esperimentó cuando, teniendo apoyada la cabeza sobre el seno de Mortimer, sintió palpitar su corazon que parecia quererse salir de su nincho para irse á unir con el suyo; despues de haber recobrado sus fuerzas, conoció que la decencia no le permitia permanecer por mas tiempo en esta situacion: desasióse de sus brazos diciendole: es preciso sapararnos Milord, y separarnos para siempre.

Decidme pues, esclamó, poniendose otra vez delante de ella; decidme si puedo esperar conservar algun lugar en vuestra memoria, y si la dicha que os espera será causa de que me olvideis del todo. Prometedme que pensaréis algunas veces conmigo, y los votos que hareis por mi felicidad, tan ineficaces como serán me consolarán en el destierro solitario al que voy á condenarme.

Oh! Milord, contestó Amanda, que decis? Luego quereis renunciar á llenar los deberes que vuestra situacion, vuestro nacimiento y la sociedad os imponen? Quereis que los que os conocen, pierdan la idea que tienen de vuestras virtudes y de vuestro valor? En fin quereis abandonar una muger con quien acabais de uniros con votos solemnes y á quien debeis aficion y vuestra proteccion? Oh Milord que dirán vuestros amigos? Que dirá la misma Lady Eufrasia de una conducta tan cruel y tan imposible de justificar?

Lady Eufrasia! repitió Mortimer retrocediendo algunos pasos, con el acento del horror y admiracion. Gran Dios! es posible que ignoreis lo que ha sucedido ultimamente! Si vuestras palabras, vuestras miradas, me hacen ver que estos acaecimientos no han llegado á vuestro conocimiento Aman-

da la preguntó á su voz de que acaecimiento queria hablar. Decidme primero, replicó Lord Mortimer, si la mudanza que os veo por mi, viene de que habeis supuesto que era marido de Lady Eufrasia? *De lo que he supuesto* repitio Amanda, admirada de la pregunta de Mortimer, pues que no lo sois? No, respondió Mortimer, no he tenido la desgracia de contraer una obligacion que mi corazon no habria ratificado. Lady Eufrasia ha hecho otra eleccion. Era vuestra enemiga, pero se que vuestro corazon generoso llorará su triste destino.

Mortimer cesó de hablar por que Amanda no podia oirle ya: ella se dejó caer de sorpresa y alegria en los brazos de su querido Mortimer. Solo á los que como ella del borde del abismo de la desesperacion han sido guiados inopinadamente al camino de la esperanza y de la felicidad; á ellos solos pertenece hacerse una idea de lo que sufrió en el momento, que volviendo en sí, resonó en sus oidos la dulce voz de Mortimer y que ella creyó poder sin faltar á la decencia dejar que su amigo la estrechase contra su seno, mirarla con ojos mojados de lagrimas tiernas, y preguntarle de nuevo si habia creido en su casamiento y si por esta persuacion le habia tratado tan severamente. Pero, repitiendo la pregunta, se

creia feliz al pensar que la respuesta seria tal como la deseaba.

Ah! Mortimer, que quereis que signifiquen mis lagrimas y mi conmocion, esclamó Amanda? No os dicen que mi corazon jamas os ha olvidado, y que su ternura por vos será siempre la misma! Si, dijo ella levantando al cielo sus ojos mojados de lagrimas de gusto, ahora me hallo indemnizada de todos mis sufrimientos. Lord Mortimer se la llevó otra vez á la biblioteca para contarla los sucesos que habian llevado tan grande acaecimiento en su situacion; pero fué preciso mucho tiempo antes que pudiese calmarse para principiar su narracion. Sucesivamente se dejaba caer sobre las rodillas de Amanda, la estrechaba contra su pecho, se preguntaba á si mismo si su felicidad era un sueño; cien veces la preguntaba si en efecto era ella siempre la misma para él. Imploraba su perdon como si hubiese dudado todavia de su amor. La misma Amanda necesitaba calmarse para poder tranquilizarle. Al fin lo consiguió y Mortimer contó lo que sigue.

CAPÍTULO. V.

Abismado Lord Mortimer en su dolor y desesperado por la supuesta perfidia de Amanda, no encontrandola en Santa Catalina habia vuelto à Inglaterra: habia de antemano instruido á Lord Cherbury y á su tia Lady Marta la causa de venir sin Amanda, suplicandoles que no le hablasen jamas de este desgraciado suceso. No podia levantarse de su abatimiento. Todos los planes de felicidad se le habian trastornado, y la destruccion de todas sus esperanzas no dejaba acercar la paz à su corazon. En los primeros momentos sobre Lady Eufrasia esperando que estubiese algo calmado, aun que esta calma fuese acompañada de una profunda melancolia. Al fin insinuó sus miras, manifestole el sentimiento que le causaba ver à un hijo que debia bacer la gloria de su casa y el consuelo de sus dias, consumiendo en el dolor por la ingratitud de una muger indigna de su efecto; perdido para su familia y para el mundo, engañando todas las esperanzas que habia dado en su juventud para el discurso de su vida.

Lord Mortimer se penetró de las representaciones de su padre. El conde observó su amocion y sacó un feliz presagio. Su

vanidad y su sensibilidad, decia estaban igualmente ajadas por ver á su hijo esclavo de una pasion tan mal reconocida. No permitais añadió, que el mundo malo triunfe de vuestra debilidad; libertaos de un yugo deshonroso antes que el dedo del ridiculo os señale como el ludibrio de los artificios de una muger.

La natural grandeza de animo de Lord Mortimer le habia representado muchas veces como una debilidad el afecto que conservaba à Amanda; y cuando el Conde irritaba su orgullo estaba en disposicion de hacer todos los sacrificios que pudiesen probar que habia triunfado de su desgraciado amor. Pero cuando su Padre le proponia como un sacrificio de esta especie su union con Lady Eufrasia, desechó con horror este plan y no se sentia capaz de hacer un esfuerzo tal. Declaró pues á su Padre toda su repugnancia por este casamiento, diciendole que los esfuerzos de su razon le podrian curar algun dia, pero esta cura no podia ser sino obra del tiempo.

No se desanimó por eso Lord Cherbury, sinó que empleó toda su elocuencia; rogó, suplicó á su hijo que no engañase sus esperanzas: Hizo merito para con su hijo la complacencia que habia tenido en dar

su consentimiento para su casamiento con Miss Fitzalan.

Estrechado tan fuertemente Lord Mortimer declaró al fin que si se le propusiese por esposa cualquiera otra que no fuese Lady Eufrasia, no se opondria tal vez, y se prestaria á las miras de su Padre, pero que no pudiendo estimar nunca á esta muger jamas se uniria con ella; que habia sido tan cruel y falsa con Miss Fitzalan, que sentia por ella una aversion insuperable.

El Conde habia previsto esta respuesta de su hijo, y tuvo la barbaridad de decirle que bastaba reflexionar sobre la conducta de Amanda para reconocer que no podia darse credito alguno á la declaracion que habia hecho de que Belgrave habia entrado en su casa, ni que ella lo hubiese sabido.

Lord Mortimer vaciló un momento y convino que la conducta de Amanda le habría dado alguna sospecha sin el testimonio de los criados que habian entrado en el complot para perderla: Pero el Conde tuvo tambien con que contextar y debilitar esta circunstancia. Dijo á su hijo que los criados habian sido examinados en su presencia y que habian confesado, que viendo el deseo grande que

tenia Lord Mortimer de restablecer la reputacion de Miss Fitzalan, y las recompensas que les prometia si querian decir alguna cosa para justificarla, habian cedido al fin á sus instancias y declarado todo cuanto habia querido.

Lord Mortimer suspiró profundamente. Luego yo he sido el juguete por todos lados, dijo: pero una sola persona ha podido herir mi alma al engañarme. Mortimer estuvo siempre inaccesible á todo cuanto pudo decirsele en favor de Lady Eufrasia.

El Conde llamó á Lady Marta en su ayuda, y esta estrechó tambien muy vivamente á su sobrino. Representóle que continuando entregarse asi á su dolor, iba á perder su salud, abreviar sus dias, y ser una carga pesada para si mismo, que mientras permaneceria aislado no podria hacer esfuerzo alguno vigoroso para superar su melancolia, y que una vez ligado por los vinculos del matrimonio, la razon y los sentimientos de sus deberes le llevarian à combatirla para poder llenar sus nuevas obligaciones. Dijole tambien que hasta entonces habia sido la gloria y las delicias de su familia, y el consuelo y alma de su vida, y que todos estos bienes estaban en adelante perdidos por ellos si

no cedia á sus vivos deseos. En fin á todas las razones del Conde y las suyas, juntó las lagrimas y las espresiones de la mayor ternura.

La alma sensible de Mortimer no habia podido resistir á tan ejecutivas solicitaciones, y habia dado su promesa que aun casandose con Lady Eufrasia, no podia ser mas desgraciada de lo que era. Pero apemas habia dado la palabra que su dolor se acrecentó sobre manera. Formar una nueva reunion, renunciar á alimentar su melancolia, someter su corazon y su persona á una cruel esclavitud eran ideas que llenaban su alma de agonias mortales. Mil veces estuvo á pique de retractarse de sus promesas sino le hubiese detenido su honor

En tan penosa situacion, reuniendo todas sus fuerzas, procuró recobrar su calma entregandose á toda la disipacion de la sociedad, y ocultarse de si mismo, para borrar, si era posible los recuerdos que envenenaban su alma. Siguiendo este plan se halló en casa de la Maqueen. Pero quien podrá pintar lo que sufrió al encontrar en ella á Amanda. Los esfuerzos que hasta entonces habia hecho habian llevado algun alivio á sus penas, pero estas redoblaron su violencia con este inesperado en-

cuentro, y perdió toda esperanza de su tranquilidad Sintió con la agonía mas dolorosa que Amanda era para él tan querida como siempre, y su union projima con Lady Eufrasia se les hizo estremamente odiosa. Esforzose en vano á dispertar sus resentimientos acordandose de la conducta de Amanda, pero creia ver en su palidez y abatimiento, el disgusto y el arrepentimiento. Cuan dulce le habria sido mitigar su disgusto y fortificar su arrepentimiento, si hubiese osado emprenderlo en la situacion en que se hallaba.

Lady Marta tuvo mucha dificultad á conseguir que estuviese presente cuando pediria á Amanda el retrato de él. Mas arriba se ha descrito esta escena é igualmente su separacion, pero no puede darse idea justa de los tormentos de que fué victima desde entonces. No veia á Lady Eufrasia sino con horror, y su debil voz se reusaba á emplear con ella las formulas ordinarias de política. Huia de la sociedad del castillo, y sin inquietarse de lo que dirian de él, despreciando el frio y el mal tiempo, esponiendo hasta su salud iba errante muchas horas seguidas en las partes menos frecuentadas de los alrededores de Rosline-Castle, entregado á su desgracia y á su desesperacion.

El dia, aquel dia terrible que debia poner el sello á su infortunio llegó en fin. Todos estaban ya reunidos en la grande sala del castillo, desde donde debian pasar á la capilla y solo esperaban á la novia Admirado el Marques de que se hiciese aguardar tanto tiempo embió á uno para decirle que se despachase. El mensagero volvió algunos minutos despues trayendo una carta que el Marques abrió con precipitacion, y era de Eufrasia.

En ella decia que habia dado un paso que la indulgencia de sus Padres le perdonarian, paso al cual se habia determinado convencida como se hallaba de que no seria feliz uniendose con Mortimer. La indiferencia constante que este le habia mostrado, le persuadia que en sus miras ó en las de Lord Cherbury habian sido guiados por el interes: el Marques y la Marquesa se convencerian facilmente de ello, y escusarán á su hija por no haber querido ser sacrificada. Haciendo eleccion de M. Free-Love habia preferido un hombre que solo tenia motivos honestos, y hubiera declarado mas pronto y abiertamente sus miras, si en la situacion en que estaban las cosas no hubiesen temido encontrar oposicion. Consintiendo ella á un casamiento clandestino habia querido evitar un acto

de desobediencia formal y positiva à sus padres. En cuanto á Lord Mortimer y á Lord Cherbury no creia tener necesidad de justificarse con ellos, pues que no podian disimular á lo menos Lord Cherbury que su conducta con ella no habia sido ni honorable ni desinteresada.

Los transportes violentos del Marques no pueden pintarse, y los de la Marquesa no fueron menores. Conocieron al momento los motivos, y la admiracion se mostró en todos los semblantes. Pero quien podrá decir la alegria secreta de Mortimer? La de un criminal condenado á muerte que recibe la gracia al pie del cadalso no es mas viva. En cuanto á Lord Cherbury, era el trastorno de todas sus esperanzas. Lo que Lady Eufrasia decia en su carta indicaba claramente que tenia algun conocimiento del mal estado en que se hallaban los asuntos del Conde. Free-Love iba á pedirle al momento sus bienes; veia estrellar su deshonor luego que la impotencia de satisfacer esta demanda seria conocida. El mas agudo dolor que penetraba hasta los pliegues de su corazon, era un suplicio el mas cruel del que pudiese ser castigado. Palido, mudo, con semblante trastornado, fué asaltado de los mas horribles pensamientos, y no los rechazó:

cualquier destino le parecia preferible á la vergüenza que le esperaba.

La lectura de esta carta indignó á Lord Mortimer por lo que decia de su padre, lo que imputó unicamente à malicia de Lady Eufrasia. Pareciale inutil rechazar una acusacíon tal, la cual la desmentia el caracter conocido de Lord Cherbury. Pero que golpe fué para su alma sensible cuando pocos momentos despues le trajeron una carta de Free-Love, que probaban bastante la verdad de las reconvenciones hechas á Lord Cherbury. Free-Love á su modo le manifestaba su esperanza de que el acaecimiento que habia motivado el que le escriviese, no alteraria su amistad.... Que la hermosa Señora que habia honrado con su eleccion habia cedido à una inclinacion del todo invencible.... En amor como en guerra cada uno se aprovecha de las ventajas.... Le suplicaba diese espresiones á Lord Cherbury y pedirle tubiese á bien tener dispuestas para cuando volviese las cuentas de su tutela. No dudaba que la cosa le fuese facil y era necesario que las hiciese prontamente por que queria que su esposa hiciese su entrada en el mundo con brillantez. Que en cuanto á los rumores que corrian de que Lord Cherbury habia perdido en el juego todos los bienes de su pupilo, no habia dado credito alguno &c.

Esta ultima parte de la carta á Free-Love mortificó hasta el ultimo punto á Lord Mortimier. Veia en ella las razones por las cuales su padre habia deseado tan vivamente la alianza del marques de Rosline, de cuyo deseo se habia admirado muchas veces. Echó una mirada á su padre, y se sorprendió viendo en su fisonomia una profunda desesperacion. Avergonzose por él, condenole, y le tubo lastima. Resolvió pues declararle á la primera ocasion, que se hallaba instruido del fatal secreto que le oprimia, y determinado á hacer todos los sacrificios que pudiesen volverle la tranquilidad, ó á lo menos disminuirle sus inquietudes.

Lord Cherbury iba á toda prisa a dejar la casa de Rosline antes que se divulgase la aventura. Declaró que queria partir al momento y ayudado de su hijo resistió á las instancias del Marques que queria detenerle. Todo estaba ya dispuesto para la partida, cuando, Lord Cherburi por resultado de la terrible agitacion que acababa de esperimentar cayó en un desmayo que tenia los carácteres mas alarmantes. Pusieronle en la cama, fueron á buscar á un medico, quien le encontró tan debil, que declaró que podia temerse un nuevo y mas violento acceso, sino se le tenia en una perfecta quietud.

Lord Mortimer, á quien su ternura volvia impaciente por aligerar el peso que gravitaba sobre el corazon de su padre, alejó á todo el mundo luego que su padre se halló en estado de oirle, y con las atenciones mas delicadas le dijo que estaba instruido de la situacion de sus negocios, y que estaba resuelto á remediarles por todos los medios que estarian á su alcance.

A estas palabras Lord Cherbury se estremeció, sufrió una agonia mortal y declaró que no sobreviviria á este horroroso descubrimiento y a la perdida de su honor. Lord Mortimer se propuso calmarle, pero estubo mucho tiempo sin poderse hacer escuchár tranquilamente.

No es una cosa estraordinaria dejarse llevar en el discurso de la vida de alguna accion que la razon y la virtud condenan. Todos somos fragiles y conocida la fragilidad debe reprimir nuestra severidad á condenar. No es menester que la memoria de una falta, de la que nos arrepentimos nos sumerja en la desesperacion, sobre todo cuando nos quedan medios de repararla.

Con semejantes discursos se esforzaba Lord Mortimer á calmar la agitacion de su padre, mientras que este continuaba á airarse contra si mismo, condenandose. La venta de Tudor-Hall, dijo Mortimer á su padre,

y un prestamo hipotecado sobre vuestras tierras pueden pagar vuestra deuda á Free-Love. Sin duda que vuestra ternura por mi os ha hecho no consentir en este sacrificio, pero no es preciso que una consideracion de esta naturaleza os impida satisfacer lo que exigen de vos el honor y la justicia. Nada me interesa tanto como vuestra felicidad, y prefiero vuestra tranquilidad à la mas brillante fortuna que no creo, dijo arrojando un profundo suspiro, que por si sola pueda acarrear la dicha. Hace algun tiempo que miro con indiferencia el lujo y las pompas de la vida. Engañado en mis mas queridas esperanzas, la riqueza hace algun tiempo que no tiene el mismo valor à mis ojos Tal vez perdiendola seré mas feliz; esta perdida me obligará á entregarme à una ocupacion, y esta echará de mi corazon la tristeza que me consume hace algun tiempo y enerva todas mis facultades. Tengo abierta delante de mi la carrera militar por la cual he tenido siempre mucha inclinacion, puesto en el peligro, tal vez tendré proporcion de hacer algun servicio á mi pais. Asi padre mio lo que hemos creido el mayor de los males será tal vez para mi un manantial de felicidad. Haremos pues lo mas pronto posible todos los arreglos necesarios para sasisfacer á la deuda de Free-Lo-

ve, y espero que podremos desconsértar sus malignas intenciones.

Mi tia y hermana ignoran todavia vuestra situacion, y por mi nada sabrán. Nos quedará á mi hermana y á mi bastantes bienes para nuestras necesidades, aunque nò podamos tener de superfluo ni esquisito. En cuanto á mi, las privaciones á que estaré reducido, nada me costaràn. En fin creo que la ejecucion de mi plan me hará feliz, pues que solo el proyecto me dá mas satisfaccion de la que he gustado desde mucho tiempo.

Conmovido viva y profundamente Lord Cherbury de la ternura de su hijo y de un sacrificio tan generosamente ofrecido, estubo largo tiempo incapaz de espresar lo que sentia. Al fin corriendo de sus ojos lagrimas de amor, reconocimiento y arrepentimiento hasta regar la mano de su hijo que estrechaba entre las suyas, esclamó: O virtud! no puedo decir como Bruto que solo eres una sombra, un nombre vano. Si, verse personificada en mi hijo, en este hijo que tan cruelmente he engañado y con tanta dureza despojado. Gran Dios! este caracter heroico y celeste que hoy le conduce á resignar su propia fortuna por amor de mi, le habria llevado hacerme tambien el sacrificio mas dificil de su Amanda, si se le

hubiese confiado en mi triste situacion, cuantas bajezas me habria ahorrado y cuantos tormentos á mi hijo; pero para ocultar mi verguenza he derramado la desgracia sobre su cabeza y el dolor en su corazon haciendole creer que el objeto de toda su ternura, que le merecia bien, era indigno de ella.

O Mortimer! gritaba con tono desesperado como me atreveré á levantar los ojos acia vos, despues de haberos confesado la injusticia que he cometido contra una de las mas virtuosas y amables criaturas que el Cielo haya formado jamas. Decid, padre mio, esclamó Mortimer temblando y respirando con dificultad, decidme si en efecto ella es tal como me la había figurado. Por Dios no me dilateis este conocimiento.

Entonces Lord Cherbury con la lentitud qne le causaba su debilidad, pero con toda la buena voluntad que le daban su arrepentimiento y el deseo de reparar una injusticia, contó á su hijo todo cuanto habia pasedo en Santa Catalina entre él y Amanda. Pobre Fitzalan! esclamó acabada su relacion, desgraciado amigo; si despues de haber dejado este mundo has podido saber lo que pasa en él, cuanto me habrá echado en cara tu buena y sensible

alma la barbarie que he usado con tu huerfana hija, á quien he arrancado el solo bien que has podido dejarle, á saber una reputacion pura y sin tacha!

Lord Mortimer arrojaba profundos gemidos. Venianle á la memoria todos los reproches que habia hecho á Amanda y eran para él otras tantas puñaladas. Su padre habia sido el opresor de esta amable criatura. Esta idea al mismo tiempo que agravaba su pena, impedia que exalase reconvenciones, pues era el autor un padre arrepentido tendido en la cama moribundo. Era preciso pues perdonarle.

Miraba à su alrededor como si en este momento hubiese creido verla y poder arrojarse á sus pies, abrirle su corazon despedazado, implorar su perdon, y oir pronunciarle por su dulce voz. O amable afligida, se decia con los ojos humedos cuando mis reproches os perseguian, os insultaban tan injustamente, vuestro corazon era victima de las mas crueles agonias, é yo agravaba aun vuestros males! Con que dulzura y paciencia sin egemplo habeis sufrido mis durezas! Ni aun se ha dejado ver la indignacion del insulto hecho á vuestra inocencia y á vuestra virtud en vuestras miradas; vuestros ojos llenos de lagrimas solo han manifestado la dulzura y resignacion.

Y ahora ¿que esperanza me queda de espiar mi error? que posibilidad de reparar mi injusticia? que lenitivo para mitigar mis acerbos remordimientos? Despues que la suerte me separaba de vos en un tiempo que la fortuna me era próspera, en el dia alcanzado por la adversidad, soldado de fortuna, como buscaré la union de mi destino con el vuestro, y haceros participe de las necesidades y peligros de mi situacion? No puedo pensar ni resolverme á ello. O Amanda! ojala que la calma y seguridad sean un patrimonio vuestro asegurado! Vuestro Mortimer, siempre fiel, siempre vuestro adorador apasionado no turbará mas vuestra tranquilidad. Grande desgracia es perderos, pero mayor seria asociaros á mis infortunios y á mis peligros. Voy á arrojarme en una nueva carrera, no teniendo por sosten, sino vuestra querida imagen, cuya memoria no se apartará de mi sino con la vida; y para mi será un consuelo pensar que puedo quererla, adorarla sin poderseme atribuir á debilidad!

Tales eran sus sentimientos, que sin embargo no podia espresar por hallarse ocupado en aliviar á su Padre; pero sus atenciones no eran bastantes para mitigar los tormentos del alma de Lord Cherbury. Los

remordimientos del Conde, la perdida que hacia de la estimacion de su hijo, el sentimiento por el descalabro que habia causado á su fortuna todas estas consideraciones, despedazaban su alma; le daban una violenta agitacion, y le renovaban los sintomas que al principio habian alarmado por su vida.

Las cosas permanecieron en este estado algunos dias durante los cuales no se habia recibido noticia alguna de Eufrasia, cuando una mañana hallandose Mortimer con el Marques y la Marquesa entró un criado quien dijo á su amo, que una persona acababa de llegar al castillo y pedia si podia verle. El Marques y la Marquesa creyeron que era alguno que venia de parte de Lady Eufrasia para interponer en su favor. Hicieronle entrar con el designio de mandar á decir á su hija que si podian perdonarle jamas su falta de desobediencia y falta de respeto por ellos solo seria con el tiempo.

Lord Mortimer queria retirarse, pero detuvieronle y se quedó por curiosidad de saber que especie de apologia podia presentar Lady Eufrasia. Entró un hombre muy decente y fué recibido con una política muy fria. Parecia embarazado y dolorosamente afectado: quiso hablar pero

las palabras se le quedaron en los labios. La Marquesa en fin cediendo á su impaciencia le suplicó la dijese que motivo le daba el gusto de recibir su visita.

Es por una circunstancia bien cruel, dijo con una voz tremula. He venido con el objeto de prepararos poco á poco á una noticia triste, pero el encargo es superior á mis fuerzas. Creo, dijo la Marquesa, que el suceso de que teneis que hablarnos es sabido del Marques y de mi. Ha! Señora, replicó el estrangero, mirando tristemente á la Marquesa, yo creo que no lo sabeis; pues si asi fuese los sentimientos maternales no os permitirian entrar en la calma en que os veo. Detubose á estas palabras, pusose palido, tembló, y sus emociones se hicieron contagiosas. Decidnos os suplico, sin tardar lo que teneis que anunciarnos dijo el Marques.

El Estrangero tampoco pudo esplicarse. Por lo demas no era necesario que hablase para conocer que tenia alguna cosa siniestra que contar. Podria decirse de el como del viejo Nothunberland: la palidez de sus mejillas es mas propia para decir la naturaleza del mensague que llevaba que no la lengua.

Alguna desgracia ha sucedido á mi hija, dijo la Marquesa turbada, y olvidando en este momento su desconteuto. Ha Señora dijo el

estrangero mostrando su sensibilidad por algunas lagrimas, vuestros temores son muy fundados: Seria una barbarie atormentaros por mas tiempo teniendoos suspensa. En efecto ha sucedido una desgracia: Lady Eufrasia no puede en este momento sentir vuestras bondades.

Mi hija es muerta, dijo la Marquesa dando un agudo grito, y perdió el conocimiento: el marques se dejaba caer de su silla si Lord Mortimer temblando y horrorizado no le hubiese socorrido á tiempo. Tiraron de la campana, corrieron los criados, y llevaron la Marquesa á su aposento. Vuelto en si el Marques quiso que la contasen las circunstancias de este triste suceso, y ápenas el estrangero habia principiado la relacion que con la inconsecuencia que dá el dolor, dijo que no podia oir mas estos horribles detalles. Seria imposible describir la afliccion de estos desgraciados padres viendo desvanecerse en un momento sus deseos, sus proyectos y sus esperanzas. Triste ejemplo de la instabilidad de la humana felicidad, y de la insuficiencia de las riquezas para esegurarse de su posesion, y muy propio para abajar los humos del orgullo y de la vanidad, y encaminar á la reflexion nuestros estraviados pensamientos por una loca disipacion. Al

ver abismados de este modo el orgullo, las riquezas y la grandeza, y sucumbiendo á las calamidades nos llevamos naturalmente á reconocèr la fragilidad de los bienes de esta vida, y á ocuparnos de conseguir una dicha que no pueda escaparnos. El corazon humano necesita, para su guia ejemplos grandes que conmueban, y los que puede proporcionar una situacion oscura no hacen tanta impresion como los que presentan las elevadas condiciones de la vida. Vemos con indiferencia como huella con los pies la humilde flor, pero la orgullosa encina que la tempestad ha echado por el suelo sè contempla con pasmo. La desgracia del Marques y de la Marquesa se habia acrecentado tambien por las aldabadas que les daba su conciencia que parecian decirles, que este acaecimiento era un castigo del ser supremo y justo, cuyas sagradas leyes habian violado despojando á la viuda y al huerfano, y que aumentó de miseria no es á la miseria misma pensar que se ha merecido? Todo el afecto del Marques y de la Marquesa se habia concentrado en su hija; ella sola les habia echo conocer los sentimientos de ternura que pertenecen á la humanidad, ella era aun mismo tiempo el objeto de su amor y el idolo de su orgullo. Veian en ella la here-

dera de sus titulos. Su mas cercano pariente se habia vuelto su irreconsiliable enemigo, y Eufrasia les era presiosa por la razon de que les daba el medio de satisfacer su venganza, separando á este heredero. Su ultimo proceder les habia disgustado, pero iban á apasiguarse pronto; estaban ya determinados á perdonarselo y á enoblecer á Free-Love.

En cuanto á Lady Eufrasia no tenia ella ternura alguna por sus padres y parecia que no amaba á nadie. Sus restantes pasiones eran mas vivas. En el paso que acababa de dar, entraba en calcul el deseo de vengarse. Free-Love como pupilo de Lord Cherbury, y por respetos á este, habia sido convidado á la boda, y el habia acceptado. Debia hallarse á Rosline-Castle pero algunos dias antes de su partida se habia encontrado en tertulia con la misma persona con la cual Lord Cherbury habia perdido en el juego, y que instruida del proyecto de casamiento de Lord Mortimer con Eufrasia habia prometido el secreto á Lord Cherbury: pero las promesas de los bribones no son de fiar. Este habia sido vivamente mortificado de algunas palabras que se habian escapado á Lord Cherbury en el momento de sus grandes inquietudes, por las cuales parecia sospechar la mala del jugador su antagonista.

Estos reproches, precisamente por que eran justos habian irritado á este hombre y le habian inspirado un gran deseo de vengarse. Al encontrar á Free-Love halló una ocasion de hacerlo, y la aprovechó. Contole todo lo sucedido, el cual al principo se admiró mucho, pero luego estubo muy contento del descubrimiento.

Fué para él una idea muy deliciosa poder humillar á Lord Cherbury y á su hijo. Aborrecia ambos, pero sobre todo al ultimo por la superioridad que tenia sobre el en todo. Ageno de toda noble emulacion no procuraba estudiar é imitar todo cuanto veia de estimable; solo se ocupaba en despreciarlo, y cuando no podia conseguirlo redoblabasele su envidia y malignidad. Mortificar de medio á medio del seno de su padre, cubrirle de confusion, deshonrando á Lord Cherbury era para el un placer esquisito que habria comprado á costa de una parte de sus bienes; tan lisongero es para el envidioso el triunfo imaginario que consigue sobre una alma noble cuya superioridad detesta por que no puede llegar á ella. Por otra parte Free-Love no tenia que hacer sacrificio alguno para contentar su pasion: Los bienes de Lord Cherbury eran suficientes para responder á Free-Love de los suyos. Prometiase tambien la satisfaccion de

ver á sus rivales ricos y disfrutando de consideracion caer en la obscuridad, si, impidiendo el casamiento, podia quitar á Lord Mortimer el medio de hacer frente á los inconvenientes que debian resultar naturalmente de la mala conducta de su padre. Despues de esto, si no podia conseguirlo solo le quedaba poco tiempo que esperar para pedir á Lord Cherbury la cuenta de su tutela. En esta situacion se apresuró Free-Love á ir á casa del Marques, cuya visita habia diferido hasta entonces, para prepararse á parecer á la boda con mayor brillo; aprovechó el primer momento que se le presentó para dar parte à Lady Eufrasia de todo cuanto habia sabido relativo á la conducta de Lord Cherbury y el mal estado en que tenia sus cosas.

Lady Eufrasia estubo furiosa. Vió claramente el motivo porque Lord Cherbury le proponia casarla con su hijo, y quedó convencida que no la buscaba sino para reparar las ruinas de una fortuna descalabrada. En este supuesto resolvió desconsertar este plan; y era tal su caracter que aun cuando hubiese tenido que sacrificar su felicidad á esta venganza no hubiera titubeado; pero no estaba en este caso. Renunciando á Lord Mortimer no contrariaba ninguna inclinacion de su alma. Admiraba sus cualidades;

pero no le tenia amor alguno. Era incapaz de sentir esta pasion; y aun su admiracion habia desde mucho tiempo hecho lugar al resentimiento cuando habia conocido toda la indiferencia de Mortimer por ella: y ya hubiera reusado su mano sino hubieso temido que, libre, se hubiese casado con Amanda. En el momento mismo que vió que su fortuna era necesaria á Mortimer, se desvaneció este temor, y dió lugar al placer que encontraria de vengarse de él por las penas que su indiferencia le habian causado.

Al principio quiso comunicar á su padre lo que habia sabido; pero la reflexion le hizo abandonar esta idea. El Marques habia mostrado siempre la mayor indiferencia por Lord Cherbury, y temió de que no insistíese en el casamiento á pesar de las nuevas circunstancias. Pronto hubo imaginado un medio de apartar de si este peligro, y eligió á Free-Love por instrumento de su venganza. No titubeó en decirle que jamas habia amado á Lord Mortimer y que solo habia un hombre con quien ella podia ser feliz. Palabras que se le escapaban, miradas, sin embarazo bien representado persuadieron á Free-Love que era el objeto preferido. No pudo este ocultar la alegria que le causaba este descubrimiento. A las obli-

gantes espresiones de Lady Eufrasia contestó con las mas exageradas lisonjas, las mas ardientes protestas, y las promesas mas aseguradas de un amor que duraria tanto como su vida Eufrasia consiguió lo que quería: resolvieron en una evasion. Los criados y equipage de Free-Love estaban en el castillo y por consiguiente fue facil combinar la espedicion. Á los ojos de Eufrasia no tenia otro merito Free-Love que ser instrumento de su venganza, pues por otra parte le miraba con desprecio; pero sus bienes le darian importancia en el mundo, y encontraría en él un marido complaciente tal como lo necesitaba una muger á la moda. En una palabra persuadida que seria dueña absoluta de sus acciones no dudaba que encontraria un objeto tan digno de su admiracion como Lord Mortimer y mas agradecido que este.

Embriagada de estas esperanzas dejó la casa paterna, esta casa que no debia rever, y en el momento en que ella se entregaba á su alegria y á todas sus esperanzas el inevitable tiro, el tiro mortal que debia alcanzarla estaba ya en la cuerda del arco.

Terminada la ceremonia del casamiento quisieron acercarse al castillo para embiar desde alli una carta apologetica. La noche

era obscura, el tiempo horroroso, el camino malo y peligroso. Los postillones representaron que era mejor esperar el dia, pero Lady Eufrasia se opuso á ello. Solo quedaban que hacer algunas millas para llegar al termino del viage y los postillones obedecieron. Poco camino habrian hecho cuando de repente se asustaron los caballos de una luz que atravesaba el camino á una cierta distancia, y se pusieron á retroceder del modo mas alarmante. Á un lado del camino habia un precipicio, y los caballos á pesar de los esfuerzos del postillon no detenian ya el coche. En este momento Free-Love solo pensó en si; abrió la portezuela y se echó fuera. Eufrasia no pudo seguirle, pues á la vista del peligro se habia desmayado. Los postillones tambien desmontaron y á pesar de los esfuerzos de los criados se precipitó el coche. Los criados habian oido abrir la portezuela y creyeron que su amo y Lady Eufrasia habian bajado, pues la noche era tan obscura que no podian distinguirse los objetos. Pero un horroroso grito que oyeron del fondo del precipicio les desengañó pronto. Corrieron á la casa de donde habia salido esta luz fatal que habia causado la catástrofe, y pidieron en ella socorro. Bajaron al fondo del

precipicio por senderos estrechos y tortuosos. Los caballos estaban muertos, el coche hecho pedazos, y bajo sus astillas encontraron el cuerpo de la desgraciada Eufrasia despedazado y sin vida.

El dueño de la casa se estremeció de horror á este espectaculo é hizo llevar el cuerpo á su casa, en donde, viendo estos restos desfigurados no pudo menos de pensar que la pobre criatura habia sido feliz en morir del golpe, condenada como habria estado á los mas crueles tormentos y dolores si hubiese sobrevivido.

Buscaron á Free-Love, y le encontraron en el camino desmayado. Vuelto en sí, la primera palabra fué preguntar si era muerto ó vivo, y con la seguridad que tubo prontamente de que se hallaba sano y salvo se felicitó á si mismo de su dicha con tanto calor, que convenció á cuantos le rodeaban que solo se ocupaba de si mismo. No fueron menester muchos preparativos para hacerle saber el destino de Lady Eufrasia. A esta relacion sacudió la cabeza diciendo que habia previsto ya la desgracia cuando habia visto retroceder los caballos en este abominable camino; repitió muchas veces que era una desgracia, y pareció inquieto de lo que diria el Marques, y que no le echa-

sen en cara que habia sido la causa de ella.

M. Murry, el caballero en cuya casa habia sido recibido se habia ofrecido à ir à noticiar á la familia de Lady Eufrasia este triste suceso, y Free-Love habia aceptado este ofrecimiento, declarando que el no estaba en estado de llenar tan desagradable comision.

Despues de haber oido á M. Murry, pasóse algun tiempo antes que el Marques pudiese decirle que deseaba que el cuerpo de Lady Eufrasia fuese llevado al castillo, donde se le harian los honores funebres debidos á su rango y nacimiento. La casa adornada para la solemnidad de una boda, fué tendida de negro y llena de todos los atavíos que distinguen á los simbolos de la muerte.

El Marques y la Marquesa ocultaron su dolor en lo interior de sus aposentos mas retirados, mientras que los criados llenos de admiracion y de horror recibian el cuerpo de su desgraciada ama.

Todos los momentos que Lord Mortimer podia dejar á su Padre los consagraba al Marques. Lady Eufrasia habia sido para él un objeto indiferente y aun repugnante; pero su genero de muerte habia hecho suceder á estos sentimientos el

de la lastima, y mezclaba sus lágrimas sinceras con las del Marques.

Lady Marta y Lady Araminta tubieron las mismas atenciones y cuidados por la Marquesa. Todo el tiempo que no pasaban al lado de Lord Cherbury lo dedicaban à ella: no combatian con ineficaces argumentos un dolor que la naturaleza reclamaba como un tributo, pero le mitigaban participando de él.

Lord Cherbury no recuperaba la razon sino por intervalos cortisimos, los cuales aprovechaba su hijo para calmarle; y el por su parte empleaba en dar gracias á Mortimer de los cuidados que le tributaba y á felicitarse por versele acercar su fin.

Mortimer estaba cruelmente afectado de este desaliento de su padre, el que tenia motivos de creelo fundado. Las campanas que dejaban oir ya sus sonidos lugubres para la ceremonia fúnebre de Eufrasia, parecian anunciarle este triste suceso.

Las cosas estaban en esta situacion en el castillo, cuando llegó á el Oscar acompañado de Sir Carlos Bingley, y sin darse á conocer hicieron pasar recado al Marques sí podian hablarle por un asunto de importancia. Recibieronles con la persuasion que venian de la parte de

Free-Love á quien el Marques y la Marquesa por amor á la memoria de su hija resolvieron hacerle buena acogida.

El Marques conocia á Sir Carlos y este conocia tambien al Marques. Sorprendióse de verle, pero su sorpresa fué mayor cuando Sir Carlos tomando á Oscar por la mano se lo presentó como hijo de Lady Malvina Fitzalan y heredero legitimo del Conde Dunreath. El Marques estubo tan confundido y turbado que su confusion y turbacion habrian bastado de por si para acusarle y convencerle, y una prueba semejante hubiese sido necesaria. Al fin con voz trémula pidió las pruebas de lo que le decia Sir Carlos. Este, pues Oscar estaba demasiado agitado para tomar la palabra, espuso en pocas palabras todas las circunstancias que habian conducido à descubrir el testamento, hasta llegar á las manos de Oscar; á lo cual añadió que la nobleza y generosidàd de los sentimientos de su amigo le hacian desear salvar el honor de las personas con las que le unian los vinculos de la sangre, y que solo reusando el Marques reconocer los justos derechos que el testamento le daba, podia detener su resolucion en emplear todos los miramientos posibles á su ejecucion.

La agitacion del Marques llegó á ser estrema. La muerte de su hija acababa de hacerle perder su felicidad, y ademas se veia à punto de perder el honor: una hora antes creia que su miseria no podia recibir aumento, y entonces se convenció que la perdida de la reputacion la aumentaba aun, y ella sola podia hacerla completa. La pública estimacion, el pensamiento de que no miren como merecidas las desgracias que nos oprimen, es un balsamo derramado sobre las llagas del alma victima de los acerbos disgustos. El Marques tenia de su patrimonio una fortuna mas que suficiente para todos sus gastos, estos iban á reducirse de todo cuanto añadian á ellos el fausto y disipacion de Lady Eufrasia, y de cuanto habria añadido todavia. En esta situacion era de sentir que le era tan inutil, como era justo retener lo que no era suyo; pero temia que sometiendose timidamente y al instante mismo á lo que le pedian tan precipitada é inopinadamente, daba á entender que reconocia su improvidad anterior. Sus remordimientos le decian que reparase la injusticia; pero un falso honor se oponia à esta reparacion.

Incierto sobre el partido que tomaria, guardó por algun tiempo silencio, pero al

fin pensando que su misma insertidumbre le venderia de lo que tenia mas ganas de ocultar (á saber, que hubiese tenido conocimiento alguno del testamento) dijo con alguna firmeza que hasta que hubiese axaminado este asunto que acababan de presentarle por la primera vez, no podia tomar ningun partido decisivo, y que este examen pedia algun timpo sobre todó en las tristes circunstancias ne que se allaba. Si este Señor, añadió dirigiendose á Sir Carlos, hubiese tenido la generosidad que le prestais, no hubiera venido á entablar un asunto de esta especie en las circunstancias desgraciadas en que me hallo. Los privilegios del dolor son sagrados por un hombre delicado y sensible, y estos han sido desconocidos y violados en mi persona, cuando vienen á presentar tamaña reclamacion antes de haber tributado sus ultimos deberes à una hija que lloro.

Sir Carlos y Oscar se conmovieron vivamente de este reproche: ambos ignoraban el suceso tan reciente de la muerte de Eufrasia. Luego que Oscar volvió en si de la sorpresa que le habia causado lo que le habia dicho el Marques, sintióse su noble borazon herido por la reconvencion de hacer faltado á la delicadeza, y con tono energico y animado le declaró que si hubiese sabido la desgracia del Marques nada de este

mundo le habria determinado á presentarsele en tal momento; que compadecia y respetaba su dolor y le suplicaba que creyese que esta declaracion era sincera, y mientras hablaba, algunas lagrimas que se le escaparon atestiguaron la sinceridad de sus protestas.

El Marques se conmovió á vista de estas lagrimas. Echóse en cara su dureza y esta prueba sencilla de la sensibilidad de Oscar habló mas en su favor en el espíritu del Marques, que el mas elocuente discurso. Si este joven, se decia, hubiese tenido los sentimientos menos elevados, cuando yo le eché en cara de haber faltado á la sensibilidad, me podia haber replicado con ventaja, recordandome la injusticia y la inhumanidad de que soy culpable con él, y de las cuales tienen las pruebas en la mano; pero no, me vé victima del dolor, y no ha querido romper la caña que el Cielo ha marchitado y debilitado.

Pensando en esto se enterneció, y alargando la mano á Oscar le dijo: veo que os he hecho un injusto reproche, pero yo repararé mi error. Suplicoos os contenteis por este momento con la seguridad que os doy de que se hará todo cuanto sea justo, y que de cualquiera modo que giren los sucesos, deseo me conteis en el numero de vuestros

amigos. Oscar le manifestó de nuevo el sentimiento que tenia de haberse presentado en semejante circunstancia, y le suplicó que dejase el asunto para otro dia. El Marques por su parte siempre mas contento del modo y procedimientos de Oscar y le aseguró que no le haria esperar mucho tiempo su resolucion.

Habiendose quedado el marques reflexionando, se calmó poco á poco, y se halló en estado de pensar con mayor madurez en lo que debia hacer. El resultado de estas reflexiones fué que no podia dejar de hacer una restitucion que su conciencia le prescribia, y las falsas ideas de honor la desviaban de ello. Todo cuanto podia esperar, era ejecutar esta resolucion salvando su honor, y para esto era preciso encontrar un medio. Al fin imaginó un plan que se lisongeó que la generosidad de Oscar adoptaria. Consistia en declarar que el conde de Dunreath en su testamento habia hecho á M. Fitzalan heredero de sus bienes en caso que muriese Lady Eufrasia, y que en consecuencia iba á tomar posecion de ellos: que Lady Dunreath cuya residencia en la Abadia no podia ocultarse estaria de vuelta de un convento de Francia donde habia pasado muchos años. El Marques se proponia tambien decir á Oscar que la

cautividad de Lady Dunreath no habia tenido otro motivo que la mala conducta de esta muger y el deseo de impedir el ignominioso casamiento que queria hacer; y que el habia mirado como una quimera el testamento con el cual les habia amenazado á fin de hacerles miedo.

Hecho este plan, su corazon quedó muy aliviado. Fuese á ver á la Marquesa, y despues de haberla preparado poco á poco le dió parte de todo el caso. Añadió, que convencidos como debian estarlo de la fragilidad de las cosas humanas, era ya tiempo que hiciesen la paz con el cielo. La desgracia habia dispuesto el corazon de la Marquesa á escuchar verdades, aprobó el plan y pensó como su marido que para sacar ventaja de él, era menester ejecutarlo pronto. En esta consecuencia el Marques escrivió á Oscar para darle parte de su resolucion y al mismo tiempo de sus deseos por el modo de ejecutarla. Oscar no engañó la confianza que el Marques habia puesto en su generosidad; lejos su alma elevada de querer triunfar de un enemigo abatido, adoptó con alegria un medio de salvar el honor del Marques. Pasó pues al momento al castillo como el se lo suplicaba, y aseguró que todo se haria segun los deseos del Marques.

Puede que en este momento el desprecio público no hubiese humillado tanto al Marques como una generosidad tal de parte de un hombre á quien habia hecho una tan larga y cruel injuria. Este contraste entre Oscar y él le despedazaba el alma, y le degradaba á sus propios ojos. Dijo á Oscar que luego que se hubiesen hecho los ultimos deberes á su hija, lo arreglaria todo con él, y podria presentarse á la Marquesa. Suplicole que tomase cuarto en su castillo y asistiese à los funerales de Eufrasia, como uno de sus mas cercanos parientes. Reusó Oscar á la primera de esta proposicion, y con voz turbada prometió hallarse á la triste ceremonia. Retiróse despues, y el Marques que se habia sostenido contra su propio dolor por la ocupacion que le habia dado el querer salvar su honor, sentió de nuevo todo el peso de su desgracia. Deseaba que Oscar no hiciese ya misterio de su calidad de heredero del conde Dunreath, y el mismo dijo que anunciaria esta nueva en la casa. Por este conducto lo supo Lord Mortimer. Este se alegró infinito de saber que Amanda y su hermano iban al fin á gozar de la independencia, y verian dias mas felices.

Pocas horas despues Lord Cherbury sucumbió á sus disgustos y á su enfermedad.

Sus ultimas palabras fueron bendiciones á sus hijos, las cuales recibió Mortimer enternecido; bien diferente en esto de estos jovenes endurecidos y desnaturalizados por la disipacion, que parece que esperan con impaciencia los ultimos momentos de un padre, cuya muerte les dejará mas abundantes medios para satisfacer sus pasiones. El dolor de Mortimer era mitigado por el testimonio de que nada habia descuidado de cuanto podia dar á su padre alguna tranquilidad, y por la conviccion de que Lord Cherbury jamas hubiera sido feliz divulgada su conducta. Resignose pues á esta perdida con el sentimiento piadoso que Dios aceptaria el arrepentimiento del culpable, y le admitiria en el seno y morada de la felicidad.

Pocos dias despues dejó el castillo y sus desconsolados dueños, y acompañó á Lady Marta y su hermana Araminta á Tornbury donde estaba el sepulcro de su familia. Permaneció allí hasta la llegada del cuerpo de su padre, y despues de los funerales salió para Londres para ejecutar el plan que habia hecho para el pago de las deudas de su padre. No podia ocultar este paso á su tia; pero resolvió no hacerle saber los prestamos que pedia sobre sus restantes bienes, por temor de que no concibiese sospechas

desventajosas á la memoria de su padre.

En medio de estos cuidados la idea de Amanda jamas le abandonaba; ni los negocios, ni sus disgustos podian desterrarla de su memoria. Sus esperanzas lisonjeras y tiernas principiaban á revivir, cuando un inesperado golpe las trastornó, y sumergió en una situacion mas desgraciada aun, si hubiese sido posible, de cuantas habia sufrido hasta entonces. Dijeronle en confianza que la hermana del conde de Dunreath (pues Oscar habia conseguido el titulo de su Abuelo) se casaba con Sir Carlos Bingley. La amistad que sabia que habia entre el conde y Sir Carlos hacia la cosa muy probable. Mas si le hubiese quedado alguna duda, un suceso que supo al mismo tiempo, acabó de persuadirle de la realidad de una desgracia que temia. Sir Carlos mismo se dirigió á él para comprar Tudor-Hall, y Mortimer no dudó que esto era para contentar los deseos de Amanda. Incapaz de contener sus sentimientos dirigió á Sir Carlos á su procurador. Acusó á Amanda de cruel, de ingrata, y de insensible á todo cuanto habia sufrido por ella. Merecia el ser desterrado de su memoria tan prontamente y ser substituido en su corazon por un hombre que jamas habia podido darle tantas y tan fuertes pruebas de constancia

y de amor? Ella pues es perdida para mi! perdida para siempre. Y de que me sirve que su amor sea vengado, si mi d sgracia es aun mayor? O padre mio! que bien me habeis hecho perder! Mas no quiero turbar vuestras cenizas, perdonad la involuntaria espresion de un corazon despedazado. Amanda, continuó, será dueña de Tudor-Hall y no dará un suspiro á la memoria de aquel que fué su propietario. Ella se paseará bajo estas sombras, donde tantas veces ha recibido mis votos, los de un amor inalterable; votos, ay de mi! que mi corazon ha guardado con demasiada axactitud, y ella escuchará otros semejantes del nuevo poseedor. Ah! este es el último golpe y el mas cruel que la suerte podia reservarme.

Lord Mortimer, ó mas bien Lord Cherbury, que es el nombre que le daremos en lo sucesivo, se habia en efecto persuadido que el afecto que Amanda le tenia era como el suyo constante é inalterable. Habia alimentado la idea que buscandola de nuevo podria hacer su dicha y la de Amanda uniendose con ella. Es verdad que ahora poseia una fortuna mucho mayor que aquella sobre la cual podia el contar; pero despues de las pruebas que la habia dado de un amor desinteresado, ni ella ni en la opinion del mundo no se le sos-

pecharia de tener motivo alguno de interes renovando sus proposiciones. Por lo que habia sabido sus esperanzas se hallaban trastornadas y sus proyectos desconcertados. Determinabase, luego que hubiese concluido sus mas urgentes negocios, pasar al continente, pues despues de la muerte de su Padre ya no tenia necesidad de abrazar la profesion de las armas. Su abatido espiritu y sus debilitadas fuerzas le impedian entrar en esta carrera.

Terminada la compra de Tudor-Hall por Sir Carlos, era necesario que Lord Cherbury viese al procurador que alli tenia. Prefirió ir el mismo que hacerle venir à Londres, impelido por otra parte por el deseo de volver á ver por la ultima vez un sitio querido á su corazon por tan dulces recuerdos. A su llegada se alojó en casa de su procurador, encargandole que ocultase cuidadosamente su llegada. Despues de un paseo en el cual habia recorrido todos los lugares que en otro tiempo hâbia visto con Amanda entró en el salon de musica, en el cual la habia encontrado ignorando absolutamente que estubiese en el pais. Dificilmente puede pintarse la sorpresa y la emocion que esperimentó á esta inesperada vista.

Bastará decir que el deseo que mostró Amanda de alejarse de él, lo habia atribuido á su nueva pasion por Sir Carlos. Cuando estubo desengañado sobre este punto, y viendose todavia amado su alegria llegó al colmo, y declaró, lo mismo que Amanda que estaba demasiado pagado de cuanto habia sufrido.

CAPITULO VI.

Pero mi querida amiga, dijo Lord Cherbury, mientras Amanda enjugaba las lagrimas que le habia hecho derramar la narracion de la triste suerte de Eufrasia, pensais que vuestro hermano aprobará nuestra union, y consentirá en mi dicha? El que puede llevar sus miras tan altas para una hermaua que en el dia reune la riqueza á la belleza? Querrá darla à un hombre que tiene que ofrecerle un vano titulo? Ah! dijo Amanda, una duda semejante seria injuriosa á la noble y generosa alma de Oscar. Si, con el mayor orgullo, con placer y alegria dará su hermana al hombre que ella estima, que ella ama, y á quien, hollando vanas preocupaciones é intereses viles, la habia buscado en la obscuridad, abandonada, sin amigos ni protectores, para poner á sus pies toda su fortuna.

Mas si estas ideas difiriesen de las suyas; si intentaba obligarme á hacer otra eleccion, mi corazon resistiria á sus esfuerzos y le confesaria mi resolucion que nada puede hacerme mudar; pero Oscar es incapaz de semejante conducta, todos los sentimientos generosos estan en su alma; en fin su corazon se parece al vuestro; no puedo decir mas.

Lord Cherbury la estrechó contra su corazon. ¡O la mas querida y la mas amable de las mugeres! esclamó, puedo decir que sois mia! Despues de tantos obstaculos y de tantos disgustos llegaré á poseer en fin un bien tan precioso! O mi querida Amanda! no os admireis, si dudo todavia de la realidad de mi dicha. En una mudanza tan repentina de situacion creo soñar deliciosamente, pero gran Dios! que este letargo sueño no se disipe jamas!

Amanda se acordó entonces que si permanecia mas tiempo ausente de la casa de los Edwin, estarian inquietos y vendrian a buscarla. Hizo esta observacion á Lord Cherbury y se levantó para partir, pero el quiso acompañarla á lo que ella consintió.

A su vuelta encontraron á la nodriza y Betzy. La sorpresa de la madre á la

vista de Lord Cherbury fué estrema. Mezclabase en ella algun poco de indignacion al pensar en la infidelidad del Lord á su querida hija Amanda, pero cuando la desengañaron su alegria llegó hasta los transportes.

Dios sea loado, dijo ella. Ahora volveré á ver á mi querida hija levantar la cabeza y mostrarse tan hermosa como siempre. Oh! jamas he podido creer que Mylord fuese uno de estos hombres falsos y engañosos de que mi vieja abuela me hablaba siempre. Buena nodriza, la dijo Lord Cherbury sonriendose, quereis darme á vuestra querida hija, y darmela de todo corazon? Si, Milord, os la daria ahora mismo si podia.

Mi querida, dijo Amanda, Milord ahora se contentará con que le deis de comer. Al mismo tiempo pidió que pusieren la mesa bajo el emparrado que hemos descritio al principio de esta obra, y se fué allá con Lord Cherbury.

Este proyecto de comer puso á la nodriza y su hija en un grande embarazo. Que desgraciada soy, dijo la madre de no tener nada caliente ni nada bueno que dár á Milord. Como comerá con carnero frio y ensalada? Esto es culpa de Miss Amanda que no quiere dejarme hacer á mi fantasia. Cos-

tó mucha dificultad á persuadirle que Milord se contentaria con cualquiera cosa. Añadiose todo cuanto podia dar de si para guisos la leche, y Betzy fué á coger avellanas tiernas.

Jamas Lord Cherbury habia comido con mas gusto, jamas él y Amanda habian gustado una felicidad tan pura, como era la de un goze asegurado que se posee con tranquilidad. El placer y la ternura brillaban en sus miradas mutuas espresivas, y sentian mejor que nunca, que en las condiciones y situaciones comunes de la vida se encuentra mas fácilmente la felicidad.

Lord Cherbury se sentia mas resignado por la disminucion de su fortuna, que sin embargo le quedaba suficiente para las comodidades de la vida. El lujo, al que debia renunciar en lo succesivo, no tenia aprecio en su concepto. En este mismo momento esperimentaba, cuan inutil era para la felicidad, y sobre todo veia que Amanda no lo sentia mas que él. Que es el mundo, sus pompas y sus placeres para dos seres que halla el uno en el otro todo lo que la imaginacion puede pintar de bellezas, y todo cuanto el corazon puede desear de delicias?

Toda la naturaleza parecia sonreirse á su alrededor. Respiraba el olor agradable de

las primeras flores. A traves de la sombra que le cubria, entreveia el brillante celeste de los cielos, y sentia la benigna influencia del astro del dia cuyos poderosos rayos aclaraban todo el paisage, y daba á las bellezas de la naturaleza todo su brillo. Manifestaba estas sensaciones á Amanda á la cual oia decir que eran igualmente las suyas, y aun esta con el dulce entusiasmo de un espíritu delicado y animado alababa á su modo la escena encantadora que tenia á la vista. O que memorias tan tiernas se le dispertaban! que plan delicioso de felicidad trazaba!

Lord Cherbury quiso que Amanda le contase todo cuanto habia sufrido desde su ultima separacion; y si su amor y estimacion por ella hubiese podido recibir incremento se habria aumentado por su relacion.

No se fueron del jardin hasta la noche. Con que emocion vió Amanda ponerse el sol, cuyos rayos al nacer por la mañana habian encontrado sus ojos obscurecidos de lagrimas! vuelta à casa, notó que la nodriza se habia ataviado con los mejores vestidos, y habia embiado á buscar el tocador del harpa que se sentó fuera de la casa. El instrumento atrájo luego muchos vecinos à cuyo son les vino tentaciones de ponerse á baylar. La nodriza quiso impedirlo dicien-

doles, que sus huespedes tenian necesidad de descanso; pero Lord Cherbury quiso que se les contentase, y les hizo dar refrescos como igualmente una gratificacion al tocador del harpa.

No quiso separarse de Amanda hasta haber conseguido su permiso de volver por la mañana luego que estaria visible. La primera voz que oyó al dispertarse fué la de Lord Mortimer conversando con la nodriza. Puede uno figurarse que no emplearia mucho tiempo en el tocador. La grande sencillez de sus vestidos y de su peinado exigia muy poco. Bajó luego y fueron á pasearse hasta que el desayuno estubiese dispuesto, hollando juntos el rocio de la mañana y cogiendo en su primera frescura la flor que se abria.

Esperando Amanda de dia en dia á su hermano quiso poner en noticia de sus huespedes la mudanza sobrevenida en la fortuna de Oscar. Tomó una ocasion en la cual ayudada de Lord Cherbury pudo noticiar este acaecimiento á la nodriza, pues si hubiese estado sola la habria abrumado con preguntas. La alegria y la admiracion transportaron á la buena muger, y su impaciencia por comunicarlo á la restante familia lo que acababa de saber, dispensó á Amanda de repetir lo que le habrian preguntado centenares de veces.

Lord Cherbury comió con Amanda como el dia anterior. La esperanza de la proxima llegada de Oscar no fué engañada. Mientras estaban sentados en el jardin despues de la comida corrió à ellos la nodriza sin aliento diciendoles que veia venir por el camino un hermoso coche tirado por cuatro caballos, que seguramente seria Lord Dunreath. Lord Cherbury se conmovió. Amanda no quiso que se viesen con Oscar antes que ella le hubiese dicho todo cuanto era necesario que supiese relativo á Lord Cherbury. Este bajó al jardin por un sendero oculto, mientras Amanda corrió á casa para recibir á su Hermano. Su primer recibimiento fué tierno y sentimental. Los Edwin se asercaron á Oscar espresando su contento, y manifestando en su estilo sencillo y natural sus enhorabuenas por su feliz fortuna y sus deseos de que la disfrutase por mucho tiempo. Dióles gracias Oscar con la mas tierna sensibilidad; aseguróles que los cuidados que habian prodigado á su hermana, à su desgraciado padre y á él mismo en su infancia les daba derecho á su eterno reconocimiento. Luego que el y Amanda pudieron desembarazarse de estas buenas gentes sin mortificar su sensibilidad se retiraron en el aposento de Amanda, en donde Oscar prin-

cipio por contarle todo cuanto habia pasado entre él y el Marques de Rosline.

Inmediatamente despues de los funerales de Lady Eufrasia, el Marques segun su promesa lo habia arreglado todo con Oscar y le habia puesto en posesion de la Abadia de Dunreath. Segun los deseos que el Marques habia manifestado, el mismo Oscar habia ido á noticiar á Lady Dunreath su libertad, suplicandola no desmintiese los rumores que querian sembrar de que ella volvia del continente despues de haber pasado allí muchos años. Confiesoos, añadió Oscar, que su crueldad con mi madre, y el desorden de su conducta me habian dado fuertes prevenciones contra ella. En cuanto á la justicia tardia que nos hacia, la atribuia á su resentimiento contra el Marques. Pero al entrar en su aposento estas prevenciones hicieron lugar á otros sentimientos mas dulces. Dióme verdaderamente lastima viendo su sincero arrepentimiento. Aunque preparado à ver su figura muy alterada por el dolor y el encarcelamiento de ningun modo esperaba ver una tal destruccion. Era un verdadero espectro, un esqueleto. Como yo entré despues de haberla hecho prevenir por Mistris Bruce, y entré solo, ella me saludó con la cabeza unica señal que daba de que vivia. Por nada de este mundo habria

roto tan terrible silencio. En fin con una voz que me llegó hasta el alma imploró mi perdon por el mal que me habia hecho. Asegurela diferentes veces que se lo concedia de todo mi corazon, pero mis seguridades no sirvieron mas que para aumentar su agitacion. Sus lagrimas y sollozos me hicieron conocer las agonias que padecia. He vivido, me dijo, para justificar las miras de la providencia entre los hombres, y para probar que por mas calamidades que sufra el hombre virtuoso, jamas le abandona. Ella recompensa las virtudes de Fitzalan y su esposa en sus descendientes. He vivido para ver cumplidos mis deseos, y para ver como mi arrepentimiento, conduce este momento feliz; en adelante dejaré la vida mortal sin sentimiento. Manifestome sus ardientes deseos de ver á su hija. Las lagrimas de compasion de una madre, me dijo, podran ser un balsamo sobre las llagas de su corazon. Ha! en mi desesperacion le he profetizado muchas veces el castigo que la esperaba, y otras tantas rogaba al Cielo que no lo descargase sobre su cabeza.

Di parte al Marques de los deseos de su madre política: la Marquesa lo reusó al príncipio por temor de tener á la vista la de una madre ultrajada, pero al fin consintió, y me rogaron que fuese por Lady

Dunreath y la acompañase á casa la Marquesa. No puedo describiros la escena que presencié. La ternura maternal por un lado, el arrepentimiento de una hija por otro, los remordimientos y horror de la Marquesa señalados en el semblante de esta, siempre que miraba á su desgraciada Madre no pueden salir de mi imaginacion. Propuse á Lady Dunreath si queria continuar viviendo en la Abadia, pero decidieron al fin que se quedaria al lado de la Marquesa. Sus ultimos momentos tal vez los endulzará la presencia de su hija; pero hasta de ahora creo que su desgracia se ha aumentado con la del Marques y de la Marquesa. Estos se hallan en esta terrible situacion á la cual ningun alivio puede darse, en que el dolor del alma no tiene remedio, y en que, segun la hermosa espresion de uno de nuestros modernos escritores, las puertas de la muerte cerradas están entre la desgracia y la esperanza.

Entonces Amanda, despues de haber vacilado un poco dió cuenta á Oscar de su verdadera situacion con relacion á Lord Cherbury, y suplicole creyese, que jamas se la habria ocultado sino hubiese temido darle disgusto, cuando hubo acabado Oscar la abrazó tiernamente y le manifestó cuanto se alegraba de que hubiese encon-

trado un objeto digno de ella y tan capaz de hacerla feliz. Mas donde está este querido amigo? la dijo alegremente. Debo buscarlo como un silfio preferido en vuestro ramillete, ó mas bien no estará en algun parage del jardin?

Vamos, vuestras miradas me dicen que no os disgustará esta pesquisa; entremos al jardin. Lord Mortimer les vió acercarse. Amanda le hizo señas, adelantóse él, y Amanda le presentó á Lord Dunreath. La acogida que recibió fué una de las mas lisongeras pruebas que pudo tener de su cariño, pues en este primer recibimiento Lord Dunreath le dirigió las espresiones mas animadas de benevolencia y amistad. Los escesos de alegria y de dolor son dificiles de pintarse, y así no intentaré describir esta escena. Lord Dunreath habia embiado su equipage y criados á la posada de la poblacion donde contaba alojarse; pero Lord Cherbury le apartó de este intento diciendole que podia alojarse mas comodamente en casa de su procurador. Allí despues de haberse retirado al anochecer Lord Cherbury espresó sus deseos de unirse sin mas tardar con Amanda, y habiendo convenido en los preliminares dispusieron que se casarian estando Amanda todavia en casa de Edwin, desde donde los reciencasados pa-

sarian á casa de Lady Marta. Para esto era precisa una licencia eclesiastíca, y acordaron ir àmbos á buscarla al dia siguiente. En el desayuno dieron cuenta á Amanda de su plan, y aun que esta manifestó un modesto encarnado en su cara, no hizo el melindre de presentar objecion alguna.

Los viageros se despacharon con la mayor prontitud, y á la vuelta que fué de allí á dos dias, sobre su peticion de que el casamiento se verificase al dia siguiente, Amanda sin afectar una modestia que en realidad tenia y consentió en ello.

Enviaron y buscar á Howell y le dijeron la hora en que tenian necesidad de su ministerio. Sus miradas llenas de una dulce alegria manifestaron á Amanda el gusto que tenia de verla feliz.

A la mañana siguiente Lord Dunreath y su nueva amiga se fueron á casa de Edwin, y algunos momentos despues se unió con ellos Amanda, modelo perfecto de la inocencia y belleza. Presentóse esta del mismo modo que se pintaria la dulce sencillez adornada con los elegantes atavios de una aldeana, sin otros adornos que los que no pasan de la modestia, y dulzura.

Los sentimientos de Lord Cherbury no pueden describirse. Lease en sus ojos la alegria de un triunfador por la posesion de

una muger tal; pero en los de Lord Dunreath solo se veia pintada una dulce melancolía al ver la felicidad de Lord Cherbury, pensando en la que habria podido gozar si no hubiese sido victima de la mas negra perfidia.

Cuando Lord Cherbury se apoderó de la mano tremula de Amanda, al salir de la casa de Edwin para conducirla al altar, suspiró ella al dejar esta habitacion en la cual habia principiado su actual dicha. Los esposos caminaron ácia la Iglesia seguidos de la nodriza y toda su familia. Una mano amiga habia esparcido flores recientes sobre la sepultura de Malvina, y cuando Amanda pasó por su inmediacion se detúbo un momento invocando la bendicion de sus padres para su union.

Howell estaba ya en la Iglesia, y la ceremonia se verificó al momento. Con que satisfaccion tan dulce dió Lord Dunreath su amable hermana á Lord Cherbury, y con que transportes de la mas profunda alegria la recibió Lord Cherbury como el presente mas precioso que el cielo podia hacerle!

Cuando despues de la ceremonia religiosa Lord Cherbury estrechó contra su pecho Amanda, ya esposa suya, esta derramó un torrente de lagrimas de alegria al

ver llenada una union tanto tiempo deseada, y de cuya realisacion habia desesperado tanto tiempo. Lord Cherbury enjugó sus lagrimas y cuando hubo recibido los abrazos y felicitaciones de su hermano, este la presentó al corto número de asistentes.

Dios sea loado, dijo la nodriza; mis deseos se han llenado ya. No he cesado de rogar todos los dias por mañana y tarde para poder ver á la hija del querido capitan Fitzalan bien casada. La pobre Elena, llorando de alegria, decia: ahora soy feliz que lo es mi querida señorita. Conmovida vivamente Amanda de las sencillas pruebas de afecto que recibia, no podia agradecer á estas buenas gentes sus demostraciones sino con una sonrisa.

Observando Lord Cherbury su agitacion y su imposibilidad, de hablar tomó la mano á Edwin y á la nodriza diciendoles: Lady Cherbury no olvidará jamas los cuidados y buenos oficios que ha recibido Mis Fitzalan. Habian ya hecho el regalo de boda á Edwin y su familia. Lord Cherbury hizo uno muy hermoso á Howell como una señal á su sincera amistad, y distribuyeron igualmente dinero á los pobres del pueblo.

Lord Cherbury dió la mano á Amanda para subir al coche que debia llevarles á Tornburi con Lord Dunreath. Despues de

haber hecho un cuarto de milla se encontraron cerca de Tudor-Hall. Mientras iban á dar la vuelta al bosque, Oscar dijo: Permitid Milord que me detenga un momento pues quisiera dar una ojeada á esta casa; bajemos. Lord Cherbury esperimentó algun embarazo, y sentia una fuerte repugnancia á volver á ver una casa que ya no era suya. Sin embargo no quiso contrariar al Conde.

Amanda conocia el motivo de su marido, y hubiera deseado que su hermano no hubiera hecho esta demanda; pero no oponiendose nadie bajaron al entrar en la grande avenida. Era una larga y hermosa calle cortada en el bosque y alineada en la casa; por una y otra parte habia cescepedes espesos esmaltados de flores; los frondosos arboles formaban con sus altas cabezas una sombra espesa. La Madreselva se enredaba en sus troncos, y una gran variedad de olorosos arbustos llenaban el aire de olorosos perfumes.

La mañana no estaba muy adelantada; las gotas del rocío brillaban aun sobre el cesped, y el verdor estaba en toda su frescura: Las claridades del bosque dejaban ver un hermoso riachuelo de agua cristalina, á las orillas del cual finia en dulce pendiente una verde praderia poblada

de ganado, ostentando toda su riqueza al sol. Los pajaritos animaban toda esta escena; la calma en fin, y los encantos del sitio arrancaron un suspiro al Dueño que acababa de verle salir de sus manos. Ah! se decia á si mismo, cuan feliz habria sido cuidando todavia estos viejos arboles á la sombra de los cuales he pasado tan dulces horas!

Entraron en el vestibulo cuyas puertas estaban abiertas. Era una grande pieza construida al estilo gotico, à la cual daban luz una hilera de ventanas en cuyas aberturas se hallaban mirtos, y rosales, que esparcian un dulce perfume, y daban á la casa un aire de fiesta y alegria.

El vestibulo comunicaba á una grande sala acia la cual se adelantó Oscar seguido del resto de la compañia. Pero cual fué la sorpresa y gusto de Lord y Lady Cherbury cuando abiertas las puertas se les presentaron Lady Marta y Lady Araminta Dormer. Lord Cherbury pareció un momento vuelto en estatua. Las caricias de su tia y hermana que dividian entre el y su Esposa le reanimaron; pero al volverselas puso los ojos en Oscar pidiendole una esplicacion de lo que veia. Una esplicacion, Milord, dijo Oscar! No os la daré hasta que nos hayais dicho que somos bien llegados

en vuestro casa. En mi casa! dijo Lord Cherbury mirando á Oscar con la mayor admiracion. Entonces Lord Dunreath se acercó á él. Jamas habia parecido tan amable; la benevolencia estaba pintada en toda su fisonomia, y su semblante era el de un angel embiado del Cielo para hacer bien á los hombres.

Perdonadme querido amigo, dijo á Cherbury, si os he dado un momento de pesadumbre que podia ahorraros, pero he querido proporcionaros un placer mas vivo. Supe en Escocia vuestra pasion por mi hermana, Lady Greystok me lo dijo como igualmente de que no podiais olvidar uno á otro. Viendo en los papeles públicos que Tudor-Hall se vendia, supliqué á Sir Carlos Bingley que la comprase por mi en su nombre, por el presentimiento que tenia del suceso que hoy nos reune, y para hacer un regalo de boda á mi hermana que pudiese gustarle. Permitidme pues, añadió, tomando á ambos la mano y uniendolas á la suya, permitidme en presencia de las personas que amais que os entregue esta respetable morada, que va á ser testigo de vuestra felicidad domestica, y el asilo donde los desgraciados continuarán á encontrar consuelos y socorros.

Lord Cherbury estaba demasiado conmovido para poder contestar, y no pudo esprimír esta impotencia sino con palabras cortadas. No me hableis, dijo Oscar, de reconocimiento si no quereis afligirme. Olvidad para siempre el que hayais cesado de ser propietario de Tudor-Hall, ó si os acordais sea solo para pensar que recobrandolo habeis tomado sobre vos una carga bien pesada, que debe moderaros el sentimiento demasiado vivo de la obligacion que creeis tenerme. Lord Cherbury se sonrió mirando la amable carga que decian que en adelante pesaria sobre de él.

Y yo, esclamó Amanda, arrojandose á los brazos de Oscar, que diré á mi hermano para darle gracias de su amable beneficio? Nada, contestó Oscar. Calmaos solamente y ocupaos de recibirnos bien en vuestra casa.

En seguida se presentó su hermana á Lady Marta y Lady Araminta, las cuales la abrazaron, y la felicitaron de nuevo como dueña de la casa. Condújola despues á la cabecera de la mesa, donde habia un desayuno abundante y elegantemente servido. Oscar y Lord Cherbury la ayudaron á hacer los honores. Lady Marta veia con arrebato está joven pareja, de la que decia que nada habia visto de comparable;

y que fuese tan igual. El amable encarnado de la salud y de la modestia colorá ba las mejillas de Amanda, y sus ojos a traves de sus largos parpados brillaban con el mas dulce placer. El semblante de Lord Cherbury no era menos agradable y animado, y sus ojos habian vuelto á tomar todo su brillo.

Preguntaron á Oscar como lo habia hecho para prepararles una sorpresa tan agradable á Mortimer y su hermana. Habia escrito á las Damas de Tornbury comunicandoles su plan, y les habia suplicado se trasladasen à Tudor-Hall donde habian llegado el dia anterior á la noche. Lord Dunreath dijo tambien á Lord Cherbury que seguro de hacer una cosa agradable para él, habia encargado á su Procurador que restableciese todos los criados en sus antiguas funciones, y convidar á todos los arrendatarios á una comida de boda.

Lord Cherbury le aseguró que efectivamente era todo cuanto habria hecho el mismo. Despues del desayuno propusieron un paseo por el jardin y los bosques. Los arrendatarios y criados estaban reunidos ya en el vestibulo y la avenida del castillo. Lord Cherbury se fué en medio de ellos, y la alegria que le mostraron de tenerle todavia por amo, le afectó sensi-

blemente. Dioles gracias por su afecto y recibió las enorabuenas con la bondad y afabilidad que le caracterizaba. El paseo fué delicioso. Acía el medio dia buscaron la sombra y se retiraron bajo los toldos que formaban las madre selvas, lilas, y en donde encontraron refrescos traidos allí como por encanto. Hasta la hora de comer no volvieron á casa, y tubieron el gusto de ver á las familias de sus arrendatarios puestos en largas mesas, paradas en el bosque con una alegria sencilla y sin reserva por la profusion que allí reinaba.

Lord Cherbury hizo observar de paso á Amanda el aire de importancia que su nodriza se daba sentada en la cabezera de una de las mesas. La vanidad de la buena muger se habia aumentado desde que habia recibido en su casa á los nobles huespedes. Cuando el conserge la convidó para que se hallase á la fiesta, su alegria no conoció límites. Tubo cuidado de reunir para irse al castillo á tadas las mugeres de los mas ricos arrendatarios; contólas todo lo que habia pasado en las ceremonias del casamiento, como el Conde se habia enamorado de su muger, cuando esta vivia en su casa, y las prubas por donde habia pasado su constancia. Dios les ayude! decia; á las que la escuchaban con ansia; si os

contaba todos los peligros que han corrido, y las tribulaciones que han sufrido os haria estremecer. Ahora, añadió, ha llegado la vez de que mi querida hija camine con la cabeza alta entre las mas grandes damas del pais, y puedo decir sin lisongearme que mi querida Alylady hará alguna cosa por mi, y no me dejará donde estoy, pues gracias á Dios puedo hacer algo mejor, cuando llegó cerca de la Condesa se apresuró à recoger de ella la primera mirada afectuosa; pero esto no fué todo. Siempre habia estado celosa de la importancia de Mistriss Abergwilly que gobernaba tan grande casa, y queria, con el favor que le dispensaba Lady Cherbury, mezclarse en algo, para aumentar su importancia entre sus vecinos. Nada queria ella tanto como el trabajo, y la escena presente era hecha para su genio, pues dentro y fuera reinaba una alegria tumultuosa y una agradable satisfaccion. Al principio ya mostró su intencion de meterse en alguna cosa ayudando á distribuir los refrescos á la comitiva, y cuando pasaron al comedor, dando su parecer y sus consejos para el arreglo de la mesa. Mistriss Abergwilly, como todas las personas consentidas por el habito del poder absoluto, no podia someerse á las órdenes de la nueva soberana;

sin embargo ahogó su resentimiento, y dijo politicamente á Mistriss Edwin que no tenia necesidad de la ayuda de nadie; que gracias á Dios, no habia llegado á su edad sin saber disponer el servicio de una mesa. Ciertamente, replicó Mistriss Edwin, Mistriss Abergwilly lo entiende perfectamente bien, pero hay personas que pueden entenderse tanto como ella.

Hacia mucho calor; Mistriss Edwin se arremangó el vestido que era de una hermosa ropa de seda que habia sido de Lady Malvina, y pusóse á mudar los platos de sitio, diciendo que ella conocia mejor que nadie el gusto de su querida Lady, y qué revistaria las piezas de la casa y diria á Mistris Abergwilly el modo de disponerlas y colocar los muebles mejor.

La camarera, en quien hervia la sangre de una *Galesa* no pudo sufrir mas, y principió á maltratar à Mistriss Edwin con algunas palabras medio articuladas, á las cuales contestó la nodriza con usura. Edwin entró en mitad de la querrella. Por amor de Dios! dijo, no podeis tomar otro tiempo y otro dia para reñir, injuriaros y pegaros como dos brujas de Gales. Que dirán Lord y Lady Cherbury? Dios mio! verguenza me da una tal conducta!

La reconvencion produjo un buen efec-

to, y las dos mugeres estuvieron confusas; su colera se apaciguó y volvieron á ser amigas. Mistriss Edwin dejó la direccion de la mesa de los amos á Mistriss Abergwilly contentandose con presidir en la de los arrendatarios, y criados.

La comitiva al entrar encontró á Howell en el comedor, y su sociedad les aumentó el placer. Despues de la comida, los paisanos principiaron á baylar en la avenida al son de la Harpa, y proporcionaron á sus benéficos huéspedes el espectaculo agradable de su inocente alegria.

Despues del té, los hombres se mezclaron entre el bayle. Lord Cherbury volvió prontamente á su Amanda. Con que estasis escuchaba su dulce voz, cuando ella le decia con el acento del corazon que ahora era enteramente suya. La memoria de los obstaculos que habia superado y de las penas que habia sufrido hacia su dicha presente mas viva.

En el discurso de la semana todas las familias de la vecindad vinieron á Tudor-Hall á hacer sus visitas de boda. Recibieronse y embiarónse invitaciones, y la casa volvió á ser la mansion del placer y de la hospitalidad. Mas la felicidad de que gozaba Amanda no la hacia olvidar los deberes del reconocimiento. No era de aquellos

seres personales que despues de haber arreglado, como dicen, su vida, se retiran á si mismos y en la esfera circunscrita de sus propios goces. Su corazon era tan accesible como jamas al color de la amistad y á los movimientos de la compasion. Escrivió á todos sus amigos de quienes habia recibido favores en los terminos del mas vivo reconocimiento, y algunas de sus cartas iban acompañadas de regalos. Convidó á Emilia Rusbrook á pasar á su casa; lo que fué acceptado al momento. Entonces hizo un descubrimiento que le causó tanto gusto como sorpresa, sabiendo que Howell era el joven Ministro á quien ella queria tan tiernamente y que le habian hecho abandonar por Belgrave. Howell habia ido à Londres á ver un hombre de credito que le protegia; habiese hallado en casa de la Señora que hemos visto mas arriba que Emilia se habia dirigido para conseguir algun socorro para su madre enferma. La bóndad, la sencillez y la desgracia de esta joven habian interesado á Howell, y habia ido á verla y llevarle algun alivio, pues la señora habia recibido muy mal á Emilia. Consolar, socorer del modo que podia los desgraciados era por aquel joven un placer tanto como un deber, y lo fue mas dulce dar algun pequeño socorro y consuelo á los

Rusbrook que á estos de recibirle. Mas la compasion no fué por mucho tiempo el solo motivo del interés que tomé en su situacion. Las maneras amables y la conversacion agradable de Emilia acabaron de domar su desgraciada pasion por Amanda y subsistieron insensiblemente en su corazon la imagen de Miss Rusbrook, á la de Miss Firzalan. El hacia á Emilia la descripcion romancesca de la pequeña casa de campo que le convidaba á participar. Haciale esperar un tiempo en que podria ser el asilo de sus padres, y donde, como un segundo padre podria ayudarles en la educacion de sus hijos. Sus proyectos y sus esperanzas se desvanecieron al recibir la carta de Mistriss Connel de que hemos hecho mencion mas arriba. No quiso sacrificar el interes de la familia Rusbrook á su propia felicidad, y con una generosidad, que no le impidió conocer todo el lleno de la perdida, renunció á su Emilia, para dejarla pasar á manos de un rival mas rico y mas feliz. Cuando volvió á encontrar á Emilia libre y siempre tierna por él, su alegria fué estrema; pintola de nuevo el asilo campestre que le habia ofrecido y bendijo, con ella la mano benefactora que habia dado á su padre la libertad. Lord y Lady Cherbury se alegraron infinito al pensar que po-

dian contribuir à la felicidad de estas dos amables personas. Lady Cherbury escribió al momento al capitan Rusbrook y su muger sobre el asunto. Contestaron ellos que dando su hija à Howell llenarian el mas querido de sus deseos. Convidaronles á pasar á Tudor-fllall, y en el mismo altar en que un mes antes se habian formado los nudos de Lord Cherbury y de Amanda, recibieron la bendicion nupcial Howell y Emilia. Esta recibió con este motivo de Lord Cherbury un regalo de boda considerable y suficiente para asegurarle los modestos goces que su sencillez le dejaba desear. Sus padres despues de haber pasado algunos dias con los recien casados se volvieron á su residencia satisfechos de la felicidad de su hija y llenos de reconocimiento por sus bienhechores.

El de Oscar y Amanda no olvidó á los Edwin. Lord Dunreath les señaló una renta anual, y aumentaron los cortos bienes de Elena.

El plan de felicidad doméstica formado por Amanda se encontraba ya lleno en todas partes, pero esta felicidad no era completa en tanto que no participase de ella su hermano. Oscar perdia de dia en dia la frescura de la juventud. Sus ojos

lánguidos, su palidez, sus distracciones en medio de la sociedad manifestaban que su corazon sufria. Las lágrimas que tanto tiempo habia derramado Amanda por sus propias desgracias, las derramaba ahora por las de su hermano. Este habia escrito á Mistriss Marlowe para instruirle de todo lo que le habia sucedido despues de su separacion. Ella le habia contestado al momento dándole la enorabuena en los terminos mas espresivos por el cambio de situacion: habiale dicho igualmente que Adela se hallaba actualmente en Inglaterra en una de las tierras de Belgrave. Su carta era triste, y acababa con estas palabras: «Mi querido Oscar, la amistad se halla desterrada del rincon de mi fuego. Yo vivo triste y solitaria en mi pequeña casa, hasta que siento que mi corazon sucumbe á la memoria de las escenas que han pasado en ella, y cuando salgo de ella, los objetos que veo aumentan la amargura de estas memorias. Las ventanas cerradas, los senderos cubiertos de yerba, los criados de Wood-Lawn tristes todo me recuerda el tiempo en que esta casa era el templo de la hospitalidad y la mansion del placer. Voy á menudo errante al rededor de la tumba del general, que riego con

mis lagrimás, y apresuro con mis deseos el momento en que estaré á su lado; pero mis ultimas horas no serán tan dulces como las suyas. No tendré una tierna hija que se incline á mi lecho de muerte para recoger mi ultimo suspiro, y endulzar mis últimos dolores. En vano esperaré que las piadosas lágrimas de la naturaleza ó de la amistad caigan sobre mis ojos medio cerrados. Moriré sin amigos que me cerquen, echóndome en cara que por mi culpa los he perdido; todavia me llorará alguno. Vos, y mi Adela, tanto tiempo objeto de mis tiernos cuidados, vosotros sentireis à aquella cuyo afecto y dulce simpatia durarán tanto como mi vida"

CAPITULO VII.

Despues de la muerte de su Padre, Adela habia sido llevada á Inglaterra por Belgrave que se habia hecho un placer de mortificar su sensibilidad separándola de Mistris Marlowe con quien sabia que estaba intimamente unida. Los conocimientos de Belgrave la forzaron á frecuentar la sociedad que de por sí jamás habria buscado, pnes habia perdido toda su alegria y solo era feliz en la sociedad en donde podia entretener-

se con sus pasadas memorias. Cuando los terrores de Belgrave, por el asesinato que habia cometido, le hicieron salir del reyno envió su muger à Wood-House, donde puede acordarse el Lector que el mismo habia llevado á Amandá de donde habia sido echada por aquella imperiosa criatura: pero quedaba otra muger afecta á Belgrave y no ménos insolente á cuyos cuidados fué confiada la desgraciada Adela con órden de no dejarle recibir visita alguna ni comunicar con nadie. Acostumbrada desde su tierna juventud á ser tratada con dulzura y terneza, esta severidad la sumergió en una desesperacion, y la vida le pesaba ya. Su melancolía ó mas bien su paciencia y dulzura mitigaron en fin el rigor de su carcelera, y le permitió esta estender sus pasos fuera del Jardin á cuyo recinto estaba hasta entónces confinada. Mas ella no usó de este permiso sino para visitar el cementerio del pueblo sombreado por viejos tejos que habia notado desde sus ventanas. Ella gustaba de ir á sentarse bajo su lúgubre sombra á la caida del dia: allí oculta á toda observacion lloraba al padre que habia perdido, y á la amiga de la cual se hallaba tan cruelmente separada.

Una tarde permaneció en el cementerio mas tarde de lo que acostumbraba. La dulce luz de la luna hacia ser ménos oscura la noche, y los quejidos sones de una flauta que venia del pueblo era el solo ruido que oia. Sumergida en la tristeza, apoyada la cabeza en sus manos olvidaba el tiempo, cuando de repente vé levantarse de una tumba inmediata una figura. Sobresaltóse, gritó, pero no tuvo fuerzas para moverse. Sin embargo distinguió luego un anciano que aproximándose le dijo: no tengais miedo. Su voz tranquilizó á Adela. Creia, la dijo él, que este sitio solo era frecuentado por mí y por la desgracia. Si está consagrado á la desgracia, contestó Adela, tengo derecho á entrar. Estas palabras que le escaparon parecieron afectar profundamente al estrangero, Como! tan jóven, y ya la desgracia os conduce á este sitio? Mas los disgustos de la juventud son mas soportables que los de una edad avanzada en que se sobrevive á los objetos que nos aficionan á la vida. Ha! esclamó Adela, tambien yo estoy separada de lo que amaba. El estrangero estuvo pensativo durante algunos minutos apoyado contra un árbol; al fin dijo. Es tarde, permitidme que os

acompañe à vuestra casa y decidme si puedo esperar volveros á ver mañana por la tarde en este mismo sitio. Vuestra juventud, vuestro porte, vuestro abatimiento, todo me interesa. La imaginacion aumenta à veces los disgustos de la juventud. Me direis los que mas os inquietan; pero es una debilidad abandonarse à ellos, y esta debilidad puede ser combatida con éxito en un ser razonable haciéndole conocer los males reales de la vida. Puedo seros tambien útil contándoos los mios, si quereis hallaros mañana por la tarde en este triste y solitario sitio, que habia visitado à la misma hora sin encontrar en ella ningun ser viviente.

La figura respetable, el tono patético y dulce del estrangero afectaron fuertemente à Adela. Mirábale con ojos en algo semejantes á los que miraba la benéfica fisonomía de su padre. Os volveré à ver mañana, le dijo ella, pero creed que mis disgustos no son imaginarios. No quiso que la acompañase y halló en este encuentro alguna cosa penetrante y romancesca, que ocupándola fuertemente le atrajo alguna mitigacion á su acostumbrada tristeza.

Al dia siguiente fué exacta à la cita.

El estrangero estaba ya ántes que ella. Sentáronse á la inmediacion de la tumba de donde le habia visto levantar el dia anterior; la cual se distinguia de las otras por algunos arbustos floridos que la cercaban, y principió su historia. No estaba todavía muy adelante en ella que Adela principió á escucharle con la mayor conmocion. Tembló, y su agitacion se aumentaba por grados á medida que él hablaba. En fin tomando la mano del anciano esclamó: ella vive; la muger que llorais vive todavía, vive solitaria, y vos sois el objeto de sus mas tiernos sentimientos; no, jamás os ha sido infiel. O mi querida é inestimable Mistris Marlowe! que dicha para la hija de vuestros cuidados pensar que os volverá el esposo que tan tiernamente habeis llorado, y que encontrareis su corazon abierto para recibiros. Los sollozos casi convulsivos del estrangero hirieron los oidos de Adela. Estubo él mucho tiempo sin poder hablar; al fin levantando los ojos al cielo, esclamó: O providencia! gracias te sean dadas: aun estrecharé contra mi corazon al objeto de mi ternura. O mi querida Fanny! que injustamente te he tratado! Aprended con mi ejemplo, continuó dirigién-

dose á Adela, á no dejaros llevar de la precipitacion. Si me hubiese tomado tiempo para examinar cuidadosamente la conducta de mi muger, y hubiese resistido á la violencia de mi pasion que me impedia juzgar sanamente de ella, cuantos años de desgracias nos habriamos ahorrado uno y otro! Pero decidme, donde encontraré mi antigüa y desgraciada compañera? Adela satisfizo á su pregunta, y al mismo tiempo le dió á conocer su propia situacion. La muger de Belgrave! esclamó despues de haberla oido; ah! ya no me admiro de veros desgraciada.

Ya es tiempo de decir que este estrangero era el viejo Howel, el desgraciado padre de Juliana y el marido de Mistrisi Marlowe. Este dijo á Adela que el objeto de sus sentimientos encerrado en la tumba cerca de la cual le veia sentado era haber sido precipitado en ella antes de tiempo por el crímen de Belgrave. Adela le dijo que no le permitian escribir, pero que hallaria medio para violar la prohibicion, y que ella le traeria una carta que podria llevar á Mistriss Marlowe para prepararla á verle. Adela no pudo poner en ejecucion esta promesa por un suceso tan importante como inesperado.

Al dia siguiente la dispertó un gran ruido en la casa como de gentes que iban y venian con la mayor turbacion. Vistióse de prisa para ir á ver lo que era, cuando una criada entrando en su aposento con precipitacion la dijo bruscamente que el coronel Belgrave habia muerto. Horrorizada y atónita Adela se quedó petrificada. La muchacha repetia lo que acababa de decir, y añadió que habia muerto en pais estrangero, y que traian su cuerpo á Wood-House acompañado de un frances que parecia ser Sacerdote. Las diferentes conmociones que esperimentó Adela en este momento eran demasiado fuertes; así se encontró mala, y pasóse mucho tiempo antes que volviese en sí, y que pudiese dar algunas órdenes á los criados que desde este momento principiaron á mirarla con otros ojos que no habian hecho hasta entonces. Encargó que se tuviese toda especie de atencion y respeto al Sacerdote frances, y que se hicieran á los restos de su marido todos los honores fúnebres. Ella no podia sentir la muerte de Belgrave pero estaba penetrada de un sentimiento de horror y lástima por la muerte prematura que le habia alcanzado lejos de su pais, de sus parientes y de sus amigos.

Los últimos momentos de Belgrave habian sido en efecto mas horribles de lo que ella podia imaginar. Habíase ausentado de Lóndres aterrorizado por el asesinato que creyó haber cometido, y adolorido por el destino de Amanda que Bingley le habia pintado tan enérgicamente. Esforzóse á ahogar sus remordimientos con el vino; pero sus escesos junto con la turbacion de su alma le dieron una calentura que se acrecentó de tal modo en su paso de Douvres á Calais que cuando desembarcó en Francia, si le hubiesen escuchado con atencion, hubieran conocido en su delirio los crímenes de que se sentia culpado. Antes de morir recobró un poco la razon, pero fué solo para esperimentar las mas crueles agonías y el mas grande horror de sí mismo. Por las miradas de los que le servian conocia que se le acercaba su fin, y la memoria de sus malas acciones le hacia temer este terrible momento. » Estais vengado, decia, desgraciado Howell de todo lo que os he hecho sufrir" Cree ver al lado de su cama la figura pálida de vuestra Juliana salida de su último asilo para aparecersele, y reprocharle su barbarie. Sus traiciones se le presentan á la vista; un profundo terror se

apodera de el á vista de los espectros que su conciencia culpable reune á su alrededor. La esperanza de una muerte cercana habria aliviado sus tormentos, si hubiese podido mirarla como el fin de toda existencia; pero este otro mundo que habia sido constantemente el objeto de su mofa, se abrió delante de el bajo un aspecto espantoso y horrible. Veíase ya en presencia del juez supremo acusado por los desgraciados que habia hecho. Hubiera deseado un ministro de la iglesia anglicana, pero le presentaron uno romano, y como ministro de Dios creyó Belgrave encontrar algun consuelo con él. El sacerdote era supersticioso, y ántes de consolarle quiso convertirle; pero apenas habia principiado su controversia que el desgraciado Belgrave fué asaltado de una convulsion que se lo llevó. El criado ingles que se habia llevado de Inglaterra instruyó à las gentes de la posada del rango y fortuna del difunto, y el sacerdote se ofreció á acompañar el cuerpo á Inglaterra. Adela, que no quiso ver al ministro le hizo pagar generosamente de su trabajo, y dos dias despues de su llegada á Wood-House el cuerpo fuè enterrado en la iglesia de la parroquia. Desde un

rincon del cementerio el anciano Howel siguió con la vista el entierro. Acabada la ceremonia y retirado todo el mundo se acercó á la tumba de su hija. Ya no existe Juliana, tu raptor no existe; responde ya en el tribunal de Dios de su crimen para contigo. Ojalá alcance el perdon que yo le concedo en este momento; pues mi enemistad no le seguirá mas allá del sepulcro.

Llenados estos deberes, Adela embió á buscar á Howell, y apaciguada su primera conmocion, le dijo que iba á volverse en seguida á Irlanda. El se habia abstenido de partir ya con la esperanza de acompañar á Adela. Pusiéronse en camino al dia siguiente, y en ménos de una semana llegaron al fin del suspirado viage. Convinieron de antemano el modo de preparar á Mistriss Marlowe. Adela llegó sola á su casilla. Encontróla solitaria y triste como se lo decia en su carta á Oscar, pero esta tristeza se disipó prontamente. Mistriss Marlowe estrechó contra su pecho á Adela con toda la ternura de una madre, y en los primeros transportes de su sorpresa y alegría no echó de ver que Adela iba de luto. Luego que supo la causa se apoderó de ella una grande conmocion.

Adela no estaba mènos agitada, y estubo por mucho tiempo sin poder contar lo que le habia sucedido. Al fin, acordándose de la situacion en que habia dejado á Howell, hizo esfuerzos para calmarse y entablar su relacion. Mistriss Marlowe la escuchó derramando muchas lágrimas á las cuales sucedió la sorpresa cuando Adela llegó al incógnito que habia encontrado en el cementerio. Cuando ella pintó la conmocion que habia esperimentado á la relacion del estrangero, Mistriss Marlowe se estremeció y puso pálida. Vos esperimentaréis, la dijo Adela, los mismos sentimientos que yó. Entónces, continuó, mi emocion se acrecentó, tomé su mano esclamándome. Ella vive aun, esta esposa querida y sentida todavía vive. Gran Dios! gritó Mistriss Marlowe que quereis decir? Oh! ahora dejadme repetir la misma espresion, dijo Adela: vive este esposo querido y sentido, todavía vive. Este incógnito es vuestro Marlowe! Ah! esclamó Mistriss Marlowe, respirando con dificultad, que le vea, mientras me queda suficiente fuerza para gozar todavía de esta dicha! Adela salió del aposento. Howell ó mas bien Marlowe estaba poco distante de la puerta. Acercóse, en-

tró sosteniéndose apénas sobre sus piernas, y en un momento estubo á los pies y en los brazos de su muger que inmobil sobre su silla solo pudo recibirle en ella. En una mezcla de pena, y de placer, de lágrimas y de transportes, bendijeron el poder benéfico que les reunia para consolarse en su vejez. Mas mis hijos! esclamó de repente Mistriss Marlowe, cuando veré á mis hijos? Por que no han venido con vos? Desdeñarán la bendicion maternal? Marlowe, que en lo succesivo llamaremos Howell, pues no habia tomado el nombre de Marlowe sino cuando tubo esperanzas de heredar á su tio, gimió y se puso pálido. Mistriss Howell interpretando su conmocion, le dijo: os comprendo, soy todavía esposa pero no madre. Howell recobrando ánimo le dijo: sí, todavía sois madre de un amable hijo que nos queda. Mas el cielo, añadió despues de un momento de silencio, se nos ha llevado á nuestra hija. No me pregunteis como, os suplico. Bien pronto os llevaré á su tumba, os contaré sus desgracias, y la llorarèmos juntos. Entónces las lágrimas preciosas de una madre regarán por la primera vez sus cenizas. Mistriss Howell lloró; pero cedió á los

deseos de su marido. Preguntó algunos detalles sobre su hijo y lo que de el supo le trajo algun consuelo.

Adela consintió pasar la noche en casa Mistriss Howell, pero el dia siguiente se fué á Wood-Lawn. Pensar que iba á volver á ver este sitio y los senderos que habia recorrido con el que amaba, era para ella un sentimiento agradable aunque melancólico. Desde la mañana se encaminó con su amiga, y los sitios que le presentaban tantos recuerdos la afectaban vivamente. La casa cerrada parecia triste y abandonada. El placer y la hospitalidad se habian ausentado desde la muerte del pobre general. Standard, su caballo favorito pacia en la pradería, y á su lado el perro fiel que la acompañaba en todos sus paseos. El pobre animal conoció al instante á Adela, corrió y lamió su mano manifestándole la mayor alegria. Ella le hizo fiestas dejando caer algunas lágrimas á la memoria de su amo. Los transportes de los criados antiguos y sobre todo del viejo Somelier, al verla hicieron redoblar su llanto. Pero cuando entró en la sala en que ordinariamente estaba su padre, no pudo sostener la impresion que le hizo, y haciendo señas

que no la siguiesen entró en el parque. Al último de él habia una salita en una situacion pintoresca en la cual ella y Oscar habian pasado muchas veces horas enteras juntos. Fuese allá, y la memoria de Oscar que este sitio le recordaba, acrecentó su tristeza y su abatimiento en lugar de disminuirlo. Mientras estaba sentada entregándose á sus tristes pensamientos divisó por la primera vez unos versos escritos en los vidrios de las ventanas. Levantóse apresurada, conoció la letra de Oscar y leyó lo que sigue:

Caro objeto de la mas pura llama,
Una cruel suerte me aparta de vos,
Compadeced las ansias que mi alma
Sufre, al daros el último y triste á Dios.
Por vos huyo de mi nativa tierra
Por amaros renuncio á poseeros
Una ley que me impongo tan severa
Prueba mi constancia y mis deseos.
Si riquezas me hubiese dado el cielo
A vuestros pies hubiéralas rendido
Mas solo presentar puedo mi afecto,
Y un corazon lleno de amor y seducido.
Pierdo la paz, la dicha, y la esperanza;
Lo pierdo sin pensarlo reencontrar,
Queda mi amor que aun sin recompensa
Tanto como mi vida tiene de durar.

Oscar al salir para Inglaterra con el proyecto de pasar á las islas inglesas de América, habia estado secretamente en Wood-Lawn para despedirse de todos los lugares que habia querido y habia escrito estos versos inspirados por una tierna melancolía.

Luego su amor era desgraciado como el mio, díjose Adela. Que triste semejanza en nuestros destinos! Volvióse á casa. M. y Mistriss Howell habian consentido à pasar en ella algunos dias con ella. Los versos de Oscar le venian sin cesar á la memoria, y despues de comer volvió á la casa del bosque para volverlos á leer.

Hacía algun tiempo que estaba ausente cuando Mistriss Howell fué á reunirse con ella y la sorprendió leyendo los versos gravados en la ventana. Ella se avergonzó. Hace mucho tiempo, la dijo Mistriss Howell, que no hemos paseado juntas por este hermoso jardin; demos una vuelta, y hablemos del tiempo pasado. Del tiempo pasado! dijo Adela con media sonrisa, no ofrece siempre objeto de conversacion agradable. Hay algunos de vuestros amigos, ó uno á lo ménos de quien no me habeis preguntado todavía noticias. El corazon de Adela pal-

pitó, pues sospechaba del amigo que querian hablarle. Oscar Fitzalan, dijo Mistriss Howell, merece que os acordeis de él; y que deseeis saber en que ha parado. Tengo buenas noticias que daros, sin reñiros por vuestra negligencia en preguntármelas. Contóla en seguida el cambio que habia tenido en su situacion; Adela lo escuchó con grande atencion. Pues que la fortuna, dijo ella, le ha sido al fin favorable, no será por mucho tiempo desgraciado en su amor. En efecto, contestó Mistriss Howell mirando á Adela con una tierna complacencia, ya es tiempo que un amor tan puro y tan constante halle su recompensa. O Adela! continuó tomándola la mano, amable objeto de mis mas tiernos cuidados, que feliz soy en este momento de poder anunciaros la dicha que se os espera! La dicha que me espera! dijo Adela con voz débil. Sí, replicó Mistriss Howell, la dicha que vais á encontrar en vuestra union con un hombre digno de poseeros, con un hombre que desde el primer momento que os vió, jamás ha cesado de adoraros; en una palabra con el mismo Oscar Fitzalan.

Que decís? replicó Adela conmovida

Ah! memoria humillante y triste! Oscar Fitzalan no me desecho cuando mi bueno y generoso padre quiso que yo fuese suya? Mi querida Adela, contestó Mistriss Howell, me veo forzada en este momento á turbar la ceniza de los muertos para apartar la desgracia que amenaza la inocencia. O Adela! habeis sido cruelmente engañada, y el momento que fuisteis de Belgrave hizo á Oscar el mas desgraciado de los hombres. Mi corazon ha sido el depositario de todos sus dolores; y que de lágrimas he derramado por su suerte! Calmaos, continuó viendo la agitacion de Adela, y os diré las circunstancias de este cruel suceso. Condújola entónces á la casa del bosque y le esplicó del modo mas detallado la traicion de Belgrave. Adela rebentó en sollozos á esta relacion, inunda las manos de su amiga con sus lágrimas dándola gracias de haberle aligerado, con esta esplicacion, de un peso que oprimia su corazon. Pobre Oscar, decia, cuanto sus penas habrian agravado las mias! El se ha mostrado generoso ocultándooslas, dijo Mistriss Howell y su generosidad debe tener su recompensa. Entónces dijo á Adela: espero en breve una visita suya, y hablando así tenia en

sus miradas y en su modo alguna cosa que escitó de repente las sospechas de Adela, la cual colorándose, estremeciéndose, y temblando esclamó: Ah! mi querida amiga ¿no está ya aquí? Mistriss Howell se sonrió. Sí, le dijo, ha llegado, y con que impaciencia no espera el momento de volver á ver su Adela!

Puede creerse que esta impaciencia no tardó à satisfacerse. Entrando Adela en casa encontró á Oscar en el salon en que habia dejado á M. Howell. A esta vista incapaz de sostenerse se dejó caer en los brazos de Oscar y estrechar contra este corazon fiel, que tanto habia sufrido al perderla. Algun tiempo pasó ántes que ella pudiese oir la dulce voz de Oscar. O! quien podrá pintar los transportes de este jóven, pagado así de todos sus sufrimientos. Pero en mitad de su dicha, la idea del pobre general que tan generosamente se la habia preparado vino à afectar dolorosamente su corazon. Oh! Adela mia, dijo estrechándola en sus brazos, Oscar puede pues tomar à vuestros ojos su alma toda entera, para mostraros toda su ternura y permitirse miraros como à él, y lisongearse de la esperanza deliciosa de haceros feliz. Sí, el mas generoso de los

amigos, esclamó levantando los ojos ácia el retrato del general, os probaré mi reconocimiento con mi ternura y mi adhesion ilimitada à vuestra querida hija! mientras hablaba así, sus ojos se mojaban de lágrimas. Oh! y cuanto penetraron el sensible corazon de Adela estas lágrimas derramadas en memoria de su padre. Adela unió las suyas y sintió que este ser querido que las hacia correr faltaba solo à su felicidad. Despues que hubo recobrado alguna tranquilidad, preguntó como Oscar se habia hallado tan prontamente y en tan buena ocasion à Wood-Lavn. Oscar la contó como una carta muy triste de Mistriss Howell le habia determinado à venirla a ver con la esperanza de divertirla en su soledad, y tambien para afligirme con ella y gozar de los consuelos que su amistad podia darme. En la casa de Howell lo habian dirigido à Wood-Lawn, donde habia sabido no solo que Mistriss Howell habia encontrado à su marido, sino tambien el acaecimiento que haciendo à Adela libre, parecia abrirle à él la senda de la felicidad.

Esta mencion que Oscar hacia de sus esperanzas no ofendió à Adela prepara-

da como estaba por la conversacion de Mistriss Howell; pero jamás se habia separado de las leyes de la decencia, y determinó no dar la mano á Oscar hasta que hubiese espirado el tiempo del luto, dándole á entender al mismo tiempo que durante este intervalo recibiría sus obsequios; pero para esto era preciso que ella se proporcionase una sociedad que la pusiese en estado de verla con decencia. No podia lisongearse de detener por mas tiempo á M. y Mistriss Howell, y sobre todo la última por la impaciencia que tenia de ver á su hijo. Oscar pidió á Adela el permiso de escribir en su nombre á Lord y Lady Cherbury para empeñarles á venir á pasar algun tiempo á Wood-Lawn, prometiéndoles acompañarles en seguida á Carberry-Cattle, y de allí á Dureath-Abbey: el convite fué acceptado.

Pocos dias despues Oscar vió reunidos á su vista y viviendo bajo un mismo techo los dos seres que tenia en el mundo mas queridos, y derramando lágrimas de placer al contemplar á Adela en los brazos de Amanda que la daba gracias por haber dado la felicidad á su querido Oscar. Lord Cherbury conocia ya á Adela, y despues de Amanda la

miraba como la mas amable de las mugeres. Lady Marta y Lady Araminta que vinieron tambien á Wood-Lawn fueron de la misma opinion. Pocos dias despues de su llegada Mistriss Howell se preparó para marchar. Adela que la miraba como una segunda madre no pudo ver estos preparativos sin derramar muchas lágrimas. Mi querida Adela, le dijo esta respetable amiga, vuestras lágrimas me lisongean, pero me afligen. Estoy penetrada de vuestro afecto, pero siento que mi partida os afecte tan dolorosamente. Los obsequios de los amigos que os rodean habrán borrado prontamente de vuestra alma todas las penosas memorias; pero la naturaleza me llama léjos de vos. Quiero estar cerca del hijo que el cielo me ha dejado, y ver la tierra, añadió con los ojos húmedos, que ha recibido los restos de la que he perdido.

Tres semanas despues de su partida toda la reunion se encaminó á Carberry-Cottle. Amanda no pudo entrar en él, sin esperimentar conmociones muy penosas. Acordóse del momento cruel, en que oprimida de disgusto y de la enfermedad habia llegado á él despues de la salida de su padre, y le habia seguido

en la pobre habitacion de Brynes para tributarles los últimos cuidados que habia recibido de ella. Lloraba al pensar que su padre no era testigo de su felicidad. Lord Cherbury adivinó la causa de su conmocion, y se esforzó á calmarla por demostraciones de ternura. Este era el solo bálsamo que podia curar una herida tal, y Lord Cherbury consiguió convertir este disgusto tan vivo en una dulce melancolía. Ella no difirió ir al convento. Las buenas hermanas corrieron amontonándose á su alrededor, esclamándose, alegrándose, y hablando á la vez le deseaban toda suerte de prosperidades. Sor María sobre todo estaba transportada. El placer de la Superiora era mas calmado pero mas patético. El castillo llegó á ser la morada de la alegría y de la felicidad; pero en medio de estas distracciones los dueños de él no olvidaban los deberes que imponen la riqueza y la propiedad; tomaron conocimiento de la situacion de todos sus pobres arrendatarios, aliviaron sus necesidades, escucharon sus quejas y remediaron sus agravios; en fin los colmaron de alegría, cuando les dijeron que pasarian en el castillo muchos meses de cada año. Despues de haber perma-

necido allí seis semanas se embarcaron para Port-Patrick desde donde se trasladaron á Dunreath-Abbey que acababa de ser reparada y amueblada à la moderna con elegancia. Dispusieron permanecer allí hasta el casamiento de Lord Dunreath. Mientras llegaba el tiempo, lo llenaron con diversiones agradables y variadas, con correrias á sus vecinos y escursiones en el pais Mas los habitantes de la Abadía, unidos por los mas tiernos afectos no tenian horas mas deliciosas que las que pasaban juntos, libres de toda otra sociedad. Lord Dunreath poco tiempo despues de su llegada al castillo habia ido á propuesta de su hermana, á casa del Marques de Rosline á decirle que Lady Cherbury se proponia hacerle una visita á la Marquesa si esta lo tenia à bien; pero el Marques desvió la proposicion y al mismo tiempo murió Lady Dunreath. Mistriss Bruce se retiró á otra parte de Escocia corrida de habitar un pais en que su conducta era conocida. Esta conducta habia afligido mucho á Mistriss Duncan su sobrina á quien Amanda fué á visitar luego de su llegada, y encontró establecida en una hermosa casa cerca del pueblo en que se habian retira-

do al salir de la Abadía: volviéronse à ver con el mayor placer y la madre y las hijas fueron á pasar algun tiempo á Dunreath-Abbey.

Llegó en fin el feliz dia que debia colmar la dicha de Oscar. En la capilla de Dunreath donde Fitzalan y Malvina se habian jurado una fé mútua recibió Oscar de mano de Lord Cherbury el objeto amable de su ternura tanto tiempo deseado. La ceremonia solo tubo por testigos un pequeño número de amigos, pero fueron convidadas á comer todas las familias de la vecindad, mientras que los arrendatarios fueron obsequiados en el gran vestíbulo del castillo en donde los bayles se sucedieron á la comida y duraron toda la noche.

Aquí termina nuestra historia. Solo nos falta dar á conocer á nuestros lectores la suerte de algunos personages que han hecho papel en ella. Hablaremos primero de Lady Greystock uno de los mas notables. Despues de la muerte de Lady Eufrasia no halló ya el mismo gusto en la sociedad del Marques y se retiró á Bath. Allí en poco tiempo hizo conocimiento con una especie de mugeres puritanas que obraron una grande mudanza por no decir una gran reforma en

sus sentimientos; para dar una señalada prueba de su conversion se casó con un jóven predicador de la secta. El nuevo dueño le enseñó prontamente una virtud de la que tenia necesidad que era el arrepentimiento, pues bien luego y bien amargamente se arrepintió de haberse puesto en su poder. Vejada, arruinada y oprimida por él cayó en una enfermedad de languidez que en breve llegó á ser incurable. Cuando se vió moribunda embió á buscar á Rusbrook á quien confesó plenamente su traicion y su injusticia para con èl. Hízole entrar en posesion de todos los bienes de su tio, y halló en la tarde de la vida una indemnizacion de todo cuanto habia sufrido. Al morir tuvo la satisfaccion de haber arrancado á su marido una buena parte de sus bienes por las cuales se habia casado con ella.

Mistriss Howell despues de haber estado á ver á su hijo se retiró en la casita de su marido en donde pasan sus dias con dulzura. El hijo Howell y su Emilia disfrutan de toda la felicidad posible en este mundo.

Sir Cárlos Bingley, despues de haber evitado cuidadosamente durante dos años todas las ocasiones de ver á Lady Cher-

bury, se encontró por casualidad con ella y su marido, y ha conocido á la vista de Amanda que su conmocion no era tan grande como temia. Lord Cherbury le ha convidado de un modo tan amable y con tantas instancias á que le viniese á ver que ha cedido á sus súplicas. Testigo de la felicidad doméstica de los dos esposos se ha disgustado de la vida errante que hasta entónces habia llevado. Veía todos los dias á Lady Araminta Dormer, y estinguida su pasion por Amanda, ha encontrado en esta jóven todos los encantos y todas las virtudes de que estaba dotada. Dió à conocer su admiracion y sus sentimientos, y su declaracion fué recibida favorablemente. Obtuvo la mano de Araminta y al mismo tiempo una dicha igual á la de Lord Cherbury.

El Marques y la Marquesa de Roslime pasan su vida retirados, echando en ménos lo pasado, y sin esperanzas para lo venidero; Frec-Love pasea su fatuidad en todos los parages públicos, alabándose de haber robado una heredera escosesa, y persuadido que despues de esto no podia resistirle muger alguna.

Volviendo otra vez á los amables descendientes de la familia Dunreath hijos

de la Abadía, conservan la bondad de corazon y la sencillez de sus modales que les han distinguido siempre. Despues de haber cursado en la escuela de la desgracia, compadecian á los desgraciados, y su beneficencia es á la vez el tributo del reconocimiento al cielo, y el de la humanidad ácia los que sufren. Es el homenage diario que tributan al Ser supremo que ha velado sobre su juventud abandonada, que les ha salvado de tantos peligros, que les ha bendecido con tantas prosperidades, difundiéndolas en derredor suyo. Los deseos de Lady Dunreath se han cumplido. La memoria de sus desgracias solo es para ellos un motivo de compasion por los males de los otros. Sus virtudes han aumentado la reputacion de sus antepasados, y asegurado la paz de su alma y la felicidad de su vida. Cada uno de sus hijos es reputado como un don del cielo no solamente por ellos, sino tambien por todos los de su conocimiento. El reconocimiento ha consagrado ya sus nombres, y su ejemplo ha inspirado una noble emulacion de imitar sus virtudes.

F I N.